

EL SEPTIMO CIRCULO

LA SEDE DE LA SOBERBIA

POR
JOHN DICKSON CARR



Lectulandia

El asesino no ignoraba que es imposible un crimen perfecto. Sabía que un criminal no fracasa por la imperfección de sus planes o por la perspicacia de la policía. Siempre lo derrota el azar: las infinitas y pequeñas casualidades que lo acechan a cada paso. Alguien se asoma a una ventana. Alguien se fija en un diente de oro o recuerda una melodía. Este hombre no ignoraba que el crimen más simple es el mejor; el que ofrece menos posibilidades a la policía y al azar. En efecto, el crimen que cometió fue casi indescifrable. Hubo, sin embargo, en la tierra un hombre capaz de descifrarlo; el doctor Gideon Fell, esa curiosa combinación de Samuel Johnson y de Chesterton.

Lectulandia

John Dickson Carr

La sede de la soberbia

El séptimo círculo - 37

Gideon Fell - 14

ePub r1.0

Titivillus 05.12.17

Título original: *The seat of the scornful*

John Dickson Carr, 1947

Traducción: Elvira Martín

Ilustraciones: José Bonomi

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

—MIEMBROS del jurado, ¿habéis llegado a un acuerdo sobre el veredicto?

—Sí.

—¿Declaráis al acusado, John Edward Lypiatt, culpable o no culpable de asesinato?

—Culpable.

—Decís que es culpable. ¿Es éste el veredicto de todos vosotros?

—Lo es —añadió el presidente del jurado tragando saliva premiosamente—, pero con una viva recomendación de clemencia.

La sala se agitó. Ante este veredicto se produjo un débil murmullo, y en seguida un silencio sepulcral: la recomendación era demasiado sutil y baladí para servir de consuelo. Sin embargo, el infeliz del banquillo no parecía creerlo así. Por primera vez en este juicio una señal de esperanza apareció en su rostro. Miró al jurado con ojos aletargados, como si esperase que dijeran algo más.

El secretario tomó nota de la recomendación, y carraspeó.

—John Edward Lypiatt, habéis declarado no ser culpable del asesinato, y os habéis entregado a vuestro pueblo. Este pueblo ahora os declara culpable. ¿Tenéis algo que alegar respecto a la sentencia de muerte pronunciada, de acuerdo a la ley, contra vos?

El procesado se volvió y lo miró con los ojos muy abiertos, estúpidamente, como si se hubiese sobresaltado. Abrió la boca y la volvió a cerrar.

El secretario esperaba.

—Obré mal —dijo el reo humildemente—. Yo sé que obré mal.

Entonces brilló en sus entornados ojos una mirada extraviada.

—Pero óigame, señor juez, y usted, señor secretario. (Éste, quizás por estoicismo o embarazo, miraba para otro lado). Lo hice porque la quería. Esto es lo que he tratado de explicarles. Cuando volví a casa y vi que aquel tipo había estado allí, y que ella se reía y no lo negaba, no pude soportarlo.

Tras estas palabras, tragó saliva con dificultad y prosiguió:

—Yo la golpeé. Reconozco que la golpeé. No sé muy bien lo que hice. Y allí quedó, tirada en el suelo, y la caldera hirviendo en el fuego como si nada hubiera sucedido. Pero lo hice sin intención. Yo la *quería*.

El rostro del magistrado Ireton permaneció impasible.

—¿Es eso todo lo que tiene usted que decir? —preguntó el juez.

—Sí, señor.

El magistrado Ireton se quitó las gafas, las soltó con precaución de una oreja, debajo del lazo de su peluca, las plegó y las colocó cuidadosamente en el pupitre que tenía delante. Luego entrelazó sus dedos pequeños y regordetes, sin levantar de encima del acusado aquellos ojos, serenos pero aterradores.

Era un hombre bajo, más bien grueso. Nadie hubiera adivinado que bajo la peluca

tenía cabello ralo y bien cuidado, peinado con raya en medio; o que sus dedos sentían calambres al tomar notas; o que bajo su roja vestimenta, acuchillada en negro, ardía en ira e impaciencia cuando el período de tribunales en primavera llegaba a su término en Westhire. Su secretario se aproximó por un costado llevando un birrete de seda negra, y se lo puso inclinado hacia abajo sobre la peluca. El capellán estaba de pie al otro lado.

La voz del magistrado Ireton era suave, pero implacable e impersonal, como la muerte o el destino.

—John Edward Lypiatt —dijo—, el jurado os ha declarado culpable del brutal asesinato de vuestra esposa.

Lentamente aspiró aire por las ventanas de la nariz, y prosiguió:

—En el intento de justificaros habéis alegado que obrasteis bajo un incontenible arrebato pasional. Esto no nos concierne. La ley no reconoce este atenuante, excepto bajo circunstancias tales que, según reconocisteis, no concurrieron en vuestro caso. Yo no pude creer, ni siquiera un momento, y el jurado tampoco, que vuestra alegación solicitando un veredicto de homicidio casual fuera admisible.

Hizo una pausa en medio de un penoso silencio desgarrador.

El abogado defensor, Frederick Barlow, caballero comendador, estaba sentado, sin hacer el menor movimiento, con la cabeza inclinada y jugando con un lápiz. Detrás, en los bancos de los abogados, uno de sus compañeros de toga miró a otro y volvió su pulgar hacia abajo, con un gesto significativo.

—El hecho es que, en vuestro sano juicio y sabiendo lo que hacíais, golpeasteis a vuestra esposa hasta producirle la muerte. El jurado ha pedido clemencia para vos. Su recomendación será considerada a su debido tiempo. Pero debo advertiros que no esperéis demasiado de ella. Sólo me resta comunicaros la sentencia prescrita por la ley: Debéis ser devuelto al lugar de donde habéis venido, y de allí llevado al de la ejecución, para ser ahorcado. Que Dios tenga piedad de vuestra alma.

—Amén —dijo el capellán.

La mirada fascinadora no se había apartado de los ojos del acusado. De repente pareció que éste se ponía frenético.

—¡No es verdad! —Dijo—. ¡Yo nunca quise hacerle daño! ¡Fue sin querer! ¡Oh Dios mío, yo no quería causar daño a Polly!

El magistrado Ireton lo miró con firmeza.

—Sois culpable y lo sabéis —dijo sencillamente el juez, al tiempo que lo miraba fijamente—. Retirad al acusado.

En el fondo de la pequeña sala del tribunal, atestada de gente, surgió de entre los espectadores una muchacha vestida con un ligero traje de verano, y se abrió paso hacia la salida. Sentía que no podía soportar por más tiempo el olor del lugar. Al pasar, deslizándose sobre grandes zapatos, percibía la pesada respiración de los fascinados pero incómodos espectadores.

Su acompañante, un joven de buen porte y demasiado cuidado en el vestir,

pareció primero perplejo, y luego la siguió. Una bolsa vacía, de virutas, que alguien había abandonado, crujió bajo los pies de la joven. Antes de que hubiera alcanzado las puertas de cristales que conducían al vestíbulo del edificio, llegó hasta la señorita Constance Ireton el murmullo de animados comentarios.

—Apenas parece un ser humano, ¿no es cierto? —musitaba una voz.

—¿Quién?

—El juez.

—¿El juez? —Decía una voz de mujer con satisfacción—. Él sabe una o dos cosas, y obra. ¡Ve el interior de los acusados!, y si son culpables... ¡bueno!

—¡Ah! —decía la primera voz, cuyo dueño aceptaba este razonamiento y cerró la discusión—; hay que llegar a eso para representar la ley.

Fuera del vestíbulo había una verdadera multitud. Constance Ireton recorrió un corto pasadizo y salió a un pequeño jardín, oculto de un lado por la piedra gris de la parte de atrás de los tribunales y por la piedra gris de la parte de atrás de una iglesia, del otro. Aunque sólo se estaba a fines de abril, la primavera, con un calor de verano, suavizaba las nubes que había sobre la pequeña ciudad del país del Oeste.

Constance Ireton se sentó en un banco en el centro del jardín, cerca de una ennegrecida estatua rota, que representaba a un hombre con peluca. Constance acababa de cumplir veintiún años. Era una linda rubia de frescos colores, que presentaba un estilo terriblemente sofisticado con su maquillaje y su peinado. Pero no podía, excepto entre sus amigos de Londres, aparentar el mismo estilo terriblemente sofisticado de conversación. Sus ojos, de un castaño admirable, con cejas oscuras, en contraste con la piel clara y el rubio cabello, vagaban por el jardín.

—Yo solía jugar aquí —dijo— cuando era chiquita.

Su acompañante lo ignoraba.

—De manera que ése es tu padre —observó él moviendo la cabeza en dirección a los tribunales.

—Sí.

—Un hueso duro de roer, ¿no es cierto?

—No, no lo creas —dijo la muchacha un poco nerviosamente—; lo que es... Oh, yo no sé realmente cómo es. Nunca lo supe.

—¿Susceptible?

—Sí, algunas veces. Pero nunca supe que perdiera su temple. No creo que pueda... Nunca habla demasiado. Y... yo sí, Tony.

—¿Sí?

—Hemos cometido un error —dijo Constance restregando el tacón de su sandalia en la senda enarenada, y estudiándolo. Olvidé que hoy era el último día de sesiones. Hay toda clase de ceremonias, procesiones y otras cosas; tiene un convite tradicional con su secretario, y... y... de todos modos, nosotros no podemos... Mejor será que volvamos a casa de Jane. Mañana podemos ir a Las Dunas y verlo.

Su acompañante sonrió en silencio:

—¿No te gusta plantear el asunto, querida mía?

Extendió la mano y le pasó los dedos por el hombro. Era uno de esos tipos viriles, seguros de sí mismos, que solemos relacionar con los europeos del Sur; ese tipo de hombre que, como Jane Tennant lo observó una vez, siempre produce a una mujer la sensación de que está respirando en su nuca.

Si no hubiera llevado el nombre inglés de Anthony Morell, se le hubiera tomado por un italiano. Tenía un color oliváceo, dientes muy fuertes y blancos, ojos saltones e inquietos, bajo las cejas bien pobladas, y espeso cabello, que devolvía los reflejos del sol. Su sonrisa era encantadora, y sus modales, lánguidos. Tenía también su cara aspecto de seguridad intelectual, con una buena dosis de tenacidad.

—¿No te gusta plantear el asunto? —repitió él.

—¡No es eso!

—¿Estás segura, querida mía?

—¿No lo ves? Ocurre simplemente que hoy está rodeado de gente. Pero mañana va a esa casita que acaba de comprar en Horseshoe Bay. Allí no habrá nadie más que él y la mujer que lo cuida. ¿No será ésa una ocasión mucho mejor para hablarle?

—Empiezo a creer —dijo Morell— que no me quieres.

Ella levantó la cara.

—¡Oh Tony!, tú sabes que eso no es verdad.

Morell aprisionó sus manos.

—Yo te quiero —dijo. Era imposible dudar de la ruda sinceridad de sus maneras. Estaba tan exaltado que casi bufaba—. Quiero besar tus manos, y tus ojos, y tu garganta, y tu boca. Quiero arrodillarme ante ti, ahora, aquí mismo.

—¡Tony, no... por Dios... no...!

Constance no hubiera creído que pudiera sentirse tan profundamente azorada.

En Londres, en Chelsea, o en Bloomsbury, esto le hubiera parecido muy natural. Pero aquí, en el jardín del fondo de los tribunales, le parecía casi grotesco. Era como si un perrazo le pusiera las patas en los hombros y comenzara a lamerle la cara. Quería a Tony Morell, pero se daba cuenta de que existía una ocasión y un lugar para cada cosa. Morell, con su intuición rápida, lo advirtió. Se volvió a sentar, sonriendo ligeramente:

—¿Más reprensiones, querida mía?

—No creerás que estoy enfadada, ¿no es verdad?

—Me parece que lo estás, y mucho —repuso su compañero con burlona solemnidad—. Pero nosotros no podemos cambiar todo esto. Para empezar, estoy un poco ofendido con que no quieras presentarme a tu padre.

—No es eso. Pero me parece —ella titubeaba— que hemos debido prevenirle. —Vacilaba de nuevo—. Tengo cierta intimidad con un amigo que debió... tal vez adelantarle la noticia, ¿comprendes? Antes de que llegásemos allí.

Morell frunció el ceño.

—¿Qué amigo?

—Fred Barlow.

Tony Morell sacó del bolsillo de su chaleco una mascota, que tenía el hábito de hacer saltar, tirar y recoger cuando estaba preocupado o pensativo. Era una bala, una pequeña bala de revólver. Decía que tenía una historia interesante, aunque Constance no comprendía cómo una bala podía tener una historia interesante antes de haber sido disparada. La tiró al aire y la recogió, produciendo un chasquido al caer de plano contra la palma de su mano. La volvió a tirar, y la recogió otra vez.

—Barlow —repitió mirando a su alrededor—. ¿No era ése el tipo que estaba en el juicio, el defensor del hombre a quien tu padre acaba de sentenciar a muerte? ¿No es ése el individuo con quien tu padre quiere que te cases?

Constance con sorpresa vio que su cara se puso blanca de repente por algo que ella atribuyó a celos. Eso la conmovió con placer poco santo, y se apresuró a corregirle.

—¡Querido Tony, por centésima vez te digo que no hay nada de eso! ¡Nunca me importó dos cominos Freddie Barlow, y él lo sabe! ¡Puede decirse que nos criamos juntos!, y en cuanto a lo que papá quiere...

—¿Bien?

—Él querrá lo que quiera yo, o al menos así lo espero. —En los ojos castaños había incertidumbre—. Escucha, querido. Yo le escribí una nota a Fred. Generalmente al terminar la sesión todos los abogados van a una especie de club a puerta cerrada, y se quitan todos esos cuellos tan cómicos, se lavan las manos y discuten. Pero yo pedí a Fred que viniera aquí directamente tan pronto como pudiera escaparse. Le dije que tenía algo importantísimo que decirle. —Su voz se volvía más impaciente y suplicante—. Va a venir ahora, serás amable con él, ¿no es cierto?

Una vez más Tony Morell tiró la bala al aire, la recogió y volvió a guardársela en el bolsillo.

Luego echó una ojeada al enarenado sendero, por donde avanzaba una figura, con peluca y toga, hacia donde ellos estaban.

Era Frederick Barlow en persona, delgado y alto, con una permanente expresión satírica indicadora de que observaba el mundo y descubría que le faltaba mucho. En los últimos años —si, por ejemplo, no encontraba la esposa perfecta— esta cualidad se convertiría en una seca acritud en el estrado, porque a él seguramente lo elevarían al estrado algún día.

Su carrera era el triunfo de un duro entrenamiento sobre su carácter. Por naturaleza era amigo de seguir el camino trillado; pero esto, ante la ley, debía dejarse a un lado, y tenía que evitar las tonterías. Por naturaleza era sentimental, pero en esto debía dominarse más resueltamente, a menos que pudiera ser utilizable al dirigirse al jurado. Se le conocía como un buen hombre de negocios, aunque odiaba los negocios más que ninguna otra cosa en el mundo. Llegar a ser caballero comendador a los treinta y tres años es casi un milagro, y quizá justifique la autodisciplina llevada al punto de un cilicio mental.

Se acercaba lentamente por el sendero con la negra toga abierta y los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco; la peluca en lo alto de su cabeza, con un espacio abierto sobre las orejas que a Constance le había parecido siempre algo absurdo. Sus ojos, de un verde felino, eran desconcertantes para los testigos. Venía sonriendo.

—¡Hola, hijita! —Dijo—, creía que estabas en casa de Jane Tennant.

—Estuvimos —respondió Constance casi sin respirar—; como Taunton queda sólo a pocos kilómetros de aquí, se nos ocurrió venir y..., ver cómo andaban las cosas. Fred, éste es Tony Morell.

Morell respondió con elegancia. Se levantó, sonriendo de la manera más atractiva, y le estrechó la mano con calurosa efusión. Pero Constance estaba turbada.

—Te aseguro, Fred, que siento mucho que perdieras tu caso.

—No es nada. Gajes del oficio.

—Es más, estoy apenadísima por aquel pobre hombre, Lypiatt. Casi me puse enferma al mirarlo. ¿Realmente va a ser...?

—¿Colgado? —terminó Barlow—. No; al menos, yo no lo creo.

—Pero la ley... ya oíste lo que dijo papá...

Frederick Barlow silbó entre dientes, su rostro sólo expresaba un mediano interés, pues estaba observando a Tony Morell.

—Mi querida Connie —dijo—, ésa es la idea de tu padre, jugar al gato y al ratón. A él la ley le importa un bledo. Lo que le interesa es administrar justicia, absoluta e imparcial, según él la entiende.

—Pues yo no lo comprendo.

—Bien, Lypiatt cometió un asesinato. Si no me equivoco, tu padre no cree, teniendo en cuenta las circunstancias, que Lypiatt deba ser colgado. Por otra parte, él cometió un asesinato, y merece un castigo. Así, tu respetable padre lo dejará cocer a fuego lento, en su propio jugo, todo el tiempo posible, pensando que está listo para el paseo de las ocho en punto y la cuerda. Entonces el magistrado Ireton aprobará formalmente la petición de clemencia, y el secretario privado conmutará la sentencia por la de cadena perpetua. Eso es todo.

—¿Algo así como la inquisición, no es eso? —observó Tony Morell, cuya cara expresiva se había ensombrecido.

—Quizá; yo no sé. Pregúnteselo al juez.

—¿Pero tiene derecho él a hacer una cosa semejante? —preguntó Morell.

—Técnicamente, sí.

—¿Pero moralmente?

—¡Oh, moralmente! —dijo Barlow, con una agria sonrisa y agitando su mano.

Constance sintió que esta entrevista no marchaba de acuerdo a lo planeado: que había allí corrientes subterráneas que no comprendía muy bien. Se sentía incómoda pensando que Fred Barlow medio sospechaba lo que le iba a decir. Así que decidió dar la arremetida.

—Me alegra el oírlo. Es decir, sería de mal agüero, o dejaría cierto mal gusto, si

algo así sucediera hoy. Soy muy feliz, Fred. Tony y yo nos hemos comprometido para casarnos.

En este momento Barlow se metió las manos en los bolsillos del pantalón. A su pesar, se le inyectaron los ojos de sangre. Y odiaba este involuntario signo exterior más que otro ninguno. Encorvó los hombros bajo la negra toga, miró a la tierra y giró sobre sus talones, como si reflexionara.

—Enhorabuena —dijo—. ¿Lo sabe el viejo?

—No. Nosotros vinimos para decírselo, pero tú sabes cómo está él en el último día de las sesiones. Irá a la playa esta noche, y podremos verlo allí. Oye, Fred. ¿Tú vas a ir allá abajo, a tu casita, esta noche?

—¿De manera que me necesitas para que yo le participe la noticia? ¿No es así?

—Mis palabras son una especie de insinuación. ¡Por favor, Fred! Lo harás, ¿no es cierto?

—No —dijo Barlow después de reflexionar un poco más.

—¿No quieres? ¿Por qué?

Barlow se rió burlonamente. Sujetándose las solapas de su toga como si se dirigiera a un jurado, ladeó la cabeza y habló con dulzura:

—Hace alrededor de veinte años —dijo—, desde que tú estabas aprendiendo a andar y yo era un muchacho de doce, te he dado una mano. Te ayudé en tus sumas y en tus ejercicios de francés cuando tenías demasiada pereza para hacerlos. Siempre que te has visto envuelta en líos, los he afrontado. Eres una jovencita de buen corazón, Connie, y tu atractivo es ilimitado; pero nunca tuviste sentido de la responsabilidad. Si vas a casarte, tendrás que desarrollarlo. Éste es un pequeño lío que tienes que arreglarlo tú sola. Y ahora discúlpame; tengo que reunirme con mi cliente.

—A ti no te importa, ¿verdad? —le gritó la muchacha dando un brinco.

—¿Qué es lo que no me importa?

—Tú y Jane Tennant... —se reprimió. Luego agregó con voz sarcástica—: ¡Y tú también le tienes miedo, como todo el mundo!

Barlow no replicó. Dirigió a Tony Morell algo que estaba entre una inclinación de cabeza y una reverencia formal. Giró sobre sus pies y volvió a tomar por el sendero con paso mesurado. Su toga se hinchaba a su alrededor; hasta la cola de su peluca parecía elocuente.

Morell, que parecía torvamente encolerizado por otro asunto, se reprimió y sonrió a Constance.

—No te preocupes, querida mía —la consoló—. No es asunto suyo, ¿verdad? Yo puedo arreglar el asunto, tú lo sabes. —Sus dientes blancos relucían.

—Pero, Tony, después de todo, tú has tenido un prontuario malísimo, ¿no es verdad? Es decir, a los ojos de los demás.

—¡Ah! —dijo el señor Morell humorísticamente. Sus ojos se achicaron—. ¿Te importa eso a ti?

La pasión que había en la voz de ella sorprendió hasta al propio Morell.

—¡En lo más mínimo! Yo... yo más bien te admiro a ti por eso y, oh, Tony... ¡te quiero tanto! Pero —de nuevo dudaba, produciendo ruido al abrir y al cerrar su bolso de mano—, ¿pero qué dirá mi padre?

II

AL DÍA siguiente por la tarde, el magistrado Ireton estaba sentado en la sala de estar en su villa a orillas del mar, jugando al ajedrez con el doctor Gideon Fell.

No era una casita muy hermosa, ni tenía buenas vistas sobre la playa. Encontrar a Horace Ireton instalado aquí sorprendería a aquellos amigos suyos que conocían su extremado buen gusto y su pasión felina por las comodidades. El magistrado Ireton detestaba pasear: cuando estaba en Londres en gira judicial^[1] no daba un paso sin su *limousine*. Sostenía un alto nivel de vida, para algunos demasiado alto con relación a sus ingresos. Su casa de la calle South Audley, en la ciudad, y su casa de campo, en Berkshire, estaban dotadas de los más refinados cuartos de baño y de los inventos más complicados para el confort. Se regalaba el paladar en materia de comidas y bebidas. Sus grandes cigarros, su legítimo coñac Napoleón y su afición por los platos franceses eran tan conocidos que en ninguna caricatura suya dejaban de incluir alguno de estos detalles.

Pero la verdad es que el magistrado Ireton, como algunos otros, se hacía ilusiones acerca del aire del mar y de la vida sencilla.

Todos los años, generalmente hacia fines de la primavera o al terminar el verano, comenzaba a sentir vagas aprensiones sobre su salud. Tales recelos eran infundados. Digería como un avestruz. No obstante ello, tenía la costumbre de alquilar una casita en algún paraje de playa más o menos remoto, lejos de los lugares frecuentados de la orilla del mar, y se quedaba algunas semanas o un mes.

Iba allí para bañarse; nadie había visto todavía el espectáculo, probablemente espantoso, del magistrado Ireton en traje de baño. Por regla general no pasaba de sentarse en un sillón y leer tranquilamente a sus autores favoritos del siglo XVIII. Algunas veces, como una concesión extrema a su salud, se animaba a dar un corto paseo por la arena con paso remiso y de mala gana, un cigarro en la boca y una expresión de desagrado en la cara.

Las Dunas, su residencia actual, era mejor que la mayoría de las anteriores. Se había decidido a comprarla porque tenía un cuarto de baño aceptable. La construcción era de ladrillo y estuco amarillo, con ventanas de estilo francés que daban al mar. Se componía de dos habitaciones, un vestíbulo que las separaba, y, construidos en la parte de atrás, cocina y baño. Al frente, más allá de una extensa pradera, donde ningún poder humano podía hacer brotar la hierba, la carretera de asfalto, paralela al mar, corría por el Este hasta la ciudad de Fawnish y al Oeste hacia la curva de Horseshoe Bay. Y al otro lado de esta carretera, pasando una achaparrada maraña de algo parecido a hierba injertada en hierbajos marinos, el blanco hueso de la playa bajaba en declive hasta el mar.

Las Dunas era la única casa que había en un kilómetro. No pasaban ómnibus por delante de ella, aunque estaba en el área de la Corporación, y habían condescendido a

iluminar la carretera con un farol cada doscientos metros. Cuando hacía buen tiempo, con el sol reflejado en el agua azul de la pizarra y el promontorio de Horseshoe Bay coloreado de ocre en lontananza, la vista era bastante agradable. Pero cuando el tiempo era lóbrego, y azotaban los vientos, tenía un aspecto desolado.

La tarde era calurosa, aunque ligeramente húmeda, cuando el magistrado Ireton y el doctor Fell estaban sentados ante la mesa de ajedrez en el cuarto de estar de Las Dunas.

—Mueva usted —decía el magistrado Ireton pacientemente.

—¿Eh? ¡Ah, sí! —exclamó el doctor Fell, despertando. Movi6 una pieza algo aturdido, porque estaba embargado con bastante pasi6n en otra disputa—. Lo que yo quiero saber, se6or, es lo siguiente. ¿Por qu6 siente usted tanto placer en ese juego del gato y del rat6n? Usted me confi6 reservadamente, que, a pesar de todo, no quer6a colgar al joven Lypiatt.

—¡Jaque! —exclam6 el magistrado Ireton, moviendo una pieza.

—¿Eh?

—¡Jaque!

El doctor Fell afloj6 sus mejillas con un vasto resoplido, se cuadr6 y escudri6n6 el tablero a trav6s de sus lentes, sujetos por una ancha cinta negra. Jadeaba, con sus ciento veinte kilos, y contemplaba a su opositor con suspicacia. Su jugada fue tan desafiante como el gesto de su labio inferior.

Lanz6 un gru6nido, y continu6:

—Pero volviendo al asunto. Cuando el procesado no est6 en peligro, usted le hace creer en 6l. ¿Recuerda el caso de Dobbes, el estafador de la calle Leadenhall?

—Jaque —dijo el magistrado Ireton, poniendo la reina de su contrincante fuera del tablero.

—¡Oh, cuidado entonces! ¿Qu6 hay de eso?

—¡Jaque!

—¡Arconte de Atenas! No parec6a que lo fuera...

—No —dijo el otro—. Jaque mate.

Reuni6 muy serio las piezas y las volvi6 a colocar en sus respectivas casillas para comenzar el juego. Pero no le propuso otra partida.

—Es usted muy mal jugador de ajedrez —dijo—. No quiere concentrarse. Vamos a ver ahora, ¿qu6 es lo que quiere usted saber?

Si en el estrado parec6a inaccesible, sentado en 6l tan estirado como un yogui, en estos momentos aparec6a m6s humano, aunque todav6a poco comunicativo. Y, sin embargo, era hospitalario y amable. Vest6a una chaqueta de deporte escocesa y cuatro m6s, que parec6an algo absurdo, y estaba sentado hacia adelante en una silla demasiado mullida, de tal manera que sus cortas piernas apenas pod6an alcanzar el suelo.

—¿Puedo hablarle francamente, entonces? —pregunt6 el doctor Fell.

—S6.

—Vea usted —explicó aquél al tiempo que sacaba un gran pañuelo de colores y se enjugaba la frente, con tanta solemnidad que hasta el juez sonrió—, cuesta un poco de trabajo decirlo con claridad. Usted sabe que tiene unos ojos que parecen una barrena. O, al menos, tiene usted esa fama.

—Ya lo sé.

—¿Y recuerda usted a Dobbes, el estafador de la City?

—Perfectamente.

—Pues bien —admitió el doctor Fell—, al final me hizo usted sentir escalofríos. Para mí, Dobbes, con su degradación revestida de dignidad, era un caso repugnante; lo admito sinceramente. Cuando se puso de pie ante usted para oír la sentencia, merecía una buena dosis y sabía que se la iban a aplicar. Usted le habló de esa manera reposada que lo caracteriza, y hasta que casi le hizo desmayarse. Luego le notificó la sentencia: cinco años... y ordenó a los guardianes que lo retirasen. Pudimos ver al infeliz tambalearse de gozo por ser condenado solamente a cinco años.

—Nosotros creímos que todo había concluido —prosiguió el doctor—, y los guardianes, también. Lo mismo creyó Dobbes. Usted le permitió retirarse hasta bajar las escaleras del tribunal, y entonces dijo: «Un momento, señor Dobbes. Hay otra cuenta más contra usted. Será mejor que vuelva». Cuando volvió, le aplicó cinco años más; y luego, cuando Dobbes se desplomó y los que lo estábamos observando quisimos recogerlo del suelo y llevárnoslo, usted repitió aquella cuenta por tercera vez. Total: quince años.

El magistrado Ireton extrajo una pieza de ajedrez del tablero, la hizo girar entre sus dedos pequeños y regordetes y la colocó de nuevo en su sitio.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿No se le ocurre ningún comentario?

—La penalidad máxima para los delitos de Dobbes —observó el señor magistrado Ireton— hubiera sido la de veinte años.

—Señor —dijo el doctor Fell con pulida cortesía—, ¿no sostendrá usted que la sentencia fue una gracia?

—No —dijo el juez sonriendo ligeramente—; no voy a decir que lo fuera. Pero veinte años serían demasiado para lo que, a mi juicio, era la estricta justicia. Por eso mismo no se los impuse.

—¿Y ese juego del gato y el ratón?

—¿Puede usted negar que lo merecía?

—No; pero...

—Entonces, mi querido doctor, ¿de qué se queja?

La sala de estar de Las Dunas era una espaciosa habitación oblonga, con tres ventanas de estilo francés que daban al mar. El papel de la pared era de un tinte bilioso, y desde que el magistrado Ireton se había hecho cargo de los muebles del último propietario, hasta que pudiera colocar algunos de su propiedad, debía pasar momentos de agonía estética.

En el muro opuesto a las ventanas colgaba una cabeza disecada de anta, con ojos de cristal de mirada fija. Debajo había un escritorio Victoriano que hacía juego con un sillón giratorio, aunque lucía en aquél un teléfono. En el sofá y en uno de los sillones había almohadones bordados que tenían dibujos con leyenda tales como: «Hogar, dulce hogar», y una pipa curva, terminada con un humo de apariencia poco convincente. Las únicas señales de propiedad del magistrado Ireton eran las pilas de libros, alineados en unas rinconeras.

El doctor Fell no olvidaría nunca al pequeño, rechoncho y pulido juez que, sentado entre esas chucherías, hablaba con su voz suave y mordaz.

—No me gusta el tema —continuó—. Francamente, señor, me molesta que me interroguen acerca de eso.

El doctor Fell gruñó como para disculparse.

—Pero ya que usted ha abordado el caso, debe conocer también mi punto de vista. El Estado me paga por cumplir mi misión; y yo la cumplo según lo entiendo mejor. Eso es todo.

—¿Cuál es esa misión?

—¡Juzgar, por supuesto! —exclamó el otro simplemente—. Procurar que los jurados no cometan errores.

—Pero supóngase que comete usted una equivocación.

El magistrado Ireton estiró los brazos flexionando los músculos.

—Yo soy joven para jurista —dijo—. Cumplí sólo sesenta años el mes pasado. Pero creo que soy bastante tenaz. También me parece que soy bastante difícil de engañar. Esta afirmación puede ser tomada como una muestra de vanidad; sin embargo, es así.

El doctor Fell parecía intranquilo a causa de algún extraño movimiento interno.

—Disculpe mi candor —replicó—; lo que más me interesa es su rígido espíritu romano. Es admirable. ¡No cabe duda! Pero, entre nosotros, ¿no ha sentido nunca remordimientos? ¿No puede situarse usted ni con la imaginación en la posición del acusado? ¿No ha tenido nunca la humildad cristiana de temblar y decirse a sí mismo, «Eso es, pero por la gracia de Dios...»?

—No, ¿por qué? Eso no me concierne —dijo el otro, abriendo sus ojos adormilados.

—Señor —dijo gravemente el doctor Fell—, usted es un superhombre. El señor Shaw lo ha estado buscando a usted durante años.

—No por completo —dijo el juez—; yo soy un realista. Doctor —prosiguió, luego de sonreír ligeramente—, escúcheme. Hasta ahora se me ha acusado muchas veces y de muchas cosas; pero nunca de ser un hipócrita ni un fante. Así, pues, escúcheme bien: ¿por qué tengo que pronunciar yo una frase piadosa semejante a la que usted sugiere? No soy capaz de robar la caja de mi vecino, ni de asesinar a mi prójimo para birlarle la mujer. Mis ingresos impiden la tentación primera; y mi sentido común, la segunda.

Hizo uno de aquellos gestos demasiado violentos para poder ser refrenados, y continuó:

—Pero dese cuenta. Yo he trabajado ¡duramente! para perfeccionar ambas cosas: mis ingresos y mi sentido común. Desgraciadamente los criminales de este mundo no quieren hacer lo mismo. No tienen más derecho que yo para exponer sus cabezas; pero lo hacen. Luego piden clemencia. No la obtendrán de mí.

La equilibrada voz se detuvo. El magistrado Ireton retiró una pieza de ajedrez del tablero y la volvió a colocar fríamente, como si hubiera firmado y sellado un documento y deseara ahora terminar el asunto.

—Bien —meditaba el doctor Fell, acariciando su bigote—, tenía que ser así. ¿De manera que usted no puede, por ejemplo, imaginarse a sí mismo cometiendo un crimen?

El juez reflexionó.

—En determinadas circunstancias, tal vez. Aunque lo dudo. Pero si lo hiciera...

—¿Qué?

—Pesaría las probabilidades. Si estuvieran decididamente a mi favor, podría correr el riesgo. Si no estuvieran a mi favor, no lo correría. Pero hay una cosa que no haría. Ir después, medio engallado, y lloriqueando luego, a decir que no era culpable y que «las pruebas indiciarias» estaban contra mí. Desgraciadamente, esto es lo que hacen... todos ellos.

—Perdone mi curiosidad —dijo el doctor Fell cortésmente—. ¿No le ha pasado a usted alguna vez juzgar a un hombre inocente?

—Con frecuencia. Y me lisonjeo que siempre fue puesto en libertad.

De repente el magistrado Ireton se rió entre dientes.

Hacía días que no charlaba tanto. Fuera de los tribunales, era raro que emitiera tres sentencias completas. Desde hacía muchos años era amigo de Gideon Fell. Pero al comienzo, después de una larga y fastidiosa sesión, Horace Ireton había estado tentado de enfadarse con esta visita del doctor, que estaba en Tawnish y que, al pasar por allí, había entrado para presentarle sus respetos. Ahora, sin embargo, no se arrepentía en absoluto. Hasta le había puesto de buen humor.

—¡Vamos! —exclamó—. No soy tan ogro, mi querido Fell; usted lo sabe.

—¡Oh, sí!; lo sé.

—Y hasta me parece que fuera de las horas de trabajo soy un compañero bastante razonable. Lo que me recuerda —miró su reloj— que no le voy a ofrecer té, porque la señora de Drew ha salido, y yo detesto andar en la cocina; pero ¿qué le parece un *whisky* con soda?

—Gracias —dijo el doctor Fell—. Ésta es una invitación que pocas veces rehúso.

—Sus opiniones en criminología —prosiguió el juez levantándose súbitamente y cojeando al dirigirse hacia el aparador—; sus opiniones en criminología, en general, son sanas, lo admito. Pero usted no puede jugar al ajedrez. ¡Con qué gambito lo sorprendí a usted!..., ¿eh?

—Supongo que tuvo la culpa su aguardiente y el desarrollo de ese trabajo repugnante.

—Como usted guste. Consiste en dejar creer a nuestro adversario que está completamente seguro, ganando sin esfuerzo; y luego acorralarlo en una esquina. Usted le llamará probablemente a esto el juego del gato y el ratón.

El magistrado Ireton levantó dos vasos, inspeccionándolos para ver si estaban limpios. Al volver a ponerlos en su lugar, sus ojos recorrían la habitación. Miró con disgusto los relucientes muebles sobrecargados, los almohadones y la cabeza disecada de anta; su pequeña nariz se encogía. Pero, evidentemente, concluyó que todo estaba bien, porque aspiró, con presteza y profundamente, el aire del mar que entraba por una de las ventanas de estilo francés, abierta parcialmente, y aumentó su resignación. Qué sentencia hubiese sido capaz de añadir, cuando escanciaba dos *whiskies*, bastante abundantes, nunca lo supo Fell.

—¡Hola! —gritó una voz—, ¡eh...!

Era una voz de muchacha, que llamaba con intensa vivacidad. Fell se sobresaltó.

—¿Huéspedes? —preguntó—. ¿Huéspedes femeninos?

Una sombra de desesperación cruzó por la cara del magistrado Ireton.

—Me imagino que será mi hija. Aunque no sé lo que anda haciendo por aquí. Últimamente oí que estaba con una peña de amigos en Taunton.

Una muchacha de cabello rubio, con uno de aquellos sombreros transparentes de película, de moda en el 1936, asomaba por el otro lado de la ventana abierta. Llevaba también un ligero vestido floreado, y daba vueltas, con dedos algo inquietos, a una cartera blanca. Fell observó con agrado que poseía una mirada sincera; aunque le pareció, aun a él que la contemplaba sin ánimo hostil, que iba maquillada con exageración.

—¡Hola! —añadió con la misma alegría vibrante—. ¡Aquí estoy!

La expresión del magistrado Ireton se tornó seca y adusta.

—Ya lo observo —dijo—, ¿y a qué debo este honor inesperado?

—Tenía que venir por aquí —repuso la muchacha a la defensiva. Luego, y como si rompiera amarras, continuó con ímpetu—. Traigo las mejores noticias del mundo. Me he comprometido para casarme.

III

CONSTANCE no hubiera querido darle tan bruscamente la noticia. Pero llegó el instante preciso y no había sido capaz de encontrar un pretexto para preparar el terreno.

Constance, que cometía el delito de leer narraciones románticas, había tratado de imaginarse cómo actuaría él, de acuerdo a lo que había leído o visto en las películas. En las novelas, los padres se dividían en dos clases únicas: o eran severos e implacables, o simpáticos y tolerantes en un grado casi increíble. O lo arrojaban a uno fuera de casa inmediatamente, o le daban golpecitos cariñosos en la mano y le decían palabras de insospechable sabiduría. Y Constante, lo mismo quizá que cualquier otra muchacha, se daba cuenta de que su propio padre no encajaba en ninguna de las dos categorías. ¿Eran todos los padres tan difíciles? ¿O sólo lo era el suyo?

Ireton estaba de pie junto al aparador, con la mano sobre un sifón.

—¿Comprometida? —repitió. Ella se asombró entonces, al ver coloreársele las pálidas mejillas, y al oír su voz, que después de pasar por la sorpresa, se volvía cálida de placer—: ¿Comprometida? ¿Con Fred Barlow? ¡Mi querida Constante! Te felici...

Constance sintió abatírsele el corazón.

—No, papá. No es con Fred. Es..., es con otro que tú no conoces.

—¡Oh! —exclamó el magistrado Ireton.

El doctor Fell, que no carecía de cierto tacto, aunque rudimentario, salvó la situación.

A pesar de que su presencia en cualquier salón es casi tan poco disimulable como la de un elefante adulto, la muchacha no había reparado en él. Éste atrajo su atención haciéndose presente con una larga y sorda carraspera. Se enderezó sobre sus pies con la ayuda de un bastón a modo de muleta, y se despidió de ambos chispeante y resplandeciente.

—Si no les molesta —dijo—, voy a dejar esta bebida. Le prometí al inspector Graham que caería por allí alrededor de la hora del té, y ya pasó hace rato. —Carraspeó otra vez.

—Mi hija, doctor Fell —dijo mecánicamente Ireton.

El rostro de Constance se iluminó y le dirigió una corta sonrisa sobresaltada, pero vislumbrándolo todavía a duras penas.

—Si cree usted que realmente debe ir... —sugirió el juez, visiblemente aliviado.

—Lamento que deba ser así. Continuaremos nuestro debate en otra ocasión, ¿no?

Fell recogió del sofá su capa plegada, se la echó por los hombros y la aseguró con la cadenita.

Jadeando por tan excesivo esfuerzo, se puso y ajustó su sombrero de clérigo. Luego, levantando su bastón a modo de saludo, y con una inclinación hacia Constance que añadió varias nuevas arrugas a su chaleco, se marchó atolondrado.

Padre e hija le observaron mientras cruzaba el césped, y cómo al abrir la puerta del jardín hacía esfuerzos como para romper una caja de caudales.

En medio de un largo silencio Ireton atravesó el salón y llegó junto a su silla, donde se sentó.

Constance sentía como si le estrujaran el corazón.

—Papá... —comenzó.

—Un momento —dijo su padre—. Antes de que me hables de eso sería bueno que te quitaras un poco esa pintura de comedianta que llevas en la cara. Pareces, una trotacalles.

Los reproches de esta índole eran los que siempre enloquecían a Constance.

—¿Por qué?... —gritó—. ¿Por qué no quieres tomarme nunca en serio?

—Si alguien te tomara en serio con la apariencia que tienes —replicó tranquilamente el juez—, esperaría que le llamas «queridito» y que te diera un pellizco. Quítate esa máscara, por favor.

El padre era tan paciente como una araña. El silencio se prolongaba. En su nerviosismo, Constance sacó un estuche de su cartera, lo abrió y se contempló en el espejo, se restregó primero los labios y luego las mejillas con un pañuelo. Cuando hubo concluido, se sintió tan desaliñada de cuerpo como de ideas.

Ireton aprobó con la cabeza.

—Ahora está bien —dijo luego—. Presumo que querías decir lo que dijiste. ¿Es un asunto completamente serio?

—Papá, ¡no estuve nunca tan terriblemente seria en toda mi vida!

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Quién es él? —preguntó el juez pacientemente.

—¿Qué es lo que sabes acerca de él? ¿A qué ambiente pertenece?

—Su..., su nombre es Anthony Morell. Lo conocí en Londres.

—Bien. ¿De qué vive?

—Es copropietario de un club nocturno. Al menos ésta es una de las cosas que hace.

Ireton parpadeó rápidamente.

—¿Qué más hace?

—Yo no sé. Pero dispone de grandes sumas de dinero.

—¿Quiénes son sus padres?

—No lo sé, murieron.

—¿Dónde lo conociste?

—En una reunión en Chelsea.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Por lo menos dos meses.

—¿Has tenido relaciones demasiado íntimas con él?

—¡Papá!

Constance estaba sinceramente escandalizada. No escandalizada por la insinuación, que habría aceptado con ecuanimidad y aun con complacencia de cualquier otro, sino ante el hecho de que viniera de él.

Los ojos indulgentes de Ireton se abrieron.

—Te hice sólo una simple pregunta —indicó—. Seguramente podrás responderla, ¿las has tenido?

—No.

Aunque no se movió ni un músculo de la cara del juez, éste parecía estar expeliendo su aliento. Descansó un poco su cuerpo poniendo las manos extendidas en los brazos del sillón.

Constance, aunque aturdida, se dio cuenta de que, al menos, no se había manifestado el síntoma más siniestro y característico de peligro en él. No había sacado sus gafas, bordeadas de carey, de la caja de su bolsillo interior, para calárselas y quitárselas deliberadamente, como era su costumbre cuando estaba en el estrado. Pero ella sentía que no podía aguantar esta impasibilidad.

—¿No puedes decirme algo? —le rogó—. ¡Di, por favor, que no te importa! Si intentas impedir que me case con Tony, ¡creo que me moriría!

—Tienes veintiún años —expuso el juez. Luego reflexionó—. En efecto, entraste en posesión del dinero de tu madre hace solamente seis meses.

—¡Quinientas libras por año! —dijo desdeñosamente la muchacha.

—No hacía comentario acerca de lo insuficiente que te resulta esa cantidad. Establecía el hecho. Tú tienes veintiún años y eres independiente. Si decides casarte, yo no puedo impedírtelo.

—No; pero tú podrías...

—¿Qué dices?

—¡No sé! —dijo apocadamente Constance—. ¿No puedes decir algo? —añadió, luego de una pausa.

—Si tú lo quieres... —Ireton quedó un rato silencioso. Luego puso los dedos en sus sienes y los hizo girar, irritado, por la frente—. Debo confesar que había esperado que quisieras casarte con el joven Barlow. Tiene ante sí un futuro espléndido, creo yo, si conserva la cabeza. Le he aconsejado, y hasta lo he preparado durante varios años...

Constance pensó que precisamente éste era el inconveniente. El señor Barlow (cuando ella quería ponerse muy seria, siempre pensaba en él como «señor») cada día se convertía más en su tutor; se estaba volviendo viejo antes de tiempo. Dejaría que la vigorosa Jane Tennant, que abiertamente lo adoraba, conquistase a Fred Barlow. Afrontar la vida con un sujeto preparado por el hombre de la sangre fría de su padre, excedía la medida de sus fuerzas.

—Tu madre —dijo Ireton, tras un instante de reflexión— era en muchos aspectos una mujer muy tonta...

—¿Te atreves a hablar así de ella?

—Sin duda. Me parece que tú eres demasiado joven para recordar a tu madre.

—Sí, pero...

—Entonces ten la bondad de no dar tu opinión cuando no tienes una base adecuada para juzgar. Tu madre —dijo— era, en muchos aspectos, una mujer muy necia. En muchas cosas me irritaba. Cuando murió lo sentí, aunque no puedo decir que estuviera traspasado de dolor. ¡Pero tú...!

Cambió de postura en la silla. Constance habló anhelante.

—Bueno, ¿vas a jugar al gato y al ratón conmigo también? ¿No quieres decir algo, de una manera o de otra? ¿No quieres, al menos, conocer a Tony?

El juez la miró rápidamente.

—¿Está aquí?

—Está abajo en la playa, tirándole piedras al agua. Pensé verte primero, como preparación; y luego que él entrara y hablase contigo.

—Muy bien hecho. ¿Quieres decirle que pase, entonces?

—Pero si tú...

—Mi querida Constance, ¿esperas que responda «sí» o «no», «Dios te bendiga» o «No lo quiero», sin ningún informe? Tu bosquejo biográfico del señor Morell, reconocerás, no fue muy amplio. Te pido que me lo presentes. Podré formarme así una opinión sobre este caballero después que lo haya tratado.

Cuando Constance iba a buscarlo, dudó. Le pareció que había habido algo de énfasis siniestro en la palabra «caballero». Como de costumbre, después de un encuentro con su padre, experimentaba cierto arrebató y sentimiento a la vez, ya que todas sus ideas habían sido retorcidas y todas sus preguntas directas soslayadas: eso no le pasaba con ninguna otra persona.

—Papá —dijo bruscamente, con la mano apoyada en la ventana—; hay algo más.

—¿Qué es?

—No tengo más remedio que decírtelo. ¡Quiero pedirte, por favor, por todos los santos, que seas amable! No creo realmente que Tony te vaya a gustar. Pero si no te gusta, será por un montón de prejuicios, nada más. Por ejemplo, a Tony le gustan las reuniones en que se bebe y se baila y las cosas modernas. Es terriblemente inteligente...

—¿De veras? —preguntó Ireton.

—Pero le gustan los autores y los compositores modernos. Opina que las cosas que tú y Fred Barlow habéis tratado de hacerme admirar son ruinas monótonas. Y otra cosa más. Él ha tenido... Bueno, aventuras; sí, ¡y yo lo admiro por eso! ¿Puede evitar que las mujeres lo encuentren tan atractivo? ¿Puede impedir él que ellas pierdan la cabeza?

—No lo sé —dijo su padre imperturbable—; me darás mejor oportunidad de descubrirlo si le pides que suba hasta aquí.

Constance dudaba de nuevo.

—¿Te agradecería que me quedase aquí mientras hablas con él?

—No.

—Está bien, de todas maneras también yo prefiero no estar delante.

La joven arrastró sus zapatillas hasta el fondo de la ventana de estilo francés, y lo observó vacilando a sus espaldas.

—Entonces procuraré quitarme de en medio. —Cerró los puños—. Pero serás amable con él, ¿no es verdad?

—Lo trataré con amabilidad, Constance. Te lo prometo.

La muchacha se volvió y echó a correr.

Las sombras iban invadiendo la sala, el camino, la playa y el mar. El sol, furiosamente rojo y medio borroso, emergía detrás de las nubes bajas y se ponía a lo largo de las aguas. Incendió la habitación y lentamente se ocultó de nuevo. El retorno del crepúsculo trajo un olor húmedo, mezclado con el sabor a yodo de las algas, que subía hasta allí arrastrado por una brisa del Sur. En ese momentáneo resplandor del sol, las orillas lejanas de la playa aparecían llanas, grises, y relumbraban donde la marea retrocedía; pero la brisa también arrastraba, contra un silencio inmenso, el blando y serpenteante silbido de la marea al subir.

Ireton se agitó en su silla.

Se levantó, poniéndose casi tieso, se dirigió al aparador, y contempló los dos *whiskies* intactos que había servido.

Después de examinarlos con atención, cogió un vaso, vació su contenido dentro del otro y añadió soda. De una caja que había en el aparador sacó un cigarro, desgarró la faja, lo cortó y lo encendió. Cuando lo hubo aspirado con satisfacción, volvió a su silla con el vaso de *whisky*. Colocó el vaso sobre el borde de la mesa de ajedrez, y continuó fumando plácidamente.

En el césped del exterior resonaron pasos rápidos.

—¡Buenas tardes, señor! —exclamó la voz trémula pero cordial del señor Anthony Morell—. ¡Cómo usted ve, estoy ante las barbas del león en su propia guarida!

Al entrar, robusto y agraciado, Morell se quitó al vuelo su sombrero, y luego avanzó, sonriendo, con la mano extendida.

IV

—BUENAS tardes —dijo el juez. Apenas tocó la mano que le extendían sin entusiasmo y sin estrecharla—. ¿Quiere sentarse?

—Gracias.

—Enfrente de mí, por favor. Donde yo pueda verlo.

—Perfectamente.

Tony Morell se sentó. La silla, demasiado mullida, le hizo reclinarse con exceso hacia atrás; pero al instante se incorporó, como si no quisiera estar en inferioridad de condiciones.

Ireton continuaba fumando plácidamente. No decía nada. Mantenía sus ojos pequeños constantemente fijos sobre el rostro de su visitante. Era una contemplación que podría haber impresionado a un hombre sensible, como quizá lo fuera Morell.

Morell carraspeó.

—Supongo —observó hablando en medio de un gran silencio— que Connie ya le habrá dicho.

—¿A qué se refiere usted?

—A nuestro caso.

—En concreto, ¿de qué se trata? Procure ser preciso.

—¡Lo del casamiento!

—Ah, sí, me dijo. ¿Quiere un cigarro? ¿Un *whisky* con soda?

—No, señor; gracias —replicó Morell, lanzando su respuesta instantáneamente y con cierta complacencia semiconsciente—. Ni fumo ni tomo bebidas alcohólicas. Ésa es mi embriaguez.

Como si hubiera cobrado ánimo o se hubiera envalentonado con la invitación, parecía más a gusto. Tenía el aire de un hombre cuya mano oculta la carta del triunfo y que sólo duda sobre el momento oportuno de jugarla. Pero no hizo movimiento en tal sentido. En vez de eso, sacó un paquete de gomas de mascar, que mostró a su huésped antes de quitarle el papel a una de las pastillas, y la paladeó con placer manifiesto.

Ireton continuaba en silencio.

—No es que yo le haga reproches a usted —le aseguró, aludiendo al tabaco y los licores—, es sólo que no estoy acostumbrado a ellos.

Después de esta magnánima explicación, sobrevino un silencio desagradable para el joven. Entonces entró en materia.

—Ahora hablemos de Connie y de mí. Ella estaba un poco preocupada, pero yo le dije que creía poderle persuadir. Nosotros no deseamos disgustos. Queremos que sea nuestro amigo, si quiere usted serlo. ¿Tiene usted alguna razón de peso en contra de nuestro casamiento?

Tras estas palabras esbozó una sonrisa.

El juez retiró su cigarro de la boca.

—¿No ve usted mismo la objeción? —le preguntó.

Morell dudó.

—Bueno —admitió frunciendo su frente tostada—; hay una cosa. Soy católico. Lamento tener que insistir en que nos casaremos por la Iglesia católica y en que Connie se convierta al catolicismo. ¿Usted me comprende, no es cierto?

El juez inclinó la cabeza.

—Sí. Usted tiene la gentileza de advertirme que se casará con mi hija con tal de que ella cambie de religión.

—¡Cuidado, señor! Yo no quiero que usted sugiera...

—Yo no estoy sugiriendo nada. Estoy, simplemente, repitiendo sus palabras.

Con especial cuidado se puso a buscar algo en el bolsillo de su chaqueta. Sacó unas gafas con cerquillo de carey de su estuche, se las caló y miró a Morell a través de ellas. Luego se las quitó y comenzó a hacerlas girar, suavemente, con su mano izquierda.

—¡Pero siempre hay maneras de decir las cosas! —se quejó Morell. Una hostilidad evidente comenzaba a manifestarse en sus ojos prominentes, oscuros y sensitivos—. Después de todo, la religión es un asunto serio para mí. Lo es para todos los católicos. Yo solamente...

—Dejemos eso, por favor. ¿No ve usted ninguna objeción a este matrimonio, digamos, desde mi punto de vista?

—No; realmente, no.

—¿Está usted completamente seguro?

—Bueno, puede ser que haya una cosa que deba decirle...

—No necesita usted decírmela. Ya la sé.

—¿Qué es lo que sabe usted?

Ireton colocó su cigarro en el borde de la mesa de ajedrez. Cambió las gafas a su mano derecha y continuó haciéndolas girar suavemente, aunque un observador minucioso habría visto que la mano le temblaba un poco.

—Antonio Morelli —dijo—, siciliano de nacimiento, naturalizado británico..., olvidé cuándo. Hace cinco años, en los tribunales de Kingston, este Antonio Morelli compareció ante mi amigo el magistrado White.

Hubo un silencio.

—No sé —respondió lentamente Morell— dónde consiguió usted este trozo de un cuadro repulsivo. Pero si sabe usted todo lo concerniente al caso, sabrá que soy el único que debe sentirse ofendido. Yo fui la parte agraviada, la víctima.

—Sí. No hay duda. Déjeme ver si logro recordar los hechos. —El señor Ireton frunció los labios—. El caso me interesó, porque presentaba un paralelismo curioso con el caso de Madeline Smith y Pierre L'Angelier, aunque usted, señor Morell, se hallaba en una situación algo mejor que L'Angelier. Este Antonio Morelli se comprometió, en secreto, con la hija de una familia influyente y rica. Le habló de casamiento. Ella le escribió unas cuantas cartas de ésas que algunos juristas no tienen

más remedio que conceptuar como escandalosas. Luego el ardor de la muchacha comenzó a enfriarse. Ante este hecho, Morelli la amenazó con que, si no mantenía su promesa y hacía de él un hombre de posición, le enseñaría las cartas a su padre. La muchacha perdió la cabeza e intentó matar a Morelli. Se la acusó de tentativa de asesinato, pero resultó absuelta.

—Eso es mentira —dijo Morell incorporándose a medias y arrojando sus palabras a la cara del juez.

—¿Mentira? —repitió Ireton poniéndose las gafas—. ¿Mentira que la muchacha fue absuelta?

—Usted sabe lo que quiero decir.

—Temo que no.

—Yo no quería a esa mujer. Me perseguía y no podía evitarlo. Entonces, cuando esa pequeña idiota intentó matarme, porque yo no la quería, su familia tuvo que aderezar alguna historia para atraerle simpatías. Esto es todo lo que pasó. Y nunca la amenacé de semejante manera ni pensé en tal cosa.

Hizo una pausa, y añadió significativamente.

—Por supuesto, Connie conoce todo este asunto.

—No lo dudo. ¿No cree usted en la veracidad de las pruebas que fueron presentadas en el juicio?

—No; las niego. Eran pruebas indiciarias. Eso... ¿Qué le pasa a usted? ¿Por qué mira de esa forma?

—Por nada. Le ruego que continúe. He oído la historia antes; pero prosiga.

Morell volvió a sentarse. Respiraba lenta y pesadamente; se pasó la mano por el cabello. La goma de mascar, que había alojado para seguridad en un rincón de su boca, volvió a ponerla ahora en juego. Sus mandíbulas cuadradas, bien afeitadas, mascaban con ritmo sostenido, y producían un ruido crujiente con la goma.

—¿Cree usted que ya me tiene en su poder, no es cierto? —preguntó.

—Sí.

—¿Y si se equivoca?

—Correré el riesgo. Señor Morell, esta entrevista ya ha durado bastante, y ha sido, casi no necesito decírselo, la más desagradable de mi vida. Sólo tengo que hacerle una pregunta más. ¿Cuánto?

—¿Qué dice?

—¿Cuánto dinero —explicó el juez dilucidando pacientemente la cuestión— quiere usted para marcharse y dejar a mi hija en paz por las buenas?

Las sombras iban oscureciendo el salón y el aire se había vuelto frío. Una extraña sonrisa pasó por la cara de Morell, y mostró sus fuertes dientes blancos. Suspiró hondo. Parecía que le liberaban de un papel difícil; semejaba un hombre que se libra de un traje incómodo. Se recostó en la silla, y se encogió de hombros.

—Después de todo —dijo sonriendo—, los negocios son los negocios, ¿no es así? Ireton cerró los ojos.

—Sí.

—Pero a mí me gusta mucho Connie. Así que tendrá que hacerme una buena oferta, una gran oferta. —Hizo chasquear la goma—. ¿Cuánto está usted dispuesto a pagar?

—No —dijo el juez serenamente—, no lo diré. Establezca sus condiciones. No debe pedirme que tase su precio. Después de todo, no espero, es la verdad, que usted acepte dos chelines o media corona.

—¡Ah, pero en eso es en lo que se equivoca usted! —expuso el otro con agrado—. Afortunadamente, no se trata de mi precio. Se trata del precio de Connie. Es una linda chica, usted lo sabe; y sería una vergüenza que usted, su padre, tratara de negociar subestimando su valor. Así, pues, debe usted prepararse para pagar un precio razonable por ella, y además una pequeña y legítima compensación para mi corazón herido. Digamos, por ejemplo —se puso a considerar, pasando los dedos por el brazo del sillón y mirando luego hacia arriba—, ¿cinco mil libras?

—No sea loco.

—¿No le parece que vale esa cantidad?

—No se trata de lo que ella valga para mí. Se trata de lo que yo puedo disponer.

—¡Ah!, ¿sí? —inquirió Morell con interés, mirándole de reojo. Su sonrisa apareció otra vez—. Bien, yo le he hecho mi propuesta. Si quiere usted continuar esta discusión, lo lamento, pero tendrá que hacerme una oferta.

—Mil libras.

—No sea loco, mi estimado señor —repuso Morell echándose a reír—. Connie sola tiene quinientas libras de renta al año.

—Dos mil.

—No. No es bastante. Ahora que si estuviera dispuesto a entregarme tres mil, contantes y sonantes, podría admitirlo. No digo que lo hiciera, pero tal vez podría.

—Tres mil libras. Es mi última palabra.

Se produjo un silencio.

—Bien —dijo Morell encogiéndose de hombros—, de acuerdo. Encuentro muy mal que no la tase usted en más, y cargará con eso; pues percibo cuando tengo a un cliente al borde de la bancarrota.

Ireton hizo un ligero movimiento para dominarse.

—Conforme con las tres mil libras —concluyó Morell, mascando con decisión—. ¿Cuándo puedo tener ese dinero?

—Hay antes condiciones que puntualizar.

—¿Condiciones?

—Quiero decir que necesito tener la certeza de que usted no volverá a molestar a mi hija.

Aun siendo un buen hombre de negocios, Morell parecía sentir muy poca curiosidad por esas condiciones.

—Pida usted —concedió—, yo quiero ver el dinero sobre la mesa, esto es todo.

Contante y sonante. Así que... ¿Cuándo?

—No dispongo de esa suma en mi cuenta corriente. Necesitaré veinticuatro horas para reunir el dinero. Un pequeño detalle, señor Morell. Constance está ahí en la playa. ¿Qué le parece si la llamáramos aquí y le contásemos esta transacción?

—No le creería —replicó Morell con presteza—, y usted bien lo sabe. Desde luego, tiene por descontado que usted saldrá con una treta cualquiera. Un relato como éste le haría desmerecer ante sus ojos. No lo intente, mi estimado señor, o lo echo todo a rodar y me caso con ella mañana. Puede usted contarle mi... bueno... mi perfidia; pero cuando yo haya visto el color de su dinero. No antes.

—Esto —dijo el juez con una voz rara— me parece bien.

—¿Entonces estoy libre?

—Está usted invitado a Taunton, ¿no es así? —preguntó el juez tras de reflexionar.

—Sí.

—¿Podría venir aquí mañana por la noche hacia las ocho?

—Con mucho gusto.

—¿No dispone de un automóvil?

—¡Caramba, pues no!

—No importa. Hay un autobús entre Taunton y Tawnish cada hora. El de las siete en punto lo dejará en la Plaza del Mercado de Tawnish, cerca de las ocho. El último kilómetro tendrá que hacerlo a pie. Camine simplemente desde Tawnish y siga la carretera que bordea el mar hasta que llegue aquí.

—La conozco. Connie y yo hicimos ese recorrido hoy.

—No vaya a venir antes; porque yo no puedo haber regresado de Londres. Y... tendrá usted que ir preparando alguna excusa para Constance, acerca de su marcha de Taunton.

—Ya tengo experiencia en esto. No tema. Bueno...

Se levantó y sacudió la chaqueta. Había oscurecido por completo, por lo cual posiblemente ninguno de ellos advirtió la expresión del otro. Ambos parecían escuchar el vago y suave estruendo de la marea que subía.

En el bolsillo de su chaleco pescó Morell un pequeño objeto que agitó en su palma. Estaba demasiado oscuro para que el juez descubriera de qué se trataba; era la bala de revólver de pequeño calibre que Morell llevaba como mascota. La acarició amorosamente, como si le hubiera traído suerte.

—Ésta es su diversión predilecta —observó no sin malicia—, y le deseo que goce usted de ella. Pero... Connie está ahí fuera ahora. Supone que nosotros estamos tomando una resolución. ¿Qué le piensa usted decir?

—Le diré que apruebo el casamiento.

—¿Qué? —Morell quedó rígido y añadió—: ¿por qué?

—¿Qué otro camino me queda? Si se lo deniego, me pedirá razones. Si le doy esas razones...

—Sí, es verdad —reflexionaba Morell—. Se iluminará su cara, puedo imaginármelo, y durante veinticuatro horas será completamente feliz. Luego la triste nueva, acompañada de una sonrisa. Un poco cruel, ¿no le parece?

—¿Es usted el que habla de crueldad?

—En cualquier caso —dijo el otro con una firme frialdad— le sentará bien a mi corazón oírle a usted darnos su bendición y estrecharme la mano; voy a insistir en que usted me estreche la mano y en que prometa pronunciar un discurso al cortar la torta en las nupcias. Me parece muy mal que tenga usted que someter a Connie a esto; pero ya que le agrada... ¿Voy a buscarla?

—Vaya.

—Entonces allá voy. —Morell volvió a meter la bala en el bolsillo y se puso ladeado su sombrero. Permaneció de pie delineándolo la pálida luz de la ventana, con su ligero traje gris, demasiado ajustado a la cintura—. Y la próxima vez que me vea, no se olvide de llamarme querido hijo.

—Un momento —dijo el juez sin moverse—. Supóngase que por alguna casualidad imprevista yo no pueda reunir el dinero.

—Eso —indicó Morell— tomaría un mal derrotero. Adiós.

Hizo un chasquido final con la goma y salió. Ireton se sentó con calma, como si meditara. Extendió su mano, cogió el doble *whisky* intacto de la mesa y se lo bebió de un trago. Su cigarro, olvidado sobre la mesa, se había apagado. Con un esfuerzo se irguió y se dirigió despacio hasta el escritorio que estaba arrimado a la pared. Apartó el teléfono a un lado, abrió el cajón superior y extrajo una carta doblada.

Estaba demasiado oscuro para que pudiera leerla, pero se la sabía de memoria. Era de su agente en el City and Provincial Bank. Aunque estaba redactada en términos del más extremado respeto, saltaba a la vista que el banco no podía ampliar los ya excesivos créditos otorgados al magistrado Ireton. Tocaba la cuestión de las hipotecas en las casas de la calle South Audley y en Frey, Berkshire...

Extendió la carta sobre el escritorio. Luego cambió de idea, la volvió a meter dentro del cajón, y lo cerró.

Los ruidos de la noche llegaban como susurros desde el mar. A lo lejos, se sintió el trepidar de un automóvil. Para cualquiera que lo viera entonces, pero nadie lo vio, el cambio en el continente de Horace Ireton había sido casi grosero. Su cuerpo robusto pareció aflojarse como una bolsa de ropa.

Quitándose las gafas se frotó los ojos con los dedos.

Una vez elevó ambos puños, como si fuera a proferir un grito sin palabras, que no emitió.

Luego unos pasos, el murmullo de voces y la risa un poco forzada de Constance le avisaron que la pareja estaba de vuelta.

Se puso otra vez los lentes, con gran cuidado, e hizo girar la silla en redondo.

Eso fue en la tarde del jueves 27 de abril. A la noche siguiente, el señor Anthony Morell llegó a Tawnish, no en autobús, sino en el tren de Londres de las ocho en

punto. En la plaza del mercado preguntó cómo se llegaba a la carretera de la costa.

Según afirmó otro testigo llegó a la casita del juez a las ocho y veintiún minutos. A las ocho y media (dadas por la central telefónica) alguien disparó un tiro. Morell murió allí de un balazo en la cabeza; y hasta mucho después, demasiado tarde, el asesino no supo lo que había en el bolsillo de su víctima.

V

LA TELEFONISTA estaba en la Central leyendo Los relatos auténticos de la vida sexual.

Algunas veces Florence se preguntaba extrañada si aquellas historias serían verdaderas. Pero, por supuesto, la revista no se atrevería a publicarlas si no lo fueran; parecían auténticas y además, pensó Florence y suspiró con envidia, las chicas de las novelas, aunque quedaran luego irreparablemente perdidas, siempre se las arreglaban para tener una buena época. Nadie se le había ofrecido todavía a perderla de tan interesante manera. Y este negocio de la trata de blancas, aunque no cabía duda que era terrible, sin embargo...

El tablero de los conmutadores zumbó, y apareció la luz roja.

Florence metió una clavija y volvió a suspirar. Suponía que no sería una llamada como la de pocos minutos antes, cuando una mujer, desde un teléfono público, pedía una comunicación de pago sin echar la moneda. A Florence no le gustaban las mujeres, de cualquier clase que fueran. Pero las muchachas de aquellas historias sin duda conocían bien la vida, aunque era una lástima que tuvieran que arrepentirse después. Concurrían a elegantes casas de juego, conocían *gangsters* y se veían mezcladas en asesinatos...

—Número, por favor —dijo Florence.

No hubo respuesta.

En la salita el sonido de un reloj indicaba que eran las ocho y treinta. Era un consuelo para Florence. El tictac prosiguió durante largo tiempo, mientras Florence soñaba y la línea permanecía en comunicación.

—Número, por favor —repitió Florence despertando.

Entonces sucedió aquello.

Una voz de hombre, hablando en tono muy bajo, pero con apresuramiento desesperado, murmuró: *Las Dunas: chalet de Ireton. ¡Socorro!* —Y esas palabras balbucientes fueron seguidas por el disparo de un revólver.

En el primer momento Florence no se dio cuenta de que era un tiro de revólver. Sólo supo que en los auriculares estalló el carbón contra sus oídos produciéndole un dolor físico como si le clavaran agujas de acero en el cerebro. Cuando soltaba el conmutador, oyó un gemido, forcejeo y un estertor sordo.

Luego, silencio, mientras el reloj seguía con su tictac.

Aunque Florence se sentía presa de pánico, no perdió la cabeza. Durante un momento se agarró al pupitre y miró el reloj como por inspiración. Meneó la cabeza como hablando consigo y sus dedos volaron a la clavija de otro número.

—Puesto de policía de Tawnish —respondió una voz joven y pedante—. Habla P. C. Weems.

—Albert...

La voz cambió.

—No te dije —refunfuñó impaciente— que no me llamas aquí nunca cuando...

—¡Pero Albert, no es eso! Son cosas horribles.

Florence le contó lo que había oído.

—Me pareció mejor...

—Muy bien, señorita. Gracias. Lo atenderemos.

Al otro extremo de la línea, el agente de policía Weems colgó el receptor con cierta consternación mezclada de dudas. Repitió la historia al sargento, quien se rascó la poderosa barbilla dudando.

—¡El juez! —dijo—. Probablemente no es nada. Pero si alguien intentó matar al pobre viejo, ¡centellas, para eso estamos! Salta en tu moto, Bert, y llégate allí lo más rápidamente que puedas. ¡Date prisa!

El agente de policía Weems saltó a su moto. Desde el puesto de policía de Tawnish al chalet del juez había alrededor de mil doscientos metros. Weems los habría hecho en cuatro minutos, si no hubiera tenido una interrupción.

Hacía un buen rato que había anochecido. A primera hora de la tarde había llovido y aunque ahora había aclarado, la noche calurosa de primavera era húmeda y sin luna.

Delante de la lámpara de la moto de Weems la negra carretera de asfalto brillaba, extendida al borde del mar. Las lámparas de la calle, distanciadas doscientos metros unas de otras, sólo servían para intensificar la obscuridad y falsearla. Batidas por el viento, parecían árboles frente al mar; la brisa era acre y los oídos de Weems estaban llenos del vacilante retumbar de las rompientes en la marea alta.

Podía distinguir ya allí abajo, a la derecha y a cierta distancia, las luces del chalet del juez cuando advirtió a boca de jarro las luces de un automóvil, que lo cegaron. El automóvil estaba arrimado a la orilla del camino a contra mano.

—¡Agente! —lo llamó un hombre, a juzgar por la voz—. ¡Oiga, agente!

Weems se detuvo instintivamente, deslizando un pie en tierra para afirmarse.

—Allá iba para decirle —prosiguió el hombre— que hay un vagabundo borracho... el doctor Fellows y yo...

Ahora Weems reconoció la voz. Pertenecía al señor Fred Barlow, de quien era el chalet más apartado en dirección de Horseshoe Bay. Por el señor Barlow sentía el joven Weems un profundo y extraño respeto, un respeto eclipsado sólo por el temor reverencial que le inspiraba el juez.

—No puedo entretenerme ahora, señor —suspiró excitado y sin aliento. Su pedantería le indujo a hacer una confidencia al señor Barlow, persona que juzgaba digna de ella—. Parece que ocurrió algo en casa del magistrado Ireton.

La voz que salió de la obscuridad tenía un tono incisivo.

—¿Qué? ¿Ocurrió algo?

—Un disparo —dijo Weems—, según la telefonista. Han disparado contra alguien.

Cuando se levantaba, apoyándose en el pedal y el manillar, Weems vio al señor

Barlow dar vuelta al auto a la luz de las lámparas. Más tarde volvería a recordar la expresión de esa cara enjuta, oblicuamente iluminada, con la boca entreabierta y los párpados contraídos. El señor Barlow llevaba chaqueta deportiva, tenía los pantalones manchados e iba sin sombrero.

—¡Continúe! —dijo Barlow muy serio—. ¡Vaya como alma que lleva el diablo! Yo voy inmediatamente detrás de usted.

Acelerando vigorosamente, vio Weems que su acompañante conservaba la distancia sin forzar la marcha y le parecía un poco indigno que alguien fuera corriendo al lado de la ley en semejante forma. Eso lo desazonaba y pisaba el acelerador más a fondo para escapar; pero el otro seguía conservando la distancia. Weems palpitaba sofocado cuando volcó la motocicleta ante la verja del magistrado Ireton, y allí se encontró con otro tropiezo inesperado.

Constance Ireton, silueta blanca confundida en la oscuridad que se enroscaba y desenroscaba en torno de la empalizada de madera, estaba en pie detrás de la verja; el viento le desgredaba el cabello y hacía volar su vestido, ciñéndoselo al cuerpo. A la luz de la lámpara de la motocicleta, vio Weems que estaba llorando.

Barlow apenas se detuvo a mirarla; fue el agente quien habló.

—Señorita —dijo—, ¿qué ha pasado?

—Yo no sé —respondió Constance—. No lo sé. Será mejor que vaya allí usted y vea. ¡No, no vaya!

Extendió la mano sin resultado, cuando ya Weems abría la verja. El cuarto de estar del chalet era un ascua de luz; las tres ventanas francesas estaban sin cortinas y una permanecía entreabierta. Se veían el césped escaso y la tierra húmeda del exterior. Con Barlow a la zaga, corrió Weems hacia la ventana abierta.

Albert Weems era un agente de policía concienzudo y tenaz; a veces hasta llegaba a tener cierta imaginación rudimentaria. Por el camino se iba representando lo que podría haber sucedido allí. Esas imágenes consistían principalmente en atentados contra la vida del juez, en los cuales él podría llegar a tiempo para ser el héroe del momento y atrapar al criminal, dominándolo después de sostener una lucha; luego estrecharía la mano de una víctima que al menos viviría lo suficiente para expresarle su gratitud en el mismo cuartel.

Pero eso no fue lo que vio.

Un hombre muerto —muerto como un carnero— yacía con la cara contra el suelo, atravesado en la habitación, frente al escritorio. No era el magistrado Ireton. Era un hombre de cabello negro y traje gris. Le habían disparado en la parte de atrás de la cabeza junto a la oreja derecha.

La luz de la lámpara del escritorio, amarillenta y clara, mostraba el limpio orificio de entrada en la línea del cabello, del que salía un pequeño reguero de sangre espesa. Los dedos del muerto, extendidos como garras, estaban fuera de la alfombra y tenía arrugada la piel en el dorso de las manos. La silla del escritorio se había volcado. El teléfono estaba arrancado y tirado al lado de la víctima, y el auricular, todavía fuera

de la horquilla, sonaba encolerizado junto a la oreja del muerto.

Pero no fue esto lo que heló de horror al agente de policía Weems, de forma tal que no podía dar crédito a sus ojos, sino la visión del magistrado Ireton, a una media docena de pasos de la cabeza del muerto, sentado en un sillón con un revólver en la mano.

El magistrado Ireton respiraba lenta y penosamente. Su cara tenía color de masilla, aunque sus ojillos denotaban calma y parecían estar vueltos hacia dentro. El revólver, un revólver pequeño, de acero pulido, con la culata de dura goma negra, resplandecía bajo la luz del escritorio y de la araña central. Como si tuviera conciencia por vez primera de que estaba con el revólver en la mano, el magistrado Ireton la alargó hacia la mesa de ajedrez que tenía delante y soltó el revólver produciendo un pequeño chasquido.

El agente de policía Weems oyó ese ruido igual que el arrastrarse y bramar de la marejada detrás de las ventanas, ambos ruidos carecían de significado para él, como si ocurrieran en el vacío. Sus primeras palabras, instintivas, fueron dichas a tontas y a locas; los demás las recordaron mucho después.

—Señor, ¿cómo ha llegado usted a esto?, ¿qué ha hecho?

El juez respiró profundamente. Fijó sus ojillos en Weems y carraspeó.

—Me parece ésa una pregunta de lo más impropia —dijo.

Una ola de alivio inundó a Weems.

—¡Ya lo sé! —dijo Weems, dándose cuenta del color y la forma de la cara aplastada contra la alfombra y lo exagerado de sus ropas. Hizo un esfuerzo más.

—Bajo fondo. *Gangsters*. ¡Bueno, ya sabe usted lo que quiero decir! Él intentó matarlo y usted... ¡Es natural, señor...!

El juez recapacitó.

—Eso es una interpretación injustificada e impropia, como la otra —replicó—. El señor Morell era el prometido de mi hija.

—¿Lo mató usted, señor?

—No.

El monosílabo fue enunciado con cuidado y en forma terminante, lo que casi acabó con Weems, quien, con entera franqueza, no sabía qué hacer. Si se hubiera tratado de cualquiera que no fuera el magistrado Ireton, Weems lo hubiera amonestado y se lo hubiera llevado detenido. Pero conducir al magistrado Ireton al puesto de policía, sería como violar la ley misma. No se hace una cosa así con los magistrados de la alta Corte, sobre todo con uno cuyos ojos helaban a cualquiera, aún ahora. Weems había comenzado a sudar. Pedía a Dios que el inspector estuviera allí; deseaba que la responsabilidad no fuera suya.

Al sacar la libreta de notas, se embrolló y la dejó caer al suelo. Le dijo al juez lo de la llamada telefónica interrumpida. El juez parecía aturdido.

—¿Le molesta que le tome declaración, señor? ¿Quiere decirme lo que sucedió y cómo?

—No.

—¿Quiere usted decir que no le molesta?

—En su momento. No ahora.

Weems se aferró a una esperanza.

—¿Le gustaría decírselo al inspector Oraham, señor, si yo le pidiera a usted que viniera al puesto de policía para verlo?

—Allí está el teléfono —dijo el magistrado Ireton haciendo un gesto vago, sin desenlazar las manos que tenía cruzadas sobre su estómago—. Tenga la bondad de telefonar al inspector Graham y preguntarle si puede venir el aquí.

—¡Pero yo no puedo tocar ese teléfono, señor! Es...

—Hay otra línea en la cocina, por la parte de atrás. Utilice ésa.

—¡Pero, señor!...

Weems sintió como si alguien le hubiera dado un empujón en la espalda. El magistrado Ireton no se movió. Sus manos continuaban cruzadas sobre su estómago. Todavía era él mucho más dueño de la situación que nadie, como si hubiera sido otra persona la hallada con el revólver en la mano, sobre un cuerpo muerto, y fuera el magistrado Ireton quien lo contemplara fríamente desde el estrado. Weems no discutió: fue.

Frederick Barlow entró en la sala con las manos en las caderas. Si el juez se sorprendió al verlo, no lo manifestó por señal alguna; se limitó a observarlo mientras Barlow cerraba la puerta detrás de Weems.

Barlow tenía finas arruguillas alrededor de los ojos. La mandíbula estaba apretada en forma agresiva cuando volvió la vista rápidamente hacia atrás para mirar al magistrado Ireton, sosteniendo las solapas de su chaqueta deportiva y cuadrándose como para una batalla.

—Usted puede escaparse de un asunto como éste con Weems —observó Barlow tan desapasionadamente como el juez—. Pero no creo que suceda lo mismo con el inspector Graham ni con el comisario jefe.

—Quizá no.

Barlow indicó con su pulgar el cuerpo de Anthony Morell, afeado por la muerte.

—¿Fue usted?

—No.

—Está usted en una mala situación. ¿Se da cuenta?

—¿De veras? Veremos.

Fue un relámpago de vanidad absoluta, completamente sorprendente por venir de Horace Ireton. Aunque Barlow se había enfrentado con esa tranquila arrogancia, se desalentó ahora, porque conocía los peligros.

—¿Qué sucedió? Puede usted decírmelo, al menos.

—No sé lo que sucedió.

—¡Por favor, hágase cargo!

—Ten la amabilidad —dijo el juez amparando sus ojos en las manos— de

moderar tu tono cuando me hables. Yo no sé lo que sucedió. Ni siquiera sabía que el tipo estuviese en casa.

Hablaba sin emoción, pero sus ojillos vivaces giraron en redondo hacia la puerta cerrada, e hizo resbalar las palmas de las manos despacio y suavemente por los brazos del sillón, gesto que le indicó a Barlow que su razón estaba muy despierta.

—Esperaba al señor Morell esta noche —prosiguió— para un asunto de negocios.

—¿Sí?

—Pero no tenía conocimiento de que hubiera llegado. Hoy es sábado, la noche libre de la señora de Drew. Yo estaba en la cocina preparando mi comida. —Su boca se movía con desagrado—. Fue precisamente a las ocho y media. Estaba abriendo una lata de espárragos... sí; el asunto es divertido, aunque no te sonrías... cuando oí un pistoletazo y un ruido presumiblemente causado por la caída del teléfono. Entré aquí y encontré al señor Morell como lo ves. Esto es todo.

—¿Todo? —dijo Barlow como un eco, con una especie de paciencia brutal—. ¿TODO?

—Sí, todo.

—Y ¿qué dice usted del revólver?

—Estaba tirado en el suelo a su lado. Yo lo recogí. Reconozco que fue un error.

—Gracias a Dios que admite usted eso siquiera. ¿Recogió usted el revólver, y se sentó ahí en esa silla, y lo tuvo en su mano durante cinco o más minutos?

—Sí. Yo no soy más que humano. Estaba aturdido por la ironía de...

—¿De qué?

—Nada.

Barlow dijo después que se preguntó entonces si el viejo había perdido la cabeza. Toda razón lógica indicaba que no se encontraba en su cabal juicio; y, sin embargo, el instinto le decía a Frederick Barlow que el magistrado Ireton no había estado nunca más sereno ni más frío que en aquel momento. Había algo en los ojos o en la manera de volver la cabeza que lo indicaba. También el asesinato en un momento de pasión produce extrañas reacciones en el equilibrio mental.

—Se trata de un asesinato, usted lo sabe —apuntó Barlow.

—Evidentemente.

—¡Bien! ¿Cometido por quién?

—Es de presumir —replicó el juez— que por alguien que deseaba entrar en una casa abierta por la puerta principal o por una de las ventanas francesas, y disparó contra la cabeza del señor Morell, por detrás.

Barlow apretó los puños.

—Me permitiría usted actuar por su cuenta, desde luego...

—¿De veras? ¿Por qué has de actuar por mí?

—¡Porque no parece darse usted cuenta de la seriedad de la situación!

—Tú desprecias mi inteligencia —dijo el juez cruzando sus abultadas piernas—. Un momento. Déjame recordarte que, antes de ser elevado a los tribunales, tenía yo

una práctica criminal sólo inferior a la de mi difunto amigo Marshall Hall. Si ellos conocen más tretas que yo, merecen colgarme. —Sonrió ligeramente—. ¿No crees una sola palabra de lo que te digo, verdad?

—Yo no digo eso. ¿Pero lo creería usted si lo oyera en los tribunales?

—Sí. —El juez hablaba con toda sencillez—. Yo me lisonjeo de que me equivoco raramente al juzgar a un hombre, o al reconocer la verdad cuando la oigo.

—Sin embargo...

—Además tenemos la cuestión del motivo. Toda la ley, como debes tú saber, va dirigida hacia la cuestión del motivo. ¿Puede haber alguna razón para que yo matase a este joven impresentable, pero inofensivo? —En este punto Constance Ireton entró en el salón.

El juez pareció sobresaltarse de verdad. Se pasó la mano por la frente, sin poder ocultar una expresión de aflicción aguda que hizo pensar a Barlow: él la quiere casi tanto como yo, y este resplandor de desnuda humanidad es tan revelador como su arrogancia.

Constance se había secado los ojos, aunque los tenía aún rojizos alrededor de los párpados. Su aspecto era de estoica compostura. La mirada que dirigió al muerto no contenía emoción ni nada, excepto un frío desagrado. Parecía forzarse para mirarlo, para estudiarlo de arriba abajo antes de volverse hacia su padre.

—Yo no sabía que tú te preocupabas tanto por mí —prorrumpió, y las lágrimas estuvieron a punto de volver a saltársele.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el juez rudamente.

Constance no le contestó.

—No era nada más que un asqueroso... —comentó y no pudo completar la frase. Se volvió hacia Barlow y siguió apuntando con el dedo hacia el muerto—. Obligó a papá a prometerle tres mil libras por dejarme. Yo, por supuesto, lo escuché ayer. Cuando vosotros estuvisteis hablando de mí aquí. ¡Era natural! ¿Quién no lo haría? Me escurrí hasta adentro y escuché; primero recibí un sobresalto tan grande que no podía creer a mis oídos; luego no supe qué hacer. Parecía que se me partía el corazón.

Se retorció los dedos entrelazados.

—No podía mirarlo de frente... al principio. Así que reía y disimulaba. Tony murió sin saber que yo lo sabía. Me reí con él y volví a Taunton con él. Y todo el tiempo estaba pensando: Cuando tenga el coraje de decirle: «Eres un canalla»... —hizo una pausa, y luego agregó—: Entonces supe lo que tenía que hacer. Esperaría hasta que viniera a ver a papá esta noche. Y en el momento justo en que tuviera su precioso dinero casi en las manos, pensaba entrar y decirle: «No le entregues ni un penique; sé todo lo que hizo este puerco».

Constance se humedeció los labios.

—¡Oh, hubiera sido admirable! —dijo elevando la voz y saboreando el triunfo—. Pero hoy no pude seguirlo porque se fue a Londres. Me dijo que iba a ver a su procurador para los preparativos de nuestro casamiento. Se pasó todo el tiempo

sonriendo, y me besó al despedirse como si no pudiera separarse de mí.

«Y entonces... todo salió mal otra vez. Pedí prestado un automóvil para venir aquí esta noche, pero se averió. Así que llegué tarde. Todo fue por culpa mía. Si yo hubiera estado aquí más temprano, o si hubiera hablado ayer, podría haber evitado esto. Me alegro de que esté muerto. Él me destrozó el corazón. Parecerá tonto decir esto. ¡Pero es verdad! Por eso me alegro de que esté muerto. Pero tú no debías haberlo hecho. ¡Tú no debías!».

No se movió ni un músculo de la cara del magistrado.

—Constance —dijo fría y tranquilamente—, ¿quieres que cuelguen a tu padre?

Tras un profundo silencio general, intensificado por la mirada fugaz de la amedrentada muchacha, hizo un gesto como si quisiera pegarse una palmada en la boca; entonces se quedó escuchando. Todos escucharon. No oyeron nada, excepto el ruido del mar, hasta que el picaporte rechinó, se abrió la puerta del vestíbulo, y el agente de policía Weems regresó lentamente.

VI

SI WEEMS había oído algo, no dio señales de ello. Su cara joven y de cutis fresco refulgía con la sensación del deber cumplido y las responsabilidades ajenas.

—El inspector está en camino —dijo espontáneamente.

—¡Ah! —murmuró el juez.

—Hemos conseguido también que venga a Exeter un experto en impresiones digitales y un fotógrafo —dijo Weems—. Así que no podemos tocar nada todavía, pero voy a dar un vistazo por ahí e intentar una reconstrucción. Y... —sus ojos tropezaron con Constance. Frunció el ceño—. Discúlpeme, señorita —dijo—, no la había visto a usted antes.

—Ésta es mi hija Constance.

—¡Ah!, ¿sí? La señorita que estaba prometida en matrimonio a... —la incertidumbre de Weems crecía y miró al muerto otra vez—. ¿Tiene usted algo que decirme, señorita?

—No —dijo el juez.

—¡Señor, yo tengo que cumplir con mi deber!

Barlow intervino suavizador.

—Su deber, según dice el inspector Graham —sugirió—, es observar lo que hay aquí. Sobre todo lo que lleva encima este muchacho. Yo creo, agente, que puede usted encontrar alguna cosa que probablemente se nos pasaría inadvertida a nosotros.

Aunque lejos de quedar satisfecho, Weems apreció esta deferencia y asintió un poco azorado con la cabeza. Atravesó el cuarto taconeando y concentró su pensamiento en el cuadro que tenía a la vista, y fue de un lado para otro para obtener una visión más completa. Fred Barlow aprovechó la oportunidad para acompañarlo.

La herida del cráneo de Morell era limpia y no presentaba señales de chamuscado de pólvora. El revólver, ahora sobre la mesa de ajedrez, un Yves-Grant 32, parecía de tamaño adecuado para causar aquella herida. Al hacer una inspección más meticulosa, Barlow pudo ver que el sombrero de Morell, de color gris perla, adornado con una pluma bastante criticable, había rodado debajo del escritorio. A su lado encontró arrugado un pañuelo, marcado en una esquina con las iniciales A. M. La boquilla del teléfono parecía haberse destrozado al caer de mala manera.

—¡No le toque, señor! —advirtió Weems con un chillido.

—Las suelas de los zapatos —dijo Barlow señalándolas— están húmedas y con algo de lodo. Parecen indicar que debió haber atravesado esa pradera embarrada y pasar por la ventana, más bien que por el sendero, para entrar por la puerta del frente.

Weems estaba un poco picado y serio.

—No sabremos cómo entró, señor, hasta que el señor... hasta que su señoría quiera decírnoslo. Tenga cuidado con no tocar nada por ahora. —Se interrumpió—. ¡Dios Todopoderoso!

El salto estaba justificado.

En su celo por conservar el cuerpo de Morell intacto, el propio pie de Weems sacudió el costado del muerto. Tenía un pie largo proporcionado a la estatura de Weems, que era tan alto que su casco apenas pasaba bajo la mirada arrogante de la cabeza de anta fija en la pared encima del escritorio. La chaqueta gris de Morell se había arrugado formando una giba alrededor de sus hombros.

En cuanto el pie del agente lo golpeó, algo que parecía un delgado envoltorio de papel resbaló suavemente del inclinado bolsillo y tres paquetes delgados de papel blanco se esparcieron por el suelo. Cada paquete contenía diez billetes de banco de cien libras, asegurados con un papel que tenía el membrete del City y Provincial Bank.

—¡Tres mil libras! —dijo Weems recogiendo un paquete y soltándolo apresuradamente—. ¡Tres mil libras!

Vio cómo los ojos de Constance flamearon mirando a su padre; que el magistrado Ireton había sacado un par de gafas de su bolsillo y las estaba balanceando despacio por las patillas y que Frederick Barlow miraba para cualquier parte menos para el dinero, Pero no tuvo tiempo de hacer ninguna pregunta porque el llamador de la puerta principal comenzó a sonar con fuerza.

Para los otros tres —quienes, cada uno por una causa, apenas podían respirar— el sonido de esta llamada fue una nota de temor. Para Weems significaba el inspector Graham, a quien hizo entrar en seguida.

El inspector Graham era alto, colorado y sobre todo muy cordial. Tenía los ojos azules muy vivaces, en contraste con la cara a manchones rojos, el blanco de los ojos y los dientes tan resplandecientes y maliciosos cuando se reía. En este momento no estaba riéndose; su cordialidad no era más que estricta cortesía.

—Buenas tardes, señor —le dijo al juez. Sus cejas se elevaron—. Buenas tardes, señorita. —Sus cejas se elevaron todavía más—. Buenas tardes, señor Barlow. Weems, será mejor que espere usted en el pasillo.

—Sí, señor.

Graham, mordiéndose el labio inferior, esperó hasta que se fue Weems. Mientras echaba tina mirada circular por la sala, una especie de sarpullido como de fresa parecía ir y venir por su cara; ellos tardaron en reconocer este síntoma como una indicación de su humor. Se dirigió al juez pesadamente, pero con deferencia y cautela.

—Bueno, señor, Weems me dijo por teléfono lo que encontró al llegar aquí. Yo no sé lo que sucedió y estoy seguro de que debe haber una explicación, pero —miró muy duramente al magistrado Ireton— estoy obligado a rogarle a usted que me explique el asunto.

—Con mucho gusto.

—¡Ah! Entonces —dijo Graham sacando su libreta de notas—, dígame quién es ese caballero, el que ha sido muerto de un tiro.

—Su nombre es Anthony Morell. Está, o estaba, comprometido con mi hija.

Graham levantó la mirada rápidamente.

—¿Es así, señor? Felici... quiero decir —el sarpullido fresa brillaba como encerado—, quiero decir que lo lamento y todo eso. Yo no había oído que la señorita Ireton estuviera comprometida para casarse.

—Ni yo tampoco, hasta ayer.

Graham pareció desdecirse.

—¿Sí? Bueno. ¿Qué hacía aquí el señor Morell esta noche?

—Venía a verme.

—¿Venía a verlo a usted, señor? No me explico esto, en absoluto.

—Quiero decir que no lo vi esta noche hasta después de muerto.

Despacito, tratando de pasar desapercibida, Constance se movió para sentarse en el sofá. Empujó hacia un lado un llamativo almohadón adornado con una hoja de arce y la inscripción en abalorios: «Siempre el Canadá», para que Barlow pudiera sentarse a su lado. Éste, en vez de hacerlo se quedó de pie, rígido, con sus ojos verdosos ahora casi negros con la concentración. Pero todo el cuerpo de ella temblaba, así que él le echó una mano firme sobre el hombro. Ella se lo agradeció; era cálida y el aire del mar soplaba muy frío.

El magistrado Ireton contó su historia.

—Ya comprendo, señor. Ya comprendo —declaró el inspector Graham en un tono que quería significar: «No lo veo muy claro». Carraspeó y preguntó—: ¿Es esto todo lo que tiene que decirme, señor?

—Sí.

De la misma manera que Graham repitió como un eco lo de Frederick Barlow, así el magistrado Ireton no hizo más que repetirse como un eco.

—Ya comprendo. ¿Estaba usted en la cocina cuando oyó este disparo?

—Sí.

—¿Y corrió hacia aquí directamente?

—Sí.

—Quiero decir cuánto tiempo tardó.

—Diez segundos.

—¿Y no encontró a nadie aquí excepto al señor Morell... muerto?

—Así es.

—¿Dónde estaba el revólver entonces, señor?

El magistrado Ireton se puso las gafas, estiró su cuello redondo y midió las distancias.

—Tirado en el suelo al lado del teléfono, entre el cuerpo y el escritorio.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Recogí el revólver y olí el cañón, para ver si acababa de ser disparado; y en efecto acababa de serlo. Se lo digo para su información.

—Pero lo que yo estoy tratando de esclarecer, señor, es lo siguiente —insistió Graham colocando los hombros como quien trata de empujar un pesado automóvil

cuesta arriba—. ¿Por qué recogió el arma? ¿No sabía usted mejor que nadie que no era posible suponer que usted hiciera eso? Fíjese bien, yo recuerdo haber estado una vez en un juicio en que usted levantó una polvareda porque un testigo hizo precisamente eso, recoger un cuchillo por la punta.

El magistrado Ireton pareció turbado.

—Es verdad —dijo—, es verdad —e hizo girar las puntas de los dedos por su frente—. Lo había olvidado. ¿El caso Mallaby, no es cierto?

—Sí, señor. Usted dijo...

—Un momento. Yo creo que también indiqué al jurado, si usted recuerda bien, que la acción, aunque alocada y reprehensible, era perfectamente natural. Ahora sé que lo fue en mi caso. No pude evitarlo.

El inspector Graham fue a la mesa del ajedrez y recogió el revólver. Olfateó el caño maloliente, abrió la recámara mostrando que había sido disparado un cartucho, el resto estaba completo.

—¿Nunca vio esta arma antes, señor?

—No, que yo sepa.

Graham miró inquisitivamente a Constance y a Barlow. Ambos movieron las cabezas negativamente. Tratando todos de no pensar en ellos, alzándose gradualmente grandes y siniestros en la mente de Graham, estaban los tres paquetes de billetes de banco todavía tirados sobre la chaqueta de Morell. Casi se podían seguir los pensamientos del inspector; era evidente que no le gustaba el aspecto extraño del muerto.

—Señor —prosiguió Graham carraspeando por duodécima vez—, volvamos a otro asunto. ¿Por qué venía el señor Morell a verlo a usted esta noche?

—Quería convencerme de que sería un marido aceptable para mi hija.

—No entiendo esto.

—El nombre real del señor Morell —explicó el juez— era Antonio Morelli. Figuró en un caso en hace cinco años, en el que se alegó que traba de hacer chantaje para casarse con una muchacha rica, y ella intentó matarlo.

Si alguien hubiera tocado el resorte de una caja sorpresas y saltara el fanteche, el resultado no podría ser más aparente que la expresión de la cara del inspector Graham. Casi se podían ver los pensamientos arremolinarse y caer con un chasquido que descubría los repliegues más ocultos.

Fred Barlow se dijo: «¿Está chiflado el viejo? ¿Ha perdido completamente la cabeza?». Sin embargo un segundo más tarde, solamente una insignificancia menos rápido que el mismo magistrado Ireton, se dio cuenta del significado de esto. Recordó una de las máximas que el juez sostenía para instruir a un joven abogado. «Si desea usted ganar reputación de sincero, responda siempre con la más extrema franqueza a cualquier pregunta, aunque perjudique, a la que el que interroga pueda descubrir fácilmente la respuesta por sí mismo». ¡Qué había de estar el viejo diablo trastornado!

Pero el inspector Graham pareció quedar confundido.

—¿Confiesa usted eso, señor?

—¿Confieso qué?

—Que... que... —Graham, casi sin poder articular, apuntaba los billetes de banco

—. ¿Que él le pidió a usted dinero? ¿Y usted se lo dio?

—No, por cierto.

—¿No le dio usted el dinero?

—No se lo di.

—Entonces, ¿de dónde lo sacó él?

—No puedo responder a esa pregunta, inspector. Debe usted averiguar mejor que preguntarlo.

Otra vez el tono agudo del llamador de la puerta principal empezó a repiquetear en forma siniestra.

Graham levantó la mano para imponer silencio, aunque nadie se sentía con ánimo de hablar. Oyeron rechinar por el pasillo las botas del agente Weems, el ruido de la puerta del frente al abrirse y la voz encrespada de alguna persona de mediana edad.

—Yo deseo ver al señor Anthony Morell.

—¿De veras, señor? —dijo Weems—. ¿Cómo es su nombre?

—Appleby. Soy el procurador de Morell. Él me dio instrucciones para que viniera a esta dirección a las ocho de la noche. Desgraciadamente no estoy acostumbrado a conducir por las callejuelas rurales y me perdí. —La voz se quebró y se agudizó de repente, como si el que hablaba estuviera atisbando en la oscuridad—. ¿Es usted policía?

—Sí, señor —dijo Weems—. Pase.

El inspector Graham estaba en la puerta cuando Weems introdujo a un hombre de talla media y de modales precisos y pulidos. El señor Appleby se quitó el sombrero hongo y lo puso debajo del brazo con cuya mano sostenía el maletín. Llevaba guantes y sobretodo. Los restos del cabello negro del señor Appleby estaban estirados por su cráneo, desde una ancha raya, a fuerza de cepillo, su boca era dura, la mandíbula plana y poderosa y llevaba lentes de carey que agrandaban sus ojos negros, relucientes y de mirada firme.

Graham se apartó a un lado para que él pudiera ver el cuerpo de Morell. El señor Appleby estiró los labios hacia fuera como un pescado y se le oyó arrastrar el aliento. Luego habló horrorizado.

—Sí —dijo, y meneó la cabeza—, sí, me parece que he acertado la dirección.

—¿Qué quiere decir con eso, señor?

—Quiero decir que ése es mi cliente. El que está en el suelo. ¿Quiénes son ustedes?

—Yo soy el inspector local de policía. Éste es el chalet del magistrado Ireton; y allí está el señor magistrado. —Appleby hizo una profunda reverencia con su cabeza tiesa al juez, que no la devolvió—. Estoy investigando la muerte del señor Morell,

que fue asesinado aquí hace una media hora.

—¡Asesinado! —dijo el señor Appleby—. ¡Asesinado! —Y mirando el cuerpo agregó—: Por lo menos veo que no ha sido robado.

—¿Se refiere usted a ese dinero que hay ahí?

—Naturalmente.

—¿No sabe usted a quién pertenecía ese dinero, señor?

Las cejas del señor Appleby viajaron elevándose por una frente arrugada y hasta el escaso cabello de su calva parecía replegarse hacia atrás. Era una imagen del asombro, hasta donde su porte profesional lo permitía.

—¿Que a quién pertenecía? —repitió—. Al señor Morell, naturalmente.

Constance Ireton, encogida en el sofá, sufrió una conmoción, uno de aquellos inesperados presentimientos que pueden volar hasta el corazón mismo de la confusión y hallar la verdad. Ella ni siquiera adivinaba; sabía. Sintió que se le contraía el corazón y un calor que la inundaba desde la cintura a los hombros. Sin embargo, tenía tanta dificultad para hablar que al principio no pudo conseguir que la voz saliera de sus labios.

—¿Puedo preguntarle yo algo a usted?

—¿La señorita Ireton, presumo? —dijo Appleby.

—No, no vas a obligarme a callar —dijo Constance, mirando instintivamente a su padre, y volviéndose luego decidida a Appleby—. Hay algo que tengo que saber antes de que llegemos más lejos. Tony decía siempre que tenía montañas y montañas de dinero. ¿Qué riqueza tenía?

—¿Riqueza?

—¿Cuánto dinero?

El señor Appleby parecía un poco extrañado.

—¿Cuánto dinero? —insistió Constance (¡Por favor, Dios querido, haz que me lo diga!).

—Los tiempos que corren —dijo Appleby— no son los que fueron. El negocio... no es lo que era. Pero yo diría... bien, aproximadamente... sesenta mil libras.

—¿Sesenta mil libras? —exclamó el inspector Graham.

El magistrado Ireton estaba tan blanco como un fantasma. Pero sólo Fred Barlow se dio cuenta.

—El señor Morell, como ustedes lo saben, sin duda —prosiguió Appleby, no se sabe si con velado sarcasmo o no—, era propietario y gerente de los Dulces Tony Ltd., firma manufacturera de *toffes*, goma de mascar y dulces de todas clases. El señor Morell no deseaba que se conociera su relación con ella, porque temía que sus amigos hicieran burla de él.

La mandíbula del procurador se afirmó.

—Francamente yo no veo razón para semejante delicadeza. Él (que en paz descansa) había heredado de su padre, siciliano, una verdadera inclinación para los negocios. Empezando sin un penique, en menos de cuatro años poseía el presente

establecimiento. Desde luego... tenía una razón para semejante proceder. Ese dinero que hay aquí, las tres mil libras, las dedicaba como regalo de boda para la señorita Ireton.

—¡Un regalo de boda! —dijo Constance.

Appleby hablaba en tono entrecortado. Una extraña nota había entrado en su voz carente de emoción; y sin embargo significativa para un oído atento.

—Vino hoy a verme a Londres y me contó una extraña historia que todavía no entendí. ¡No importa! Quería que viniera yo aquí esta noche para presentar una demostración oficial de su posición financiera. «Arrojar violentamente el dinero sobre la mesa», dijo él.

El inspector Graham emitió un silbido.

—¿De modo que ahora resulta eso? ¿Para probar que él no era...?

Appleby lo ignoraba, sonreía, y su sonrisa era terrible, pero no carecía de piedad.

—También quería que yo asegurase al señor magistrado Ireton que él sería un marido conveniente para su hija. Esto no es apenas de mi incumbencia. Y ahora casi no es necesario, pero se lo digo a usted por si vale de algo.

«El señor Morell tuvo sus faltas, principalmente cosas de mal gusto y... bueno, cierto espíritu vengativo. En lo fundamental era un trabajador duro y consciente y (¿se me permite decirlo?) estaba enamorado de la señorita Ireton. Habría sido un buen hombre de familia, pasándole las exageraciones de la moda de *petit bourgeois* que saltaban a la vista. Desgraciadamente...».

Haciendo un gesto hacia el cuerpo de Morell, Appleby golpeó el maletín contra su pierna, se encogió de hombros y añadió:

—Siento disgustar a usted, señorita Ireton. Durante un segundo Barlow pensó que ella iba a desmayarse. Estaba reclinada contra el sofá, abrazándose estrechamente a un almohadón, con los ojos cerrados. Los músculos de su garganta subían y bajaban. Sin embargo, aunque su corazón se le escapaba hacia ella, Fred Barlow echó una mirada al magistrado Ireton.

El juez permanecía sentado e inmóvil; se había quitado las gafas y jugaba con ellas. Una pequeña muestra de dulzura apareció en su frente lisa. Barlow no le miró a los ojos. Sin embargo, entre la confusión de sus emociones, sintió Barlow entonces admiración, amistad, pena, piedad y cierta alegría culpable de que Morell estuviese muerto; pero un pensamiento arrastraba como un gusano entre los demás y prevalecía sobre todos:

El loco sanguinario ha matado a un hombre por equivocación.

VII

ESA MISMA noche, alrededor de las nueve, la señorita Jane Tennant metía su automóvil en el parque de estacionamiento contiguo al Hotel Esplanade de Tawnish.

El Esplanade es un lugar de exhibición, deslumbrador entre macizos de luces que se extienden a lo largo del paseo y respaldado por las rojas colinas. Su famosa piscina de natación del sótano, con salón de té y *cocktail* en la sala de reposo contigua, ofrece el lujo del agua de mar caliente en invierno, y en muchos días de verano que lo parecen, cuando sólo un esquimal podría aventurarse a meterse en el mar sin pescar una pulmonía triple. Jane Tennant recordaría esta piscina de natación en el futuro.

Apenas entró en el hotel preguntó por el doctor Fell. Pasada ya la estación, no había muchos huéspedes, a pesar de la multitud de transeúntes del paseo. Se le informó que, aunque el doctor Fell no tuviera la más remota noción de quién pudiera ser la señorita Tennant, le agradaba mucho ver a cualquiera en cualquier momento. ¿Quería subir a su cuarto?

Encontró al doctor Fell en una habitación del segundo piso, grande y decorada de un modo recargado. El doctor Fell tenía zapatillas puestas y una bata púrpura, tan grande como una tienda de campaña. Estaba, con un jarro de cerveza al alcance de la mano, sentado a la mesa ante una máquina de escribir portátil, en la que tecleaba.

—Usted no me conoce —dijo Jane Tennant—, pero yo sé muchas cosas de usted.

Al volverse vio una muchacha de quizá veintiocho o veintinueve años. Era muy atractiva, aunque no linda; de huesos un poco grandes, pero no alta; de carácter sosegado y, sin embargo, inclinada a conversar. La combinación es difícil de describir, pero no tan difícil de analizar.

Lo mejor de ella era su fina figura, de la que quizá no sacaba el mejor partido. Había también bondad en sus ojos, ojos grises de pupilas negras como puntas de alfiler. El cabello castaño oscuro lo llevaba cortado y su boca era grande. Vestía traje de campo de paño escocés, que no hacía justicia a su bien formada figura, con medias castañas y zapatos de tacón bajo. Y respiraba como si hubiera corrido.

Sosteniéndose con su bastón de mango de muleta, el doctor Fell se incorporó para saludarla, volcando casi la máquina de escribir, las notas y la cerveza. Hizo toda una ceremonia para instalarla en una silla, porque le gustó el aspecto de Jane Tennant. Sentía que emanaba de ella una inteligencia y un sosegado resplandor de alegría que no se advertían ahora.

—Es un placer —dijo el doctor oscilando, todavía algo mareado de estar tomando notas—. Un placer... ¿quiere usted un jarro de cerveza?

Se sintió sorprendido y encantado cuando aceptó.

—Doctor Fell —dijo ella sencillamente—, ¿ha venido alguna vez a verlo a usted una completa extraña a confiarle sus cuitas?

El doctor jadeaba recostándose en su asiento.

—Con frecuencia —respondió con la mayor seriedad.

Jane miraba al suelo y hablaba con rapidez.

—Yo debo explicarle que conozco a Marjorie Wills... Marjorie Elliot es ahora su nombre. Usted la sacó de un apuro terrible en el caso de los envenenamientos de Sodbury Cross. Sucedió que la noche pasada Connie Ireton (que es la hija del juez) dijo que estaba usted parando por las cercanías, y que lo había encontrado en el chalet de su padre.

—¿Sí?

—Bien —dijo la muchacha sonriendo un poco—, ¿le importaría si una completa extraña... lo hiciera ahora?

Como respuesta, el doctor Fell recogió sus papeles, los barajó y los guardó en el cajón de la mesa. Intentó también ponerle la cubierta a la máquina de escribir portátil; pero como éste es un proceso en el que los dedos se vuelven blandos y los pulgares apenas pueden manejarse aun con la ayuda de golpes y blasfemias, no consiguió hacerlo hasta que Jane Tennant le arrebató la cubierta y con dedos hábiles y rápidos produjo el chasquido indicador de que la tapa había ajustado en su lugar.

—Un día —observó el doctor Fell— venceré a esta cochina y le pondré el bozal a las primeras. Entretanto soy todo atención.

Pero la muchacha no hacía más que mirarlo desamparada, y los segundos se estiraban hasta formar un minuto.

—No sé cómo empezar. ¡No soy capaz!

—¿Por qué no?

—Oh, no he cometido un crimen ni nada semejante. No es más que una cuestión acerca de lo que debo hacer. Pero decirlo... bueno, temo no ser bastante exhibicionista.

—Intente —sugirió el doctor Fell— exponerlo como un caso hipotético. Se sentirá mejor.

Se produjo una pausa.

—Perfectamente —asintió Jane con un movimiento de cabeza y mirando al suelo—. Cierta mujer a quien llamaremos X está enamorada de... —levantó la cabeza y sus ojos se pusieron a la defensiva—. Supongo que todo esto le parecerá muy pequeño y tonto para molestarlo a usted...

—¡No, rayos y truenos, no lo es! —replicó el doctor Fell con tan evidente sinceridad que ella arrancó un profundo suspiro de su cargado pecho e hizo un nuevo intento.

—Cierta mujer, a quien llamaremos X, está enamorada de un abogado... no, digamos sólo de un hombre...

—Diga un abogado. Eso aclara el álgebra y conserva el anónimo.

Otra vez vio él que, bajo la represión externa, se ocultaba un resplandor de alegría. Pero ella se limitó a asentir con la cabeza.

—Como usted quiera. Un abogado a quien llamaremos Y. Pero Y está haciendo progresos, o cree que los está haciendo con otra muchacha; digamos Z. Ésta es muy

linda; X no lo es. Z es muy joven; X anda por los treinta. Z es vivaz; X no lo es. — Una sombra cruzó por su rostro—. Todo está perfectamente. El problema empieza cuando Z se enamora y se compromete con un hombre a quien nosotros llamaremos simplemente Casanova.

El doctor Fell inclinó la cabeza gravemente.

—Y aquí está la complicación. X está convencida de que Y no está enamorado de esta rubita ni lo ha estado nunca. Él no necesita una muchacha como ésta. X está convencida, bajo palabra de honor, de que, si la rubita se casa con Casanova, Y la olvidará en un mes. Ella saldrá de su vida. La sugestión desaparecerá. Luego, quizá Y se dé cuenta...

—Comprendo —dijo el doctor Fell.

—Gracias. —Fue una angustia física para ella el contar esta historia: la tensión pareció aflojarse en todo su ser—. En consecuencia X debería estar llena de ánimo en este combate. Ella debería desear ver la feliz pareja casada y el matrimonio consumado lo más pronto posible, ¿no es cierto?

—Sí.

—Sí. Entonces... entonces... Y podría darse cuenta de que hay alguna persona que está un poco enamorada de él. Que lo adora más bien. Que estaría contenta tan sólo con sentarse y escucharlo hablar. Que... bien ¡eso es lo que hay!

Otra vez inclinó el doctor Fell la cabeza.

—Desgraciadamente —continuó Jane— X sabe algo acerca de este Casanova. Se da el caso de que ella sabe que él tiene una cosa seria en su historia que debe decirse. Se da el caso de que él es un perverso *gigoló* que estuvo mezclado en un escándalo indecente en Reigate hace cinco años. Y ella está segura de esto, porque conoce las interioridades del caso, que no se expusieron en el juicio y las cuales harían despertar de golpe a cualquier muchacha si las oyera, por muy enamorada que estuviese.

No es posible para un hombre de las dimensiones del doctor Fell dar un salto, a no ser un salto que podría medirse con un sismógrafo. Pero casi consiguió darlo cuando oyó lo del asunto de Reigate. Puso una cara feroz y resopló detrás de su bigote de bandido de manera que la negra cinta de sus lentes voló con fiereza.

Jane no estaba observándolo.

—Temo no poder seguir con este simulacro de álgebra por más tiempo —dijo—. Usted no tendría que ser Gideon Fell para adivinar que X soy yo; Y es Fred Barlow. X, Connie Ireton; y Casanova, Antonio Morelli, alias Anthony Morell.

Se produjo un largo silencio, roto sólo por la respiración jadeante del doctor Fell.

—La cuestión es —murmuró Jame— ¿qué voy a hacer yo? Sé que los hombres creen que todas las mujeres son como las bestias de presa de la selva. Ustedes creen que nosotras nos veríamos unas a otras despedazadas sin pestañear. Pero no es verdad. Yo quiero a Connie. La quiero mucho. Si dejo que se case con ese... ese...

»Pero supóngase que se lo digo a ella y traigo aquí a Cinthia Lee para probarlo. Tanto que me crea como que no, sólo conseguiré que me odie.

Fred Barlow también me odiaría, probablemente. La piedad sólo serviría para acercarlo más a ella. Yo puedo irle al juez con el cuento, desde luego; eso sería absolutamente rastrero; y en todo caso surtiría el mismo efecto sobre Fred. Desde que vinieron a la reunión de mi casa el miércoles último, y reconocí a Tony Morell, estuve devanándome los sesos para idear una salida. Yo no quiero tratar a usted como si fuera el Departamento de la tía Hester para los abandonados por sus amantes; pero ¿qué voy a hacer yo?

El doctor Fell aspiró el aire por una ventana de la nariz con una vasta inhalación enigmática propia de un león. Movi6 la cabeza. Izándose sobre sus pies, paseaba pesadamente de un extremo a otro por la habitación con su vieja bata color púrpura, haciendo oscilar la araña. En su cara se veía más exagerada la expresión de sufrimiento de Gargantúa de lo que parecía requerir la historia de Jane Tennant. Ni siquiera la llegada de un mozo, con el jarro de cerveza que había pedido pocos minutos antes, pudo levantar su ánimo.

Ambos, Jane y él, miraban a la cerveza como si no pudieran imaginar lo que era.

—El asunto —concedió una vez que el mozo hubo salido— es dificultoso. —Carraspeó—. Muy dificultoso.

—Sí. Así lo creo.

—Lo más parecido a... —se paró un poco—. Dígame. Cuando Morell vino a su reunión el miércoles, ¿la reconoció a usted?

Jane lo miró ceñuda.

—¿Reconocerme? Él no me ha visto en su vida.

—Pero usted dijo...

—¡Oh! —Por alguna razón pareció tranquilizarse—. Debería haberle explicado que yo no lo conocí nunca personalmente. Cynthia Lee, la muchacha con quien anduvo de novio, fue mi mejor amiga en el colegio. Mientras sucedía todo esto, solía venir a mi casa de la ciudad, tenía accesos de histeria, y me lo contaba todo. Dicen que soy una buena confidente. Pero no estoy complicada en el asunto, así que nunca tuve nada que ver en eso.

—Tal vez le parecerá a usted inconveniente —gruñó el doctor Fell echándole una ojeada—, si yo le pido que me diga sólo un poco más sobre Morell y Cynthia Lee, pero créame, tengo mis razones.

Jane pareció intrigada.

—¿Sabe usted algo acerca del caso?

—¡Hum! Sí. Un poco.

—Bien, cuando él amenazó con enseñar las cartas a su padre, a no ser que ella se casara con él, Cynthia agarró un arma e intentó matarlo. Le pegó un tiro en una pierna.

—¿Sí?

—La policía no quería intervenir. Pero Morell, ese vengativo diabólico, insistió en sus derechos, y tuvieron que hacerlo. Él quería ver a Cynthia en presidio. La

defensa se hizo con engaños, desde luego. Esto convirtió a nuestro Morell en un salvaje. La acusación ni siquiera pudo encontrar el revólver usado por Cynthia. Lo más que pudieron hacer fue encontrar una caja de cartuchos de una clase que podían encajar en el revólver, y demostrar que encontraron la caja en casa de Cynthia. Desde luego el jurado debió adivinar que había trampa en la defensa; todo el mundo en el juicio lo sabía. Pero emitieron tranquilamente un veredicto de inculpabilidad. Esto volvió a Morell mucho más salvaje aún.

El labio de Jane se curvó. Casi se había sacudido la pesada reserva que la caracterizaba.

—Hubo una escena terrible en el juicio cuando fue pronunciado el veredicto. Morell estaba sentado en la mesa de la acusación. Tiene una especie de sentido dramático a lo Yago... como un Borgia grosero. La caja de proyectiles, como pieza de convicción, estaba a su lado. Sacó una de las balas de esta caja, la sostuvo en alto y gritó: «Voy a guardar esto como recuerdo de que no hay justicia en Inglaterra. Ahora voy a abrirme camino en el mundo; y, cuando lo consiga, esto me hará recordar que tengo que decirles lo que pienso de todos ustedes».

—¿Y luego?

—El juez, magistrado Wythe, le dijo que se callara la boca, si no sería acusado de desacato... —Jane sonrió un poco, aunque no porque estuviera divertida. Viendo el jarro de cerveza, se sirvió y bebió.

—El condado se agrupó noblemente en torno a Cynthia. ¿Quiere que le diga algo que sólo conocen dos o tres personas en el mundo?

—A cualquier ser humano —dijo el doctor Fell— le gusta siempre obtener una información como ésa.

—¿Oyó hablar usted alguna vez del señor Charles Hawley?

—¿El magistrado Hawley, el que acaba de ser elevado a los tribunales?

—Sí. Entonces era un abogado eminente, él defendió a Cynthia, y fue él quien recogió aquel revólver, de que yo le he hablado a usted, para demostrar que estaba más profundamente interesado que ningún otro. Es un hecho. Lo ocultó en su propia casa. Yo lo he visto una porción de veces; era un Ives-Grant 32, tiene una crucecita grabada con un cuchillo en el acero, debajo de la cámara de proyectiles. ¡Oh Dios, estoy hablando demasiado!

El doctor Fell indicó que no con la cabeza.

—No —replicó seriamente—. No lo creo así, usted dijo hace un momento que hubo cosas que no salieron en el juicio. ¿Qué cosas son?

Jane dudó, pero los ojos del doctor Fell permanecieron fijos.

—Bien; Cynthia falsificaba cheques a nombre de su padre para darle a Morell una mensualidad.

Había tal concentrado menosprecio en su tono que el doctor Fell decidió ir un poco más allá para probarla. Ella levantó su jarro y volvió a beber.

—Yo colijo que usted no puede concebir que una mujer haga eso —sugirió el

doctor.

—¿Eso? Oh, no. Ni lo más mínimo. También yo podría hacerlo. Pero no por Morell, vea usted. No por un ser como Morell.

—Sin embargo, la señorita Lee debe haber estado bastante enamorada de él.

—Lo estaba, pobrecilla.

—¿Sabe usted dónde está ella ahora?

Sus ojos grises se ensombrecieron.

—Es curioso, no vive muy lejos de aquí. Está en un sanatorio particular. Ella no está... ¡usted se da cuenta!... pero siempre ha sido neurótica y este asunto no le ayudó mucho. Tony Morell sabía que estaba neurasténica cuando se puso en relaciones con ella. Ésta es otra de las cosas que no se le pueden perdonar. Si yo la trajera aquí y se la enseñara a Connie Ireton... ¿Comprende usted lo que quiero decir?

—Lo comprendo.

Moviendo sus anchos hombros, Jane levantó el jarro y volvió a beber.

—¿Bien? —dijo de pronto.

—Le sugiero que me deje el asunto a mí.

Jane se enderezó.

—¿De veras?... Pero ¿qué va a hacer usted?

—Francamente, todavía no lo sé —declaró el doctor extendiendo las manos y arguyendo con pereza—. Vea usted, yo conozco a Horace Ireton hace mucho tiempo, aunque no puedo decir que sea un verdadero amigo íntimo. A su hija la conocí ayer. No me parece que vayamos a tener necesariamente otra Cynthia Lee en nuestras manos en caso de rompimiento, pero... ¡Arconte de Atenas! Esto no me gusta.

—A ningún amigo de Connie le gustaría.

—Además, está usted, señorita X —dijo el doctor Fell coloreándose como un culpable—, a quien yo le he... —carraspeó— tomado cierta simpatía. Hay que tenerla en cuenta a usted también. Sólo una cosa más. —Su cara adquirió gravedad—. ¿Me da usted su palabra de que toda esta información privada sobre Morell es estrictamente cierta?

Como respuesta, la muchacha se agachó y tomó del suelo su cartera de cuero marrón, tirada al lado de la silla. Sacó una pluma de oro y borroneó algunas palabras en una libreta de direcciones, arrancó la hoja y se la entregó al doctor Fell.

—Señor Charles Hawley —leyó él—, 18 Villiers Mansions, Cleveland Row, London, S. W. 1.

—Pregúntele —le advirtió Jane simplemente—. Si lo encuentra usted después del almuerzo, le contará todo. Excepto lo del revólver, por supuesto; él nunca menciona esto. Le ruego, ¡por todos los santos!, que no se le escape que fui yo quien lo envió a usted.

En una mesilla de noche que había en la alcoba de la espaciosa habitación sonó el teléfono.

—Con su permiso —dijo el doctor Fell.

Sobre la chimenea había un decorativo reloj de mármol, cuyo pequeño péndulo oscilaba con firme tictac. Sus manecillas señalaban las nueve y veinticinco minutos.

Jane Tennant no lo miraba. Mientras el doctor Fell se dirigía pesadamente al teléfono que sonaba penetrante, sacó un estuche de polvos compactos de su cartera y estudiaba el reflejo de su cara en el espejo. Percibía su dura respiración que hacía rato se volvía más y más lenta; pero todavía parecía preguntarse a sí misma con fiereza si había obrado rectamente.

Volvía su cara de un lado a otro al mirarse en el espejo. Hizo una mueca. Jane no usaba lápiz labial, y sólo muy pocos polvos; era la suya una complexión sanguínea y saludable, que redimía la cara un poco vulgar. En lugar de añadir nada, sacó un peine y se lo pasó por el duro y espeso cabello castaño. Su mirada era ahora de amargura intensa. Desde abajo, del paseo, ruidos confusos y risas de un grupo subían como un hervidero hasta las ventanas.

—¡Hola! —Rugía el doctor Fell, que solía ser incomprensible por teléfono—. ¿Quién?... Graham... ¡Ah! ¿Cómo está usted, inspector?...

Su exclamación fue tan tonante que Jane instantáneamente se volvió a mirarlo.

La boca del doctor Fell estaba entreabierta, haciendo caer el bigote; sus ojos, sin vista, estaban fijos en ella. Podía oír una voz delgada charlando en el receptor.

Sus labios bosquejaron:

—¿Qué pasa?

El doctor Fell puso su mano en la boquilla del teléfono.

—Tony Morell ha sido asesinado —dijo.

Durante un rato, en que se podía haber contado hasta diez, Jane Tennant se quedó impávida, con los polvos compactos entre los dedos, como si estuviera paralizada. Luego los soltó dentro del bolso de mano, cerró el resorte de golpe y saltó sobre sus pies con una especie de flexibilidad animal. Si la emoción fuera sonora, la habitación estaría llena de algo acuoso como el ruido del mar. Pero sólo se oían el reloj y la voz del doctor Fell.

—En el chalet de Ireton... hace cerca de una hora. —Sus ojos extraviados buscaban el reloj—. ¡Bah, hombre!, ¡qué disparate!

Los oídos de Jane Tennant estaban fatigados por el trabajo de intentar escuchar la otra voz.

—¿Dice que...? Comprendo...

—¡Oh! ¿Con qué clase de revólver?

—¿Qué calibre?

En cuanto oyó la respuesta, los ojos del doctor Fell se agrandaron, y luego se estrecharon detrás de los lentes con cinta negra. Era como si una absurda, casi increíble idea se le hubiera ocurrido mientras miraba la espalda de Jane Tennant.

—Conque es así, ¿eh? —Su voz era estudiadamente casual—. Supongo que el revólver no tendrá señales particulares.

El teléfono respondió extensamente.

—Ya veo —gimió el doctor—. No. Le daré una mano con mucho gusto. Adiós.

Volvió a colocar el receptor. Bajando la cabeza de manera que varias papadas se plegaron sobre su cuello, se inclinó, las dos manos sobre el bastón-muleta, y se quedó por un momento gesticulando y haciendo guiños de incredulidad hacia el suelo.

VIII

EN LA SALA del chalet del magistrado Ireton el señor Herman Appleby contemplaba los efectos de la granada de mano que acababa de arrojar entre los oyentes.

—Pero, desde luego —añadió el procurador—, ustedes conocían todo esto. Es decir, ¿no sabían ustedes que el señor Morell era un hombre rico, tan rico como pocos hoy en día?

Appleby miró al juez, que asintió con la cabeza.

—Sí, lo sabía —asintió el señor magistrado Ireton.

El inspector Graham arrancó de su pecho un poderoso suspiro de alivio.

—Para ser más exacto —se corrigió el juez con voz fría y cuidadosa— ésa era la posición que decía tener el señor Morell. Él iba a venir aquí esta noche para probármelo a satisfacción, y ofrecer su prometido regalo de bodas de tres mil libras. Eh... olvidé si le había dicho esto ya, inspector.

Graham afirmó con la cabeza.

—¡Me lo dijo, señor! —les aseguró a todos—. ¡Sí, por cierto que me lo dijo! Ahora lo recuerdo.

—¡Ah! Puede usted anotarlo otra vez, en caso de que no esté seguro. Gracias... ¡Señor Barlow!

—¿Señor?

—Mi hija parece que no está bien. Preferiría no tener que exponerla a este desagradable asunto nada más que lo necesario. ¿No está usted conforme, inspector? Barlow, ¿quieres tener la bondad de acompañarla a la otra habitación; y, cuando se haya repuesto lo suficiente, llevarla en el coche para casa?

Fred Barlow ofreció su mano a Constance. Después de dudar un poco, ella la aceptó.

Fred se alegró de que estuviera de espaldas a los demás, porque todavía estaban pasando ahora por la fase emotiva más peligrosa. El manantial de peligro en potencia era Constance. Si ella se desbordaba, por cualquier camino que fuera, ni aun la arrogante seguridad en sí mismo del juez podría llevar la mentira mucho más allá.

Constance, con sus ojos oscuros ardientes y hundidos y el maquillaje como la pintura de un *clown* en una cara hermosa, abrió la boca para hablar. Barlow le echó una mirada de indignación para prevenirla.

Una chispa revoloteó sobre el tren de pólvora y desapareció. Ella tomó la mano que Barlow le tendía y, con su ayuda, se levantó del sofá. Silenciosamente, con el brazo de él alrededor de sus hombros, salieron de la sala. Pero en el vestíbulo los otros tres la oyeron prorrumpir en sollozos histéricos.

El magistrado Ireton pestañeó rápidamente varias veces.

—Ustedes me disculparán, caballeros —dijo—. Yo no paso por este trance sin pena.

El inspector Graham tosió y Appleby hizo una tiesa inclinación de cabeza.

—¡Sin embargo, debemos pasar! —continuó el juez—. Lo que yo he dicho creo que este caballero puede confirmarlo. Usted, ¿señor...?

—Appleby.

—¡Ah, sí, Appleby! ¿Puedo preguntarle lo que le dijo el señor Morell cuando lo visitó hoy?

Appleby lo meditó. Detrás de aquella máscara profesional suya, le producía la impresión incierta al inspector Graham (que no era bufón de nadie) de que el procurador estaba riéndose, aunque no sabía el porqué de esta sensación. Desde su escaso pero bien cepillado cabello, a su quizá escasa pero bien pulida moral, nada podía haber sido más correcto que el porte del procurador.

—¿Lo que dijo? Déjeme recordar. Dijo que estaba jugando una partida con el magistrado Ireton...

—¿Partida? —interpuso Graham bruscamente.

—...la que prometió explicar más tarde. Lo que quería significar con esto no puedo decirlo. Tendré el placer de ver a usted muchas veces en los tribunales, señor.

Las cejas del juez se elevaron, pero apenas inclinó su cabeza en señal de reconocimiento.

—¡Otra cosa! —dijo Appleby reflexionando—. Hizo la observación, un poco rara, de que usted mismo había fijado el monto del regalo de boda de la señorita Ireton. Dijo que había tratado de persuadir a usted de que fuera una cantidad más elevada; pero que usted rehusó.

—Indudablemente. ¿Y por qué ha de ser esto tan raro?

—Bueno...

—¿Por qué es tan raro, señor Appleby? Seguramente tres mil libras pueden considerarse una generosidad suficiente.

—Yo no digo que no lo sea. Sólo que... ¡dejémoslo pasar, dejémoslo pasar! —El procurador hizo un gesto y sacudió una arenita de su abrigo con la mano enguantada.

—¿No dijo nada más?

—Nada. Y ahora, en interés de mi finado cliente, ¿puedo hacer yo una pregunta? ¿Tiene usted alguna idea de quién lo mató? ¿Qué es lo que sucedió aquí?

El inspector Graham le echó una ojeada.

—La verdad, señor. Nosotros teníamos la esperanza de que usted pudiera ayudarnos en esto.

—¿De que pudiera yo?, ¿por qué?

—Conociéndolo a él, y todas esas cosas, me imagino que usted lo conocía perfectamente bien.

—Sí, en cierto modo.

—No fue robado —indicó Graham—. Esto es cierto al menos, aunque ninguna otra cosa lo sea. Por ejemplo, ¿tenía enemigos?

Appleby dudó.

—Sí, los tenía; pero no puedo decirle nada acerca de su vida privada. Tenía uno o dos malos asuntos y enemigos.

Era sorprendente que Appleby parecía meditar sobre este punto con más cuidado que en ninguno de los demás. Con una palabra de disculpa colocó el maletín y su sombrero hongo sobre la mesa de ajedrez, e introdujo las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Ya les dije que el pobre muchacho era una extraña mezcla —continuó—. Podía ser bastante generoso, vean ese dinero. Pero, si creía que alguien lo había despreciado o hecho alguna injuria, inventaba los más complicados y maquiavélicos proyectos para quedar a la misma altura —y mirando al juez, concluyó—: Usted comprende esto, señor, desde luego.

—¿Cómo puedo comprenderlo?

Appleby se rió.

—No interprete mal; no estoy hablando personalmente. Después de todo, un regalo como ése de la señorita Ireton apenas se puede decir que sea hacer a usted una ofensa. —Su mirada era significativa—. No: yo quise decir que usted podía entender una mentalidad como ésa por su gran experiencia en los tribunales.

—Quizá.

—Además, hay que conocer también su manera de conducir los negocios. Tuvo un desgraciado asunto de amores hace alrededor de cinco años...

—¿Quiere usted decir —interrumpió Graham— cuando intentó chantajear a la señorita, y ella le disparó un tiro?

Appleby pareció desdecirse. Pero habló con suavidad.

—Hubo algo que decir en favor del muchacho también, usted sabe.

—¡Yo no lo oí nunca! —estalló Graham—. No creerá usted que la señorita todavía le guarda rencor...

—Yo casi no conozco nada del asunto. Esto es de su incumbencia, inspector.

—¿Pero, y esos negocios y los enemigos del señor Morell?

—Debe usted evitarme el difamar —dijo Appleby con decisión—. Si usted lee los archivos de sus negocios, lo que probablemente hará usted, encontrará nombres y hechos que puede interpretar como guste. Esto es lo más que puedo decir.

Graham parecía cada vez más abrumado, como si cada persona y cada situación se convirtiera en un nuevo y rollizo cerdo que no pudiera sujetar.

—¿Sabía usted que él iba a venir aquí esta noche, señor? ¿Sabe usted si se lo dijo a alguien más?

—No puedo decírselo, pero es muy probable. No era persona que refrenara la lengua, excepto cuando tenía algo entre ceja y ceja.

—Pero piense, señor, ¿no puede decir *nada más* para ayudarnos?

Appleby se quedó pensativo.

—No, no lo creo. Cuando él salía de mi oficina le dije: «Si los dos vamos a ir allá esta noche, ¿por qué no vamos juntos? Permítame ofrecerle un lugar en mi coche». Él

me dijo: «No. Yo quiero ver al señor Ireton antes de que usted llegue. Voy a tomar el tren de las 4,5, que me dejará en Tawnish a las 8 en punto. Quizá lo encuentre a él en el tren. Dijo que vendría hoy a la capital»... Si esto ayuda algo...

Graham, girando en redondo, se volvió hacia el juez.

—¡Ah! ¿Estuvo usted hoy en Londres, señor?

—Sí.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que hizo usted allí?

Una sombra de pesada exasperación pasó por la frente amplia y lisa del magistrado Ireton.

—Suelo ir allá los sábados, inspector.

—Sí, señor; pero...

—¡Maldita sea! Hice unas cuantas compras y di una vuelta por mi club. Pero no tuve el placer de ver al señor Morell en el tren. Almorcé temprano con mi viejo amigo el señor Charles Hawley. Después de esto tomé el tren de las 2.15 para Tawnish, y un taxi desde la estación aquí.

Arrastrando una respiración profunda, Graham se volvió al procurador.

—Otra cosa, nada más, señor Appleby. ¿Vio usted antes alguna vez ese revólver que está en esta mesa, junto a su maletín? ¡Sí, puede usted cogerlo, si gusta!

Appleby trató el asunto con su meticoloso cuidado habitual. Cogió el arma con las manos enguantadas, se detuvo debajo de la araña central, y dio vueltas y más vueltas al revólver.

—No, no puedo decir que lo haya visto. Una de estas cosas se parece mucho a otra. —Lo observaba indagando cuidadosamente—. El número ha sido limado, según veo. Es evidente que hace algún tiempo.

—Sí, señor —dijo Graham secamente—. Nosotros también observamos esto. ¿No pertenecía al señor Morell, verdad?

Appleby pareció sobresaltado.

—¡Qué idea más rara! No sé por qué, pero no la estimo apropiada. Odiaba las armas de fuego. Él...

—Álcela, señor —interrumpió Graham agudamente.

El procurador, con sus lentes de concha brillando bajo la araña de cuatro brazos, saltó y elevó un hombro más alto que el otro. Su expresión era de sorpresa fundada en alguna otra emoción.

Pero Graham no hablaba en tono de amenaza. En cuanto el Ives-Grant 32 fue levantado y ladeado bajo la luz, el ojo de Graham pescó algo que no había visto previamente. Tomó el arma de las manos de Appleby y la estudió. En uno de sus lados, justamente debajo del tambor de los cartuchos, alguien había cortado en el acero una pequeña figura en forma de cruz: el brazo horizontal corto, la barra vertical larga.

—Como una cruz religiosa —decidió—. Puede ser útil.

—O puede que no lo sea —dijo el magistrado Ireton plácidamente.

Ninguno de ellos vio mover el picaporte de la puerta ni oyó cerrar el pestillo. Fred Barlow, que había estado escuchando en el pasillo de afuera, se volvió silenciosamente hacia el dormitorio.

No había luces en el pasillo. La puerta principal continuaba abierta. Fuera, donde el cielo se había aclarado quedando una noche de grandes estrellas fugaces, pudo Barlow ver al agente Weems paseando arriba y abajo por la embaldosada senda que iba a la verja.

Además, el dormitorio del juez estaba a oscuras, pues Constance había apagado la luz. Los grandes y pesados muebles de la habitación —que pertenecieran al último propietario del chalet, el señor Johnson, de Ottawa— producían sombras a la luz de las estrellas que entraba por las ventanas del frente. Barlow pudo distinguir un remiendo blanco donde estaba sentada Constance, acurrucada en una mecedora al lado de la ventana central. Constance sollozaba; resoplaba, más bien. Le gritó de un modo impertinente que se fuera.

—No, no te vayas —añadió balanceándose y haciendo chirriar la mecedora—. Ven aquí, me siento tan miserable que quisiera morir.

Él le puso la mano en el hombro, en la penumbra.

—Ya lo sé. Lo siento.

—Tú no lo sientes —dijo Constance, sacándole la mano—. Tú lo detestabas.

—Sólo lo vi una vez, Connie.

—¡Tú lo detestabas! ¡Yo sé que tú lo detestabas!

En alguna parte dentro de sí, Barlow sintió una angustia que le producía cierta molestia. Por encima de todo pensó que no debía sentirse molesto.

Constance había pasado por agonías de dos clases, dos veces se la había lanzado a los extremos opuestos.

Sin embargo, la molestia estaba allí. Experimentaba de nuevo el sentimiento que lo había estado molestando e inutilizando durante varios años: un buceo en la oscuridad, un sentimiento de algo perdido, la sensación de una vida no completamente llena. Frederick Barlow no era una persona introspectiva. Con excepción de la única mancha negra que había en su mente, esa cosa reciente y repentina en la que no debía pensar, tomaba el mundo como lo encontraba. Sin embargo...

—Perfectamente —dijo Barlow—. Yo lo detestaba. Tú quedarás mejor libre de él, Connie.

—¡Él valía más que dos como tú!

—Puede ser. Admitido. Pero sostengo todavía que estarás mejor libre de él.

El humor de Constance cambió.

—¡Fue un tonto, un estúpido y un loco! —gritó haciendo crujir la mecedora violentamente—. ¿Por qué no dijo que tenía todo ese dinero? ¿Por qué no había de venir a ver a papá y decirle eso? ¿Por qué dejó que papá (y yo) pensáramos que era un...? Fred...

—¿Sí?

—¿Tú crees que papá lo mató?

—¡Chist!

Las tres ventanas francesas tenían como en el cuarto de estar unos visillos blancos de abierta malla, que apenas podían llamarse cortinas y que sólo producían una ligera sombra contra la luz de las estrellas.

Arrimando su cara contra la cortina, podía ver Barlow al agente Weems paseando aún por la senda y oír el vago raspar de sus pisadas. Constance habló con un susurro atemorizado.

—¿Ellos no pueden oírnos, verdad?

—No, si sigues hablando bajo.

—¿Y bien? ¿Tú crees que lo hizo papá?

—Escucha, Connie, ¿tú me crees?

Los ojos de ella se abrieron ensanchándose en la oscuridad.

—Naturalmente —dijo.

—Entonces te darás cuenta —hablaba quedamente, aunque con claridad— de que sólo la pura fuerza de la personalidad del viejo, su manera endiosada de asumir que lo que él dice debe ser aceptado sin pruebas, es lo que lo salva de estar detenido en este instante. ¿Te das cuenta?

—Yo...

—Él hipnotizó al agente, y tiene medio hipnotizado a Graham. Por el momento, gracias al Señor, ha tenido un poco de suerte; me refiero a las noticias sobre la insospechada riqueza de Morell. Y tú viste cómo las agarró al instante y les sacó todo el partido posible utilizándolas en todo lo que valen. No puedo dejar de admirar en qué forma patina él sobre delgado hielo, sin pestañear. Puede decir a Graham ahora... Yo no soy un hombre rico, y vivo de lo que gano. ¿Es razonable suponer que habría matado a tiros a un fiel pretendiente que podía darle a mi hija todas las comodidades que necesita?

Los ojos de Constance se anegaron otra vez y empezó a mecerse con vigor histérico.

—¡Qué pena! ¡Qué pena! Pero tú has llegado a comprender esto, así que puedes estar dispuesta a ayudarlo confirmando lo que él dice.

—¡Entonces tú crees que lo hizo papá!

—Yo sólo creo que ellos pueden detenerlo. Fíjate en que digo *pueden*. Una vez que comiencen a examinar esa historia suya de que estaba en la cocina abriendo una lata de espárragos mientras Morell fue muerto de un tiro en la habitación del frente, es como para sentirse preocupado. ¿No le ves las fallas? —habló él secamente—. No, supongo que no las verás.

—Yo no soy tan inteligente como algunas personas.

—No peleemos, Connie.

—¡Vete de mi lado! Tú también estás traicionándolo.

—Lejos de ello —dijo Barlow con más vehemencia de la que quería manifestar. Apoyó una rodilla en el borde de la mecedora, deteniendo su movimiento; se agarró a sus brazos para sostenerse y se inclinó sobre Constance. Le parecía, bajo la incuria de las estrellas, que tenía que explicar cómo sienten los átomos.

—Escúchame. Tu padre y yo hemos estado siempre en los extremos opuestos al interpretar el código. Él es un gran hombre. Me enseñó más de lo que yo nunca hubiera esperado aprender. Pero no pudo enseñarme a despreciar a los vencidos, a los inválidos, a los débiles, al hombre que no puede luchar porque no tiene educación y no puede explicarse porque carece de palabras. Como Lypiatt. ¿Recuerdas la cara de Lypiatt cuando se pronunció la sentencia?

Él sintió que el cuerpo de ella se ponía tenso y oyó el tictac de su reloj de pulsera.

—Connie, yo odio la afectación del justo. Odio sus ojos impasibles. Odio su sentencia, que es: Los motivos de este hombre no cuentan. Robó porque estaba hambriento o mató porque lo empujaron más allá del punto de resistencia; y, por lo tanto, será declarado culpable. Yo necesito sostener gran lucha para ganar mi caso y decir: «Los motivos de este hombre cuentan. Robó porque estaba hambriento o mató porque lo empujaron a la desesperación; y por lo tanto, en nombre de Dios, saldrá libre».

—Fred Barlow —dijo Constance— ¿de qué estás hablando?

Sacó él su rodilla de la mecedora y se levantó. Lo sensato del sentido común de ella, como un cubo de agua fría, siempre le hacía sentirse avergonzado de sí mismo. Por regla general él tenía bien sujetas las riendas. ¡Ahora la noche lo burló!

—Lo siento —dijo con su voz de costumbre, y se rió—. Esto nos está emocionando a todos un poco. Yo estaba dejándome ir, eso es todo.

—¿Pero qué querías decir?

—Yo quería decir que necesito ayudar a tu padre. Que lo que temo es que él no quiera aceptar la ayuda de nadie; y, créeme, Connie, esto es malo.

—¿Por qué?

—Porque él cree que no puede cometer una equivocación.

Se vio el resplandor de unos faros en el camino, y un automóvil se aproximó a la verja del chalet. Al ver una espalda inclinada bajo el cielo, adivinó que serían el fotógrafo de Exeter y el encargado de tomar las impresiones digitales. Echó una mirada a la esfera luminosa del reloj de pulsera de Constance, y notó que eran cerca de las nueve y veinticinco minutos.

—Lo que tú tienes que hacer, querida mía, ¿está claro?, es mantener bien contenidos tus nervios y sostener su historia de que tú sabías que Morell tenía el riñón bien cubierto. Ésta es tu tarea; y trata de hacerlo con propiedad, o no serás digna de ser la hija de tu padre. Ahora escucha, y yo te diré lo demás que tienes que decir.

Mientras él la instruía, hablándole con firmeza y asegurándose de que lo entendía, la mecedora crujía al balancearse de atrás para adelante. Pero cuando hablaba ella su voz era débil y sus ruegos penosos.

—No has respondido a mi pregunta, Fred. ¿Tú crees que papá lo hizo?

—Francamente, yo no pude hacer aún mi composición de lugar.

La mecedora crujió nuevamente.

—¡Fred!

—¿Sí?

—Yo sé que papá lo hizo.

IX

MIENTRAS él se volvía a mirarla en la oscuridad, seguía ella moviendo la cabeza tontamente, como una figura china.

—¿Quieres decir que viste...?

—Sí —dijo Constance.

Él le impuso silencio. Los recién llegados, después de cambiar unas palabras con el agente Weems, subían pisando fuerte la senda embaldosada. Barlow, a tientas por la habitación, abrió la puerta del vestíbulo. A través del pasillo podía ver la luz del cuarto de estar, cuya puerta seguía entreabierta. Por ella salía la pesada voz del inspector Graham.

—Entonces no necesitamos retener más a usted, señor Appleby. Puede volverse a Londres, pero déjenos su dirección.

Un murmullo indescifrable.

—¡No! ¡Por última vez, no puede usted coger los billetes de banco! Reconozco que es una suma elevada; admito que pertenecían a los bienes del señor Morell; pero son una parte de nuestras pruebas y estoy obligado a guardarlos. Descanse tranquilo en la seguridad de que tendremos buen cuidado de ellos.

—¡Buenas noches, señor! ¡Eh, muchachos, pasen!

Appleby, descontento y ceñudo, con su sombrero hongo encajado, empujó al salir con violencia a los dos hombres uniformados que acababan de llegar.

—Lo primero es ver si hay impresiones digitales en ese teléfono —les ordenó Graham—. Tan pronto como lo hagan quiero telefonar a un amigo que está en el Esplanade. —Su voz se alteró como si hubiera girado en redondo—. ¿Está usted conforme en que sería una buena idea llamar al doctor Fell, señor?

—Si usted quiere —concedió la voz del juez—. Aunque él es un jugador de ajedrez muy malo.

A Barlow se le puso la piel de gallina, con algo así como un presentimiento de desastre, en cuanto captó el matiz que ocultaba la voz del magistrado Ireton. Era un matiz de menosprecio.

Cerró la puerta y volvió junto a Constance.

—Dime —murmuró.

—No hay nada que decir. Yo vi a Tony llegar aquí.

—¿Quieres decir que lo encontraste?

—No, querido. Yo lo vi.

—¿Cuándo fue eso?

—Alrededor de las ocho y veinticinco minutos.

—¿Qué pasó?

—Tony venía por el camino, mascando goma y hablando bajo consigo mismo, parecía que echaba fuego por los ojos; yo casi estaba junto a él, tan cerca que podía tocarle, pero él no me advirtió.

—¿Dónde estabas tú, entonces?

—Estaba agachada al lado del cerco de enfrente, por fuera.

—¿Para qué diablos?

—Para que no me viera Tony. —El tono de Constance era una mezcla de ansiedad, defensa y temor—. Fíjate que el coche que pedí prestado se quedó parado en Horseshoe Bay, en dirección contraria a Tawnish, cerca de donde está tu chalet, por falta de gasolina.

—¿Sí?

—Yo pensaba ir a tu casa y pedirte una poca. Pero no quería que tú supieras nada de esto, sobre todo el estado en que yo me encontraba. Así que eché a andar por la carretera. Cuando estaba cerca de la puerta oí llegar a Tony. Hay una lámpara en el camino, un poco más abajo, lo pude ver claramente. Yo no quería que él me viera. Quería sorprenderlo cuando estuviera dentro con papá, porque... porque necesitaba una especie de apoyo moral antes de decirle lo que pensaba. ¿Tú lo comprendes, no es cierto?

—Creo que sí. Continúa.

Su fina voz vibraba.

—Tony abrió la puerta y entró. Cruzó el camino atravesando diagonalmente la pradera hacia las ventanas francesas del cuarto de estar. Abrió una y se metió dentro. ¿Por qué pones esa cara?

—Porque, hasta ahora, confirma la historia de tu padre. ¿Qué más?

Constance cruzó los brazos como si tuviera frío.

—La verdad es que pensándolo... lo confirma, ¿no es cierto?

—Prosigue; ¿qué sucedió entonces?

—Yo no sé. Oh, excepto que alguien encendió las luces.

—¿No lo estaban antes?

—Solamente esa pequeña lámpara de escritorio que tiene pantalla de metal. Las luces de la araña no lo estaban hasta entonces. Yo no quería aparecer allí todavía, así que atravesé la carretera y bajé hacia la playa, sintiéndome terriblemente desgraciada. Todavía estaba sentada allí cuando oí el... tú sabes... el golpe. Adiviné lo que era. No soy tan tonta como tú crees.

—¿Qué es lo que hiciste entonces?

—Me senté allí, puede ser que durante un minuto o dos, aterrorizada hasta perder el juicio. Después de esto me las arreglé para trepar desde la orilla, con los zapatos llenos de arena, y me fui hacia el chalet.

Barlow salió de sus pensamientos.

—Para un poco —dijo—. Mientras estabas allí abajo del otro lado de la carretera, ¿podías ver el chalet?

—No. Naturalmente que no.

—¿Así que alguien pudo haber seguido a Morell hasta dentro, y después de pegarle un tiro salir afuera de nuevo, sin que tú lo vieras?

—Sí, supongo que sí.

—¡Qué tormento tan grande! No, continúa.

—Fred, subí la pradera arrastrándome como una serpiente y eché una rápida ojeada por la ventana. Allí estaba Tony en el suelo, exactamente como tú o viste. Allí estaba papá sentado en la misma silla, con el revólver en la mano igual que tú lo viste minutos más tarde. Sólo que parecía mucho, mucho más espantado de lo que estaba cuando entrasteis tú y el policía. Esto es todo.

Hubo un largo silencio.

Barlow buceó en los bolsillos de su chaqueta deportiva de tela basta, en busca de cigarrillos y fósforos. Encontró uno y lo encendió. La llama del fósforo se reflejó en los vidrios de la ventana; iluminó los ojos verdes, atentos e intrigados de Fred, grabando las finas arrugas que los rodeaban y las marcas en forma de coma que rodeaban su boca. Momentáneamente sacó de la oscuridad la cara de Constance con la barbilla levantada. Luego, el fósforo se apagó.

—Escucha, Connie. —Hablaba suavemente—. Yo no entiendo esto.

—¿Qué es lo que tú no entiendes?

—Espera un momento. Después que oíste el tiro, ¿cuánto tiempo pasó antes de que subieras y miraras por la ventana?

—Oh, ¿cómo puedes esperar de mí que tenga certeza acerca del tiempo? Creo que alrededor de dos minutos. Puede ser que menos.

—¿Sí? ¿Qué es lo que hiciste después de murar por la ventana y verlos?

—Yo no sabía qué hacer. Volví a la puerta y me quedé allí. Entonces me derrumbé y me puse a llorar como un niño. Todavía estaba allí cuando llegó ese policía.

Él meneó la cabeza aspirando el humo profundamente. Una sentencia extraída de su relato, llena de vida por su candidez, volvía a él con poderoso efecto.

«Sólo que parecía mucho, mucho más espantado de lo que estaba cuando entrasteis tú y el policía». ¿Un hombre inocente atrapado por las circunstancias? Sin embargo, Fred Barlow todavía no comprendía, y así dijo:

—¿No ves, querida, que cada palabra que has dicho tiende a confirmar la historia de tu padre?

—Bueno...

—Él jura que no recibió a Morell en el chalet. Confirmado. Jura que, después de recoger el revólver, se sentó en la silla y lo miró. Confirmado.

—Sí... sí.

—Sí. Entonces ¿por qué dices tú que «sabes» que él mató a Morell? ¿Por qué estás tan cierta de ello? Si mal no recuerdo cuando le hablaste a él esta noche lo hiciste como si supieras que fue él quien lo hizo. ¿Por qué?

No respondió.

—Connie, mírame. ¿Viste algo por esa ventana que aún no me has dicho?

—¡No!

—¿Estás completamente segura?

—Freddie Barlow, no estoy aquí sentada para que me atormentes, examinándome como si no me creyeras; y no te tengo miedo tampoco. No estás en los tribunales ahora. Lo que estoy diciendo es la verdad. Si no aprecias lo que estoy tratando de hacer, puedes irte... y hacerle el amor a Jane Tennant.

—Dios Todopoderoso, ¿qué tiene que ver Jane Tennant con esto?

—Eso digo yo.

—¿Qué?

—Nada.

—Estábamos hablando de tu padre. No sé por qué siempre tienes que echarme a Jane Tennant en cara.

—Está completamente loca por ti. ¿No te has dado cuenta?

—No. Te repito que estábamos hablando de tu padre, Connie; esta historia tuya es cierta, ¿verdad?

—Palabra por palabra.

—¿No te callaste nada?

—Nada, que yo sepa.

La punta encendida del cigarrillo osciló y se oscureció.

—El inspector Graham debe saber esto. No es una confirmación absoluta, y probablemente será sospechosa porque proviene de ti; pero si es verdad, tienes que sostenerla y servirá de ayuda. Lo que me gustaría saber...

—¡Escucha!... —dijo impaciente Constance, levantando la mano.

Las paredes divisorias del chalet eran delgadas. A través del vestíbulo habían estado percibiendo constantemente un murmullo de voces que formaba el fondo de la escena.

Ahora alguien profirió una exclamación rotunda en forma estruendosa a la que siguieron varias otras. No se necesitaba una sagacidad muy penetrante para adivinar que la policía había hecho algún descubrimiento sorprendente. El cigarrillo cayó y él lo apagó de un pisotón.

Barlow se acercó presuroso a la puerta. No se molestó en disimularlo, pues nadie advirtió nada. La puerta del cuarto de estar estaba abierta de par en par, así podía captar todos los detalles de la escena.

El cuerpo de Tony Morell seguía tirado casi en el mismo lugar, separado como un metro del frente del escritorio y paralelo al mismo. Pero después de haber sido fotografiado desde varios ángulos, había rodado ahora sobre la espalda. El teléfono volvía a estar sobre el escritorio, con el auricular en su sitio.

El sillón del escritorio, antes volcado, se veía ahora derecho y corrido a un lado. Graham, Weems y los otros dos agentes se agrupaban absortos alrededor del espacio que quedaba entre el cuerpo de Morell y el escritorio.

Atravesado en la sala estaba el sofá, y en él sentado el magistrado Ireton, fumando un cigarro.

Uno de los hombres de Exeter habló.

—Yo nací y me crié por estos lugares —declaró—, los conozco como la palma de mi mano. Y le digo a usted sin vacilar que nunca vi nada parecido a eso antes de ahora.

El inspector Graham, con la granulación de fresa muy acentuada, sentía deseos de disentir.

—Yo aún no lo veo claro. ¿Qué tiene esa materia de particular?, es arena.

—Ah, pero ¿qué clase de arena? Esto es lo que yo le pregunto, ¿qué clase de arena?

Weems intervino con pesado aire de importancia.

—No hay más que andar por ese camino de la costa y verá cómo la arena le hace volar a uno. Se le mete en la chaqueta y en los bolsillos del pantalón... si es que lo lleva. Quiero decir si lleva usted pantalones ordinarios, y no un uniforme. El hombre trajo alguna también. Mire.

—Tonterías, Alberto —dijo el hombre de Exeter, que evidentemente era un asiduo estudioso de las películas—. Mire qué cantidad hay, es bastante para llenar una botella de dos onzas sólo en ese montoncito.

El inspector Graham seguía de espaldas para estudiarla, como un pintor midiendo la perspectiva; por cuya causa Fred Barlow obtenía sólo una visión interrumpida.

En la alfombra, en un espacio hasta ahora oculto por el cuerpo del muerto, había un montoncito de arena. Antes de que el cuerpo la aplastara debía haber tenido una forma vagamente piramidal; pero, no sólo había sido aplastada, sino esparcida. Había granos y salpicaduras por toda la alfombra en aquel pequeño espacio. Unos cuantos granos estaban pegados a las manchas húmedas de la parte de adelante del cruzado traje gris de Morell. Y esta arena se veía claramente a causa de su color... un rojo pálido.

—¡Rojo! —insistía su informante—. Cada grano de arena de este distrito, puedo jurarlo, es blanco. De un blanco hueso.

Graham gruñó.

—Eso es verdad —admitió el agente Weems.

—De modo que —prosiguió el otro— o este hombre trajo un puñado de arena de alguna parte y la derramó en el suelo; o, en otro caso, fue el tipo que lo mató quien la echó ahí y lo tiró a él encima.

Graham se volvió contra él.

—No hable así —dijo el inspector severamente— y recuerde quién es su superior.

—¡Perfectamente! Estoy obligado a decírselo a usted. Y no hay arena en este cuarto, porque Tony y yo hemos recorrido todas las grietas y rincones posibles.

—¿Pero por qué iban a echar arena en el suelo?

A través de la habitación, el magistrado Ireton sacó el cigarro de su boca y produjo una voluta de humo. Su expresión no parecía de alerta; no podía saber que lo espían desde el vestíbulo, y Barlow podría jurar que él estaba tan intrigado como los agentes.

—Yo le pregunto —demandó Graham—, ¿por qué iban a andar tirando arena por el suelo?

—No podría decirlo... señor —se rió burlón el amonestado—, eso le corresponde a usted. Usted tiene una jarra en *Las Plumas*, agótela. Tony y yo queremos irnos a casa. ¿Necesita algo más?

El inspector dudó.

—No. Envíeme esos retratos mañana por la mañana. ¡Esperen! ¿Cuál es el resultado final de las impresiones digitales?

—Las impresiones son del cadáver en el teléfono y en el auricular. Pocas huellas del muerto, borrosas, en el borde del escritorio y en los brazos del sillón del mismo. Por lo demás, solamente las del señor anciano.

Se paró de repente, encogiéndose de hombros.

—No se preocupe —observó el magistrado Ireton—. No me importa que se refieran a mí por el nombre de señor anciano. Puede continuar.

—Gracias, señor. Sólo sus huellas, impresiones antiguas por todas partes. Sus impresiones en el arma: mango, lados y cámara. Las suyas también, inspector. Ninguna otra cosa, aunque hay manchones, como si alguien hubiera tocado con guantes.

—Appleby —asintió Graham con una inclinación—. Perfectamente. Pueden irse a casa. Y procure no ser tan grosero, Jimmy, la próxima vez.

Barlow esperó hasta que la impenitente pareja hubo salido, escoltada por Weems. Entonces entró en el cuarto de estar. Graham lo miró sin interés y el magistrado Ireton, con un repentino estallido de enérgica ira:

—Creo que le di instrucciones —dijo— para que llevase a Constance a casa.

—Temo que no se sienta bien todavía. Entré para buscarle un poco de coñac, si usted no se opone.

Después de una ligera duda, su huésped hizo un leve movimiento de cabeza indicando el aparador. Barlow fue hacia él, pasó de corrido su mirada por la fila de botellas y eligió un excelente Armagnac. Esto le devolvería bastante el ánimo. Mientras Barlow echaba dos dedos de coñac en un vasito, el inspector Graham rondaba cuidadosamente alrededor del cadáver. De la silla giratoria cogió, un poco ceñudo, un almohadón, lo sacudió y cayeron más granos de arena roja.

—¡Arena! —exclamó asombrado Graham volviendo a sacudir el almohadón—: ¡Arena! ¿Me puede decir usted algo acerca de esto, señor?

—No —dijo el magistrado Ireton.

—¿No sabía usted que hubiera nada de esta materia en la casa?

—No había nada.

Graham se mantenía en sus trece.

—Vea usted adónde vamos llegando. Alguien introdujo esta materia. El señor Morell, o... algún otro. ¿Cuál fue la última vez que recuerde usted que no había arena aquí? Por ejemplo, ¿cuándo fue la última vez que estuvo usted en esta habitación

antes de que oyera el disparo?

El magistrado Ireton suspiró.

—Estaba esperando que me hiciera usted esa pregunta, inspector. Estuve sentado en esta habitación hasta las ocho y veinte, y entonces fui a la cocina para preparar algo que comer. No había arena aquí entonces.

—Ocho y veinte minutos —anotó Graham—. ¿Acostumbra usted a preparar sus comidas cuando la señora de Drew tiene la noche libre?

—No. Detesto trastear con ollas y cacerolas. Ordinariamente, como creo que ya le dije, paso el sábado en la capital. No regreso hasta tarde, suelo comer en el tren y llegar aquí con comodidad hacia la hora de ir a la cama. Pero esta noche, como esperaba una visita...

—¿Así que este cuarto estuvo vacío durante diez minutos, entre las ocho y veinte y las ocho y treinta?

—Perdóneme. Yo no puedo decir cuánto tiempo estuvo vacío. Sólo puedo decirle que el señor Morell estaba aquí muerto cuando regresé.

—¿Advirtió usted la arena entonces, señor?

—No, por cierto, como usted, que tampoco la notó hasta que rodó el cuerpo.

Graham apretó los dientes.

—Bien, ¿había alguna otra cosa cambiada? ¿Notó usted algo diferente la habitación de como la dejó cuando fue para la cocina?

El magistrado Ireton aspiró dos bocanadas de humo.

—Sí, las luces centrales estaban encendidas.

—¿Luces?

—La palabra debería ser familiar para usted. Luces. La lámpara que hay sobre su cabeza. Cuando yo dejé el cuarto, sólo la lámpara del escritorio lo estaba.

Fred Barlow, que aparentemente se preocupaba en estudiar el coñac que había echado, se volvió desde el aparador.

—Yo creo que debía usted tomarle declaración a la señorita Ireton, inspector —indicó.

—¿La señorita Ireton? ¿Qué pruebas ha conseguido?

—Barlow —dijo el juez con tal agolpamiento de sangre en la cabeza que sus suaves mejillas se llenaron de manchas—, hazme el favor de no meterte en esto. Mi hija no tiene nada que ver con este asunto.

—Admitido, señor. Pero ella tiene algo que decir que me parece que puede ayudarle a usted.

—¿Tienes la impresión de que yo necesito ayuda, Barlow?

(¡Peligro! ¡Alerta! ¡Has dicho lo que no debías!).

La mano que sostenía el cigarro del juez se aflojó. Cambió el cigarro a la mano izquierda, sacó otra vez las gafas del bolsillo del pecho y comenzó a balancearlas. Había sido una tarde larga, muy larga. Lo que Barlow temía era que hiciera ahora una exhibición de puro capricho infantil, lo que ocurría raras veces; pero que formaba el

otro lado de la naturaleza carente de emotividad de Horace Ireton.

—Yo no permito que mi hija se mezcle en esto —dijo.

—Dispense, señor —interpuso Graham pesadamente—, pero puede ser que yo sea el mejor juez en esto. Tengo que recordarle que aquí estoy en funciones.

—Yo me niego a que mi hija sea interrogada.

—Y yo le digo que si la señorita Ireton tiene algo que decir, su deber es venir aquí y decírmelo.

—¿Insiste usted en esto?

—Sí, señor. Insisto.

Los ojos del juez se abrieron de par en par.

—Tenga cuidado, inspector.

—¡Tendré cuidado perfecto, señor! Señor Barlow, ¿quiere usted...?

Lo que pudo haber pasado entonces, a no ser por una interrupción que ocurrió, no habría sido edificante para nadie. Fue como una patinada de una rueda, una breve escapada para el mal humor, que se cortó a raíz por la entrada del agente Weems, que venía del vestíbulo.

—El doctor Fell está aquí, inspector —informó—. El señor a quien telefoneó usted.

Graham se empujó a sí mismo combándose bajo su túnica azul. En la cara llevaba una vaga sonrisa mecánica que parecía indicar que todo marcharía bien, con tal de que sólo tuviera medio segundo para pensar.

—Y está una señorita con él —continuó Weems—, la señorita que lo condujo en auto hasta aquí. Ella también desearía entrar, señor, si usted no tiene inconveniente. Su nombre es Tennant... la señorita Jane Tennant.

X

EL PELIGRO momentáneo fue extinguiéndose hasta desaparecer.

—Inspector —dijo el magistrado Ireton—, le ruego que me perdone. Fue una verdadera locura mía. No cabe duda que usted tiene perfecto derecho a interrogar a quien crea que puede prestar una declaración importante. Disculpe la irreflexión de mis palabras.

—¡No es nada, señor! —aseguró Graham, hinchándose de satisfacción con tosca jovialidad—. Yo creo que también hablé un poco a la ligera. No lo hice por ofender. —Su mirada a Weems no presagiaba nada bueno—. ¿Tennant?, ¿Tennant? ¿Quién será?

—Es una amiga de la señorita Ireton —respondió Barlow por él—. Vive en Taunton.

Graham no apartaba los ojos de Weems.

—¿Sí? ¿Qué es lo que quiere? Es decir, ¿tiene alguna declaración interesante que hacer, o viene aquí solamente en plan social?

—No lo dijo, inspector.

Graham atravesó al infortunado agente con su mirada y se volvió hacia Barlow.

—¿La conoce usted personalmente, señor?

—Sí, la conozco mucho.

—Entonces, hágame un favor, ¿quiere? Vaya a verla. Entérese de lo que quiere y, si tiene algo que decirnos, tráigala adentro. Si no... bueno, usted ya sabe. Despídala con tacto. No puede haber gente dando vueltas por la casa en una ocasión como ésta. Usted, Bert, dígame al doctor Fell que pase.

Barlow pasó apresurado hacia la habitación, llevando el coñac. Encontró a Constance de pie al lado de la mecedora, como si acabara de volver de escuchar detrás de la puerta.

—¿Cómo te sientes? ¿Estás dispuesta a afrontarlo?

—Sí, si es necesario.

—Entonces bebe esto. No a sorbitos, no; trágalo de golpe. El gran doctor Fell está aquí, para participar en el asunto. Transcurrirá un ratito mientras llega arrastrándose hasta aquí arriba y se acomoda, esto conviene. Yo voy a dejarte un momento, pero me encontraré de vuelta a tiempo para estar contigo.

—¿A dónde vas?

—Vuelvo en seguida.

Abrió el picaporte de la ventana del medio y salió afuera.

Weems, caminando a largas zancadas, estaba ya cerca de la verja. Barlow esperó hasta que sintió desvanecer el murmullo de las voces. Una serie de resuellos penosísimos y un ruido pesado le indicaron que el doctor Fell se había arrastrado fuera del coche y puesto pie en tierra.

Fred se quedó a un lado hasta que el doctor Fell, con capa y sombrero hongo,

hubo seguido a Weems por la senda arriba. Entonces abrió la verja. Un espacioso Cadillac de dos asientos, con el motor palpitando, estaba arrimado a la orilla opuesta de la carretera. La luz de sus faros brillaba en la vereda, en la hierba achaparrada y en la arena. Una suave brisa del mar llegaba hasta la carretera. Cuando sintió revolverse su cabello y amortiguarse su parpadeo, pensó Fred Barlow: «Estoy mortalmente cansado».

—Hola, Jane.

—Hola, Fred.

Los dos siempre habían estado muy brillantes y cordiales el uno con el otro. Ésta parecía ser la tónica de sus relaciones. Ambos estaban ahora muy conmovidos.

—Me dijo el agente —observó Jane— que el señor Barlow quería verme. Me parece muy bien. En realidad yo no quiero ir allí, a no ser que pueda ayudar a Connie de algún modo.

—¿Has oído entonces lo que pasó?

—Sí, el inspector le dijo por teléfono al doctor Fell lo esencial del asunto.

Fred empujó la puerta del coche y metió la cabeza dentro. Jane estaba sentada en el lado opuesto, detrás del volante y quedaba un amplio espacio de almohadones de cuero rojo entre ellos. Tenía su cara vuelta hacia un costado e iluminada parcialmente por el resplandor de un foco lateral. Hacía calor dentro del pequeño baluarte que era el automóvil. Él sentía palpar el motor, como si lo empujara con el codo que apoyaba en la portezuela.

Nerviecillos tensos, señales de debilidad, le dolían en las pantorrillas. Final de las sesiones en los tribunales, cinco informes delicados, cuatro ganados y uno perdido... Lypiatt.

«Debéis ser devuelto al lugar de donde habéis venido y de allí llevado al de la ejecución, para ser ahorcado. Que Dios tenga piedad de vuestra alma».

Desechó este pensamiento. Estaba contento de ver a Jane Tennant. No en la acepción de ordinario pasiva que el término implica usualmente, sino con una cálida y activa oleada de placer que corría por todo su cerebro.

Ella era una gran persona. ¡Dios sabe que lo era! Su misma quietud era sedante. Percibía las manos delgadas en el volante, los dedos que tecleaban y las uñas sin barniz. Notó que los grandes ojos grises, abiertos con franqueza, lo miraban.

—¿Hay algo malo? —El tono de ella era reservado—. El doctor Fell creyó que el juez podría ser... enredado, más que enredado.

—Oh, no está tan mal como eso. ¿Me dejas que suba y me siente un momento?

Jane vaciló.

—Hazlo, desde luego —dijo.

Notó la vacilación, lo que empañó su placer. Ella siempre era así. No es que lo evitara, ni que hubiera estado nunca más que perfectamente amistosa. Y, sin embargo, parecía como si siempre tratara de alejarse de él estableciendo cierta distancia entre ellos, tanto figurada como literal. Si estaban tomando el té juntos (por ejemplo), y

había espacio para que dos se sentasen en el sofá, siempre se apartaba y se sentaba en otra silla. Él reflexionaba sobre esto, pensando qué pésima juzgadora de los caracteres debía ser Constance Ireton.

—Hay bastante espacio —recalcó ella—, casi hay sitio para el doctor Fell, y sabe Dios que esto es decir bastante. —Se reía nerviosa, y se reprimió—. Siempre dije que los Cadillac son muy amplios por dentro, pero no puedo acostumbrarme a estos automóviles americanos con el volante a la izquierda. Ellos...

Él se sentó respaldándose contra los almohadones de cuero rojo.

—Jane —le dijo—, ¿puedes ayudarnos?

—¿Ayudarles?

—Declarar alguna cosa que puede servir de prueba.

Ella guardó silencio durante un gran rato. Él se fijó en que no había apagado el motor. Su trepidar animaba la sensación de soledad y aislamiento que se había cerrado en torno de este coche. Nunca se había sentido tan consciente de la presencia física de Jane.

—Quiero ser amable, Fred —dijo ella al fin—. Supe algo acerca de su historia. Aquel asunto... de hace cinco años...

—Sí. —Sintió dolor de cabeza—. ¿Fue cierto aquello, verdad? Si es el caso que leí, puedo recordar los detalles. ¿Es verdad? ¿Es el mismo Morell?

—No podría ser otro. ¡Y todavía no acabo de comprenderlo! El doctor Fell dice, al menos por lo que el señor Graham le manifestó, que Morell no es el hombre sin recursos pecuniarios que tú crees. Graham afirmó que es hombre de bien y que posee un negocio floreciente. ¿No podría ser un hermano o algo por el estilo?

—No, el hombre es el mismo.

—Pero ¿tú lo entiendes?

—Sí, creo que sí. —Contemplaba los diales del tablero del automóvil—. Es la lógica latina, nada más. Morell, o Morelli, creía tener perfecto derecho a capitalizar su poder de fascinación sobre las mujeres. No es perversión, es lógica. Entonces tuvo un tropiezo. La sociedad se le echó encima, se rió de él en un juicio público. Esto le hizo tomar una resolución. Aplicó la misma lógica y la misma voluntad de trabajo a cimentar otra clase de negocios. Esto cae por su propio peso. Es posible seguir cada uno de los movimientos que hizo.

—¡Qué bien! —dijo Jane, no sin vaga ironía—. ¡Qué bien juzgas a la gente!

Fred captó esa ironía y se encolerizó.

—Gracias. Bromas aparte, sin embargo, él no era nada mejor porque se hubiera convertido en un buen financiero. Tú sabes, Jane, que yo lo odio, aun después de muerto.

—Pobre Fred.

—¿Por qué dices «Pobre Fred»?

—Es un modo de hablar. De simpatizar contigo, si lo prefieres. No quería decir nada con esto.

—Jane, ¿qué hice yo para ofenderte?

—No hiciste nada para ofenderme. ¿Me puedes dar un cigarrillo?

Estaba sentada junto a la otra portezuela con el brazo extendido sobre la misma. Su pecho agitado se veía subir y bajar.

Él le ofreció un cigarrillo, se arrimó a ella para encenderlo y prendió un fósforo. La luz de los faros laterales le daba en la cara. Se miraron a los ojos.

Él sostuvo el fósforo en su mano hasta que casi se quemó. Entonces lo sopló y le sacó el cigarrillo de la boca. Vio cómo sus ojos comenzaban a cerrarse.

Una voz límpida dijo:

—Supongo que no vendré a interrumpir nada. —Y Constance Ireton apareció en el estribo.

Se produjo una pausa.

—Él me prometió regresar —prosiguió Constance— para estar conmigo. No podía comprender qué es lo que lo detenía.

Fred Barlow no se atrevía a mirar a Jane. Sentía hervirle la sangre por su culpabilidad y correrle por todas sus venas. Jane tampoco lo miraba a él. Cambió un pie de lugar, pisó el embrague y comenzó a acelerar el motor con el otro; su trepidar batía contra el vacío por encima del ruido de las aguas en la orilla del mar.

—Tengo que volver a casa —dijo Jane cuando pudo hacerse oír—. Me estoy portando muy mal con mis invitados, dejando a aquellas gentes abandonadas allí. Pero... me dijeron lo que pasó, Connie. Lo siento muchísimo.

—Estoy segura de ello —reconoció Constance. Esperó uno o dos segundos—. ¿No te importa que me retrase un poco en volver a Taunton, querida? La policía quiere verme.

—No, claro que no. ¿Llegarás bien?

—Sí. Pedí prestado tu Bentley.

—Ya lo supe —dijo Jane pisando a fondo el acelerador—. Encontrarás una lata de gasolina de repuesto debajo del asiento trasero. Buenas noches.

—Buenas noches, querida. Fred, te necesitan en casa.

El villano de la comedia se escurrió fuera del coche. Todos se dijeron buenas noches otra vez, y el auto arrancó. Constance y Fred esperaron hasta que desapareció la luz roja de atrás al bajar la carretera hacia Horseshoe Bay; hasta entonces él sostuvo la verja abierta. No hablaron una palabra hasta que casi entraron al chalet.

—Bueno —dijo Constance—. ¿No me das ninguna explicación?

(—¡No, me condenaría si lo hiciera!).

—¿Explicar qué?

—Tú sabes qué. Creía que podía *fiarme* de ti.

—Estás bien segura de que puedes fiarte de mí, Connie.

—¿Qué estabais haciendo allí los dos?

Hubiera querido replicar: «Nada. Nos estropeaste la ocasión». Pero al recordar todo lo que ella había pasado esa noche, se reprimió y dijo:

—Nada.

—Supongo que irás a su reunión de natación mañana por la noche.

—¿Qué reunión de natación?

—En el Hotel Esplanade. Hay cena y baile, y luego un poco de natación como final en aquella gran piscina interna. No me vas a decir que no te invitó. Está admirable en traje de baño.

Él se paró en seco.

En el cuarto de estar, a través de la fina malla de las cortinas de las ventanas, podía ver al doctor Fell inclinado sobre el cuerpo de Morell. El agente Weems, arrodillado a su lado, se ocupaba en sacar el contenido de los bolsillos del muerto. Graham lo observaba y lo mismo hacía el magistrado Ireton, mientras chupaba la colilla de un cigarro.

—Mira para allá —dijo él—: No voy a ir a la reunión de natación. Ni tú tampoco. Ni tampoco, el Señor nos ayude, va a ir tu padre. Ahí está la razón por la cual no iremos. Por el amor de Dios, deja de hablar de Jane Tennant y... —respiraba con dificultad—: Además, ¿qué te importa? Tú no estás interesada por mí.

—No. De esa manera, no. Pero estoy acostumbrada a tenerte conmigo, Fred. Estoy acostumbrada a depender de ti y no puedo renunciar a eso, ¡no puedo!... especialmente ahora. —Su voz se volvía cada vez más histérica—. Es terrible, tú lo sabes. No debes abandonarme. ¿No es cierto?

—Claro que no.

—¿Me lo prometes?

—Prometido. Ahora entra, y no te presentes hasta que te llamen.

Todavía la imagen de Jane Tennant aleteaba en su imaginación cuando envió a Constance dentro del vestíbulo, y entró él en el cuarto de estar por la ventana. Llegó cuando el inspector Graham finalizaba un paciente resumen.

—Y a esto, doctor, se reducen las pruebas sueltas que hemos conseguido hasta la fecha. ¿No le gustaría a usted darnos alguna opinión improvisada?

La capa y el sombrero de clérigo del doctor Fell estaban en el sofá del lado del magistrado Ireton. El mismo doctor Fell giraba despacio alrededor de su bastón, como un vapor descansando en el puerto, y contemplaba por turno todas las partes de la habitación. Su expresión era vaga y hasta un poco humorística. La cinta de sus lentes saltó. Y, sin embargo, Barlow, que lo había oído deponer como testigo muchas veces ante los tribunales, no perdió la esperanza.

—Lo que más me preocupa, señor, es la arena roja —confesó Graham.

—¿Ajá? ¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó el inspector—. ¿Qué es lo que hace aquí? ¿Qué es lo que significa? ¿De dónde vino? Le apostararía a usted un chelín a que no puede imaginar ninguna explicación razonable que justifique el guardar una onza o algo así de arena roja en casa de nadie.

—Perdería usted su chelín —dijo el doctor Fell—. ¿Y si se tratara de un reloj de

arena?

Hubo un silencio.

El magistrado Ireton había cerrado sus fatigados párpados.

—Como el hombre de la historia del *Punch* —dijo interrumpiéndolo—, yo encuentro mucho más simple llevar un reloj de bolsillo. No hay relojes de arena aquí.

—¿Está usted seguro? —preguntó el doctor Fell—. Muchas amas de casa los usan... son muy útiles, en verdad... para los huevos pasados por agua. Generalmente contienen arena rojiza; primero porque tiene el grano muy fino y segundo porque es fácil de ver. ¿No podría tener uno aquí su ama de llaves?

El inspector Graham silbó.

—¡Pudiera ser! Piense en ello. Yo he visto esas cosas también. ¿Cree usted que lo es?

—No tengo la más remota idea —admitió el doctor Fell—. Solamente dije que perdería usted un chelín si apostaba que nadie podía explicarlo. —Era indudable que se divertía—. Además, esta arena es más pálida que la que se ve en la mayoría de los relojes de arena. En mi voluble cerebro surge vagamente un nombre. Lago, algo. Lago... No, se fue. —Su cara enorme se iba suavizando—. Pero si usted me pregunta lo que más me preocupa a mí, inspector, le diría que es el teléfono.

—¿El teléfono? ¿Qué tiene que ver el teléfono?

Mientras el magistrado Ireton lo observaba, atravesó el doctor Fell la habitación y le echó una ojeada. Tardó algún tiempo en contestar.

—Observe que hay un pedazo saltado de un golpe en el borde de la boquilla, y una hendidura a lo largo también en un lado. ¿Eh?

—Cayó contra el suelo.

—Sí. Concedido. Y ésta no es una alfombra muy espesa. —La probó con su pie—. Sin embargo, tengo mis dudas. Yo mismo algunas veces he tirado al suelo el teléfono desde mi escritorio. Mientras gesticulaba en momentos de elocuencia, una vez o dos lancé el aparato volando. Pero nunca pude ni remotamente arreglármelas para causar el destrozo que parece haber recibido éste.

—Sea como quiera, el caso es que se produjo.

—Sí. Se hizo. Veamos.

Adelantándose sobre el cuerpo de Morell, apoyó su bastón contra el escritorio, recogió el teléfono y empezó a desatornillar la boquilla con torpeza. Lo llevó a cabo tras algunas dificultades con los hilos.

El doctor Fell la levantó hacia la luz, miró a través de las perforaciones del interior, la olió y puso mal gesto. Pero cuando recogió el teléfono, cuando el delicado tambor del sonido quedó expuesto al sacar ahora la boquilla, profirió una exclamación.

—Reventada —indicó—. Esta parte del micrófono... está reventada. Esto nos indica algo con seguridad. No es de extrañar que los últimos sonidos que oyó la muchacha en la Central fueran confusos y sin sentido.

—Yo sabía que no estaba en buenas condiciones —admitió Graham—. Cuando intenté telefonarle a usted al hotel, tuve tantas dificultades con este teléfono que acabé por usar la extensión que hay en la cocina. ¿Pero de qué nos sirve eso, aunque el teléfono esté hecho añicos?

El doctor Fell no escuchaba. Dejó el teléfono después de un intento ineficaz de atornillar otra vez la boquilla. Parecía aún más sorprendido y preocupado.

—¡No, no, no, no! —observó en forma escéptica y para nadie en particular—. ¡No, no, no, no! —El inspector Graham cambió una mirada exasperada con el magistrado Ireton. El último consultó su reloj.

—La hora —dijo—; es tarde.

—Lo es, señor —convino Graham—. Y todavía no hemos hecho entrar a la señorita Ireton. ¿Sacó las cosas de los bolsillos de Morell, Bert?

—Están todas aquí, inspector —contestó el agente Weems, que había estado poniendo en orden los objetos y alineándolos cuidadosamente sobre la alfombra.

—¿Qué hay?

—Primero, esas tres fajas de billetes de banco...

—Sí, sí, ya los hemos visto. ¿Qué más?

—Una cartera con cuatro libras de diez en ella, y algunas tarjetas de negocios. Nueve peniques y once chelines en plata y cobre. Un manojito de llaves en un llavero. La libreta de las direcciones, un lápiz y una pluma estilográfica. Un peine de bolsillo. Un paquete de goma de mascar de menta. Dulce Tony, con dos o tres pastillas de menos. Esto es todo.

El doctor Fell, aunque escuchaba, no parecía interesado. Levantó el cojín del sillón giratorio del escritorio, y le echó una ojeada. Mientras Weems andaba como un zángano, rondaba él la mesa de ajedrez, de donde recogió el revólver. Ladeándolo hacia la luz, para poder ver la pequeña cruz tallada en el acero, bajo el depósito de municiones, miró al magistrado Ireton. Hasta que volvió a dejar el arma no habló el juez.

—Sigue usted siendo un mal jugador de ajedrez —dijo él.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Es mi dial tan expresivo como todo eso?

—Sí.

—¿Qué le dice a usted?

—Que sigue usted siendo un mal jugador de ajedrez.

—¿Alguna otra cosa?

El magistrado Ireton, con los labios fruncidos, reflexionó.

—Sí, me parece que sí, mi querido Fell. Nunca me había dado cuenta, hasta este mismo momento, de lo mucho que me desagrada usted.

—¿Yo? ¿Yo le desagrado?

El magistrado Ireton hizo un gesto de impaciencia.

—¡Oh, no personalmente, quizá!

—¿Puedo aventurarme entonces a inquirir que centellas quiere decir usted?

—Me refiero a mis principios, a los que fastidia su alma sentimental. Yo no insultaría a su inteligencia refiriéndome a sentimientos, amistosos o inamistosos. Apenas hay nada en este mundo de menos valor que las relaciones basadas en meros sentimientos.

El doctor Fell lo miraba asombrado.

—¿Usted cree eso realmente?

—No tengo el hábito de decir cosas de las que no estoy convencido.

—Hum, bien. Descendiendo a lo personal...

—Oh, sí: comprendo. Yo tengo una hija y le tengo cariño; al fin soy humano. Pero la naturaleza tiene la culpa de esto. Yo no puedo evitarlo, como no puedo evitar el tener dos brazos y dos piernas. Y aun en este sentimiento... —sus ojillos se abrieron—, aun en este sentimiento hay sus límites. ¿Me comprende usted?

El doctor Fell suspiró.

—Sí —dijo—. Yo pensaba que estaba usted estableciendo un credo. Ahora veo que sólo estamos jugando al ajedrez.

El magistrado Ireton no se molestó en replicar.

La espaciosa habitación, con la pared cubierta de papel bilioso floreado en azul, quedó en silencio a no ser por el rasguear de la pluma de Graham mientras consignaba los objetos de los bolsillos de Morell.

El doctor Fell abrió distraídamente el cajón de la mesa de ajedrez. Encontró las piezas de este juego en su estuche de madera de tapa corrediza, y con el pensamiento completamente ausente comenzó a jugar con ellas. Sacó un rey, un alfil y un caballo; Cogió un peón, y lo hizo girar sobre su mano. Lo lanzó al aire, y lo recogió produciendo un pequeño chasquido contra su palma. Lo lanzó otra vez, y aun una tercera. De repente lo soltó; y, como punzado por un recuerdo, hizo acopio de aliento con una vasta respiración.

—¡Oh Señor! —Respiró—. ¡Por Baco!

El inspector Graham viró en redondo del pupitre en que escribía.

—Traiga a la señorita Ireton, Bert —dijo.

Una vez ante el tribunal, Constance hizo una testigo admirable. Su padre no levantaba los ojos del suelo, como para no turbarla, pero sus oídos parecían esforzarse en no perder palabra.

Constance contó cómo había visto entrar a Morell por la ventana francesa a las ocho y veinticinco minutos y cómo las luces centrales se habían encendido inmediatamente después. Dijo que había estado sentada en la orilla, cara al mar, cuando oyó el tiro. Explicó cómo había subido hacia el chalet después y la rápida mirada que echó por la ventana.

Luego llegaron a la parte en que había sido adiestrada en mentiras por Barlow, y Barlow contenía la respiración.

—Ya veo, señorita —observó el inspector Graham, lleno de sospechas y, no obstante, manifiestamente impresionado—. Hay una cosa que no veo clara, sin

embargo. ¿Para qué vino usted aquí esta noche?

—Para ver a papá.

—¿Sabía usted que el señor Morell iba a venir aquí a verlo?

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Oh, no! Tony había ido a Londres esta mañana y yo no lo esperaba de regreso en Taunton hasta última hora de la noche, si es que llegaba a regresar.

—Pero adonde yo voy es a esto —dijo Graham ceñudo—: pidió prestado un automóvil, éste se averió y usted vino andando hasta el chalet, y vio llegar por el camino al señor Morell. ¿Por qué no lo llamó usted o se presentó a él?

Constance bajó los ojos modestamente.

—Yo... bueno, tan pronto como lo vi adiviné a lo que venía. Él y papá iban a verse para hablar de mí. Probablemente de ese regalo de boda que papá decía que era una generosidad muy grande por parte de Tony. Yo no quería estar allí, sería molesto para ellos y para mí también. Así es que pensé que lo mejor sería esperar un poco mientras hablaban, y entrar luego como por casualidad, como si no supiera nada del asunto.

El señor Ireton no levantó los ojos del suelo. El cerebro de Fred Barlow estaba acalorado con la satisfacción profesional. Y el inspector Graham asintió con la cabeza.

—Sí, señorita —dijo tras una lucha interna—, esto parece bastante razonable, no hay más remedio que reconocerlo.

Veinte minutos más tarde todo estaba concluido. El cirujano de la policía local, un fatigado médico general que atendía a esta tarea además de su práctica ordinaria, llegó muy confundido cuando Constance terminaba. Explicó que su retraso era ocasionado por un parto difícil. Expresó que el señor Morell había muerto como resultado de la herida producida por la bala de pequeño calibre que penetró en el cerebro y lo mató instantáneamente. Después de prometer que la primera cosa que haría por la mañana sería extraer la bala, el doctor Early saludó con el sombrero a todo el mundo y se fue precipitadamente.

Sacaron el cuerpo de Morell en una ambulancia. Fred Barlow condujo a Constance a Taunton. El magistrado Ireton dijo que no tenía objeción alguna que hacer respecto a pasar la noche allí; esa noche u otra cualquiera. Hacia las once y media, cuando todo el país del Oeste estaba envuelto en el sueño, el doctor Fell y el inspector Graham regresaban a Tawnish.

Cuando el inspector dejaba al doctor Fell en la escalera del hotel Esplanade, el último habló quizá por primera vez en una hora.

—Una cosa más —dijo tirando con fuerza hacia sí del brazo de Graham—. ¿Hizo usted un registro de arriba abajo en ese cuarto de estar?

—¡Lo hicimos, señor!

—¿Miraron cada grieta y cada agujero?

—Cada grieta y cada agujero.

—¿Sin encontrar ninguna otra cosa excepto lo que conocemos? —insistió el doctor Fell.

—Está bien, doctor. Pero —añadió Graham significativamente—, yo le telefonearé a usted por la mañana, si no le molesta. Quiero charlar un poco con usted. ¿Conformes?

El doctor Fell asintió. Y, sin embargo, no se sentía satisfecho. Cuando subía los escalones del hotel, cuyas lámparas estaban apagadas y el pomposo ornato se veía velado ahora a la luz de las estrellas, golpeaba fuertemente las piedras con el regatón de su bastón. Varias veces movió la cabeza con determinación obstinada.

—¡No, no, no, no! —seguía murmurando, como ya lo hiciera otra vez esa misma noche—. ¡No, no, no, no!

XI

ESTO FUE la noche del sábado 28 de abril. El domingo había pasado el mediodía antes de que el inspector Graham pudiera dar con el doctor Gideon Fell.

Muchas personas pasaron la noche soñando. El inspector Graham leyó sus notas, fumó la última pipa, y se durmió profundamente después.

Herman Appleby, el procurador —que pasó la noche en un lugar que nadie podía suponer—, se acostó tempranito, después de dar cuerda a su reloj y meter su dentadura postiza en un vaso de agua.

Fred Barlow soñaba con Jane Tennant, y con la idea que Connie Ireton le había metido en la cabeza. Su subconsciente se movía en la dirección hacia la que había estado determinado desde el principio.

En la gran casa blanca de las afueras de Taunton, Jane Tennant en persona se movía inquieta, volviéndose de un lado para otro; su sueño no era reparador.

Constance Ireton sólo se durmió después de levantarse y tomar dos pastillas de Luminal del botiquín del cuarto de baño. Cuando volvía, se paró ante la puerta del cuarto de Jane, y quedamente escuchó el murmullo interior. Abrió la puerta. Se sentó sin hacer ruido en una silla al lado de la cama, y volvió a escuchar. Después se deslizó hacia su habitación y quedó amodorrada en un sueño lleno de fantasías.

Un poco más lejos, en un sanatorio particular, una muchacha denominada Cynthia Lee estaba acostada y contemplaba el techo con los ojos muy abiertos.

El magistrado Ireton, en pijama de seda negra, estaba sentado en la cama leyendo a Francisco Bacon, cuyas brillantes sentencias le complacían. Cuando vio que había leído el cuarto de hora prescrito, apagó la luz, durmió y no soñó nada en absoluto.

El último de todos en apagar la luz fue el doctor Fell. Mientras el reloj proseguía dando campanadas durante la noche, él, sentado a la mesa en su cuarto del hotel, fumaba una pipa negra que rellenaba con frecuencia de tabaco con gusto a las limaduras de ese acero que se usa para limpiar los sumideros de las cocinas. La habitación estaba envenenada con el humo, y comenzaba sobre el mar a elevarse el alba cuando abrió sus ventanas antes de apagar.

Así que era bien pasado el mediodía cuando el sonido agudo de la campanilla del teléfono contiguo a su cama lo despertó.

Extendió una mano hacia él.

—Buenos días, señor —dijo la voz severa del inspector Graham—, ya llamé antes; pero me dijeron que había dado usted orden de que nadie le molestara antes del mediodía.

~Usted va a decirme ahora —jadeó el doctor Fell, arrancando la expectoración matinal de su garganta— lo que dijo Napoleón. Seis horas para el hombre, siete para la mujer, y ocho para los locos. ¡Al diablo con Napoleón! ¡Yo necesito dormir!

El inspector Graham no se refería a Napoleón.

—La bala que mató al señor Morell —informó— fue disparada por aquel

revólver. El capitán Ackley dice que eso no ofrece duda.

—¿Tuvo usted alguna vez dudas acerca de ello?

—No; pero usted sabe cómo son esas cosas. Además es que hemos reconstruido los movimientos del señor Morell. El tren de las ocho de Londres llegó la noche pasada con siete minutos de retraso. A las ocho y diez, o un poco más tarde, Morell pidió que le indicaran la carretera de la costa. Los testigos lo recuerdan, sobre todo porque estaba sacando la envoltura de una pastilla de goma de mascar, y vorazmente se la metió en la boca, como si quisiera comerla. Es decir que pasaron menos de quince minutos, entre ese momento y las ocho y veinticinco, para recorrer el resto de la distancia... que viene a ser casi lo justo.

—¿Y bien?

—Nos hemos puesto en contacto con el único pariente de Morell en este país. Un hermano: Luigi Morelli; está como *Maitre d'hotel* en el Isis de Londres.

—¿Cómo supieron de él?

—Por Appleby, la noche pasada. Ahora, dígame, ¿cuándo puedo ir a verlo para conversar un ratito sobre este asunto?

—Venga a almorzar conmigo —dijo el doctor Fell—, poco más o menos dentro de una hora.

La voz de Graham sonaba respetuosa, aunque intrigada.

—Muy agradecido, señor. ¿Pero usted no ha desayunado, verdad?

—Yo desayunaré ahora —explicó el doctor Fell sencillamente—, y almorzaré dentro de una hora. El problema tiene fácil solución. ¡Hasta luego!

Cortó la comunicación: encontró y ajustó sus lentes y se acomodó entre una montaña de almohadas para reflexionar. En seguida volvió a tomar el teléfono. Después de sostener una conversación larga y un poco desagradable con la Central telefónica, fue puesto en comunicación con el chalet de Fred Barlow en Horseshoe Bay.

Barlow, aunque pareció sorprendido, aceptó prestamente la invitación del doctor para almorzar con él una hora después.

—Yo pensaba ir a Taunton —dijo—. Pero si es algo importante y tiene que ver con este...

—Muy importante —gruñó el doctor Fell.

—Perfectamente. Muchas gracias entonces.

Era una espléndida mañana, tan calurosa como en pleno mayo, pero el calor era falso. En la agradable sala íntima de su chalet, Fred Barlow tecleaba en el teléfono con los dedos y meditaba a su vez.

Había pasado una buena noche y sus sueños fueron agradables, pero no parecía descansado. Estaba impaciente, inquieto e inclinado a andar de un lado para otro. El magistrado Ireton lo habría censurado por esto.

La luz del sol penetraba a raudales por las ventanas y caía sobre los libros viejos, sobre un par de remos, cuyos mangos estaba él remendando, y un cómodo desaliño

general.

Cambió su corbata y leyó despacio el *Sunday Times* para descansar un poco. Luego salió en su coche, que había sacado de la carretera —lo que le recordó el encuentro que allí tuvo y la informe figura caída en tierra—, y condujo despacio hacia Tawnish, sin parar en el chalet del juez.

El Esplanade estaba desierto. La sala de la entrada del hotel era grande, fantástica, y estaba vacía; sólo había dos personas.

Una era Herman Appleby, bruñido por el sol de la mañana, sentado en un sillón y echándole un vistazo a un diario.

La otra era Jane Tennant.

Barlow vio a Jane primero, y dio un paso hacia ella. Pero el procurador se le anticipó; levantóse de un modo deliberado y, sacudiendo el diario que llevaba en la mano, se le acercó sonriendo cordial.

—El señor Barlow, ¿no es cierto?

—Sí, ¿el señor Appleby? ¿Qué hace usted por aquí?

—Casi no valía la pena de conducir todo el camino de vuelta para Londres la noche pasada. Si pudiera encontrar una barbería abierta en la mañana del domingo...

—Appleby frotó su mejilla, a modo de ilustración—, me volvería a sentir feliz. Hermosa mañana para dar un paseo, ¿no es verdad?

—Linda. Le sugiero...

—¿No sabe usted, por casualidad —inquirió Appleby, bajando la voz y frunciendo las cejas—, si el señor Ireton pasó la noche última en el chalet? ¿O lo hizo tal vez en un lugar más simpático?

—Está allí todavía, según parece. Pero, generalmente, a esta hora del día es muy quisquilloso.

—¡Bueno! Todos lo somos algunas veces —dijo Appleby—. Gracias.

Se volvió a recoger su sombrero hongo junto a la silla. Le sacudió el polvo, lo elevó dirigiéndose a Fred a modo de despedida, empujó la puerta giratoria y salió. Después de vacilar un poco, Fred se dirigió a Jane. Ella adoptó la misma fórmula.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

—El doctor Fell me invitó a almorzar. ¿Y tú?

—También me invitó el doctor Fell.

Ambos se detuvieron.

Fred Barlow no se había sentido nunca más consciente de que no presentaba su mejor aspecto. No es que estuviera sin afeitarse, pero se sentía como si lo estuviera. Por otra parte, nunca se había dado cuenta antes de lo natural, bien parecida y hasta brillante que era Jane Tennant. Vestía de azul, con blanco en el cuello y los puños.

—Yo le dije que tenía la casa llena de huéspedes y no me era posible venir —rió ella ligeramente—. Pero él no lo tomó por una respuesta. Y no es que la mayoría de esta multitud casual advierta siquiera si yo estoy en la casa o no. Además, yo tenía una excusa.

—¿Excusa?

—Para venir aquí. Voy a dar una reunión de natación esta noche en el Esplanade y dije que tenía que ver al administrador —vacilaba—. Por supuesto, yo quería cancelarla, a causa de Connie. Pero los demás protestaron, y no pude hacerlo.

—¿Cómo está Connie?

—Sufriendo brutalmente. Comenzó a arreglar su equipaje para regresar a Londres. Pero yo le dije que no habría nadie allí en casa de su padre; y aquí, por lo menos, está entre amigos que la cuidan. Me parece que conseguí disuadirla.

—Este vestido te sienta muy bien, Jane.

—Es una historia vieja. Todo lo que hay que hacer es ponerse de azul, y a todos los hombres les parecemos bien.

—¡No, yo no quiero decir esto! Lo...

—Gracias, señor. La reunión de esta noche es un asuntito. Nada formal. Cena, baile y bebidas junto a la piscina. Supongo que no te gustará venir, ¿verdad?; ¿o transiges?...

Él detestaba bailar, pero era un buen nadador.

—Me gustará mucho —dijo— si a ti no te importa que llegue un poco tarde.

—¡Ni un poquito! Es enteramente lo mismo en cualquier momento. Puedes traer tu traje de baño, o conseguir aquí uno. Es... es, la mayoría es gente un poco artificiosa, de ésa que a ti no te agrada; pero si no te aburre eso...

—¡Buen Dios! ¡Aburrirme! —dijo él sin pensarlo, y luego se refrenó.

—Entonces, asunto arreglado. ¿Vamos arriba? El doctor Fell dijo que subiéramos. Yo sé el número de su habitación.

Una visión de la cara de Constance Ireton le pasó por el cerebro cuando seguía a Jane hacia el ascensor.

—Yo no sabía —indicó tratando de encontrar consuelo— que estuvieras en tan buenas relaciones con el doctor Fell.

—Oh, somos viejos amigos. —Ella apretó el timbre del ascensor apresuradamente—. Y tampoco sabía que fueras amigo suyo.

—No lo soy. Nos encontramos una o dos veces antes de la noche pasada, y le oí deponer ante los tribunales. —Nuevas dudas, nuevas sospechas agudas, serpeaban por el espíritu de Fred Barlow—. Es el tipo más decente del mundo, pero académicamente es un horror. Puede partir un cabello de dieciséis maneras y todavía le queda alguna en el tintero. Si le gusta, puede hacer bastante en tu favor. Desde luego uno se da cuenta, pero precisamente por eso me pregunto qué es lo que trae entre manos *ahora*.

Lo que traía entre manos el doctor Fell no se manifestó inmediatamente.

Los recibió muy amablemente en su habitación con esa gran efusión que suele atribuirse a Papá Noel. Tenía puesto un traje de brillante alpaca negra y un cordón como corbata.

En una pequeña galería exterior, con ventanas llenas de sol y mirando al paseo,

estaba puesta una mesa para cuatro.

—Comemos en la galería. Soy muy aficionado a comer en las galerías, o, de hecho, en cualquier otra parte. Pero es un manantial especial de satisfacción, como diría el magistrado Ireton, sentarse semejante a un Dios sobre la multitud que pasa y reflexionar, si apareciera el diablo de repente, ¿qué emociones se levantarían en las regiones infernales con el uso hábil de los panecillos o del sifón? Ustedes conocen a este caballero, ¿verdad?

Detrás de él Fred Barlow se sorprendió al ver la figura de apariencia siniestra del inspector Graham.

—He conocido al señor Barlow —dijo Graham, que como una concesión a la hospitalidad se había quitado la gorra del uniforme, y revelaba ahora ser un calvo rojizo—. No había tenido el placer de conocer a la señorita.

—El inspector Graham, la señorita Tennant. ¿Vamos a ver si lo conquistamos?

Decididamente, el doctor iba a conquistar alguna cosa.

Durante la comida el proceder de Graham era agradable, pero no alentador. Parecía tener algo en la cabeza, y desear que no hubiera más invitados que él. Estaba desafortunadamente situado contra el hierro forjado de la baranda de la galería, de manera que el sol le daba en su cabeza pelada.

Esta comida, bajo su mirada molesta, había sido un fracaso. La verdad es que comieron muy buenos alimentos y bebieron un buen clarete y en abundancia, pensaba Graham manteniéndose severo. Pero esto no era una falla imputable al doctor Fell, quien estuvo contando historias hasta que el mismo Graham de repente volvió a sentarse rugiendo. Después de cada historia elevaba sus cejas como un querubín, como si se preguntase qué fe encontrarían de divertido, y contaba otra.

Al mismo tiempo, aun en medio de todo esto, algo bullía en la trastienda del cerebro de Barlow. Se daba cuenta que verdaderamente podría dejarse ir y gozar si...

¿La mancha negra otra vez? ¿O la presencia de Jane Tennant? Se dio cuenta de que Jane estaba preocupada. Más allá de ellos, el mar se extendía gris pizarra sombreado de humeante púrpura. Las casas frente a ellos estaban terminadas por tejados de dos vertientes pintados como los de una película de Walt Disney.

Llegaron el café y los licores. Dejaron tres cigarros y una caja de cigarrillos sobre la mesa. Al inclinarse sobre ella para encender el cigarrillo de Jane, Fred recordó la noche pasada, y el doctor Fell anunció el objeto que debía ser discutido con toda la gradación y delicadeza de una carga de ladrillo que cayera por una claraboya.

—Esta reunión —anunció golpeando la mesa— se va a encarrilar ahora. Léidas y aprobadas las actas, su presidente sugiere que el inspector Graham abra el debate para decirnos por qué cree que el magistrado Ireton es, o no es, culpable de este asesinato.

XII

LA EXPRESIÓN del inspector Graham decía claramente:

«Ya lo sabía yo». Tiró su servilleta sobre la mesa. Pero el doctor Fell levantó una mano para calmarlo.

—¡Un momento! —insistió ahuecando los carrillos—. Yo expuse el asunto así, brutalmente, porque estamos ante un problema que se sale de lo común. La cuestión vital no es: ¿quién puede haber cometido este asesinato?, sino: *¿Lo cometió el magistrado Ireton?*

»En cuanto a los asesinos posibles, o en potencia, todos están cerca. Yo puedo pensar en dos o tres de improviso, y hasta podría construir un caso contra ellos. Pero todo esto desaparece ante una pregunta personal más estrecha, más humillante y atormentadora: ¿Fue él o no fue él?

»Es humillante por su simplicidad. ¿Este caballero tan temido descarriló hasta ese extremo? ¿Quién se lo iba a decir a él! ¿O no es más que la víctima de las “pruebas indiciarias”, que según él no pueden envolver a un inocente? Pues ahí lo tienen ustedes».

El doctor Fell encendió su cigarro.

—En consecuencia —prosiguió— me pareció que sería instructivo el que nosotros tuviéramos una pequeña discusión. El señor Barlow puede actuar de abogado defensor...

Barlow lo interrumpió.

—Yo no puedo hacerlo —dijo con presteza—, y no lo haría aunque pudiera. ¿Quiere sugerir que el juez necesita defensa, o que su posición es, o podría ser aún, discutible? ¡Qué disparate!

—Bueno, muy bien. Pregúntele al inspector Graham lo que piensa.

La erupción de fresa de Graham se hizo patente.

—Yo digo, señor, que tampoco puedo discutirlo, es decir, en público. Usted debe comprenderlo. Yo vine aquí creyendo...

—Que sería una reunión privada de los dos.

—Si le parece... Estoy seguro de que el señor Barlow comprende mi posición —dijo Graham sonriendo—, y probablemente la señorita también —añadió con autoritaria galantería—. Yo tengo que cumplir con mi deber y no puedo ventilar mis opiniones, aun en el caso de que las tuviera.

El doctor Fell suspiró.

—Un fracaso completo —dijo—, les ruego que me disculpen. En vista de ello quizá no les importaría que lo discuta yo.

Graham, con aire sereno y vigilante, estaba a la expectativa.

—¿Yo no puedo evitarlo, verdad?

El pensamiento que pasó por el espíritu de Fred Barlow como un relámpago fue: Yo no apreciaba a Graham como merece. Él cree que el viejo es el culpable, y es un

punto de partida bien fastidioso.

—Al argumentar sobre el caso —prosiguió el doctor Fell— tenemos que marchar solamente ateniéndonos a las pruebas legales admisibles. El motivo no nos interesa. Al menos no interesa de una manera absoluta. Se puede decir, si se quiere: ¿Suponéis que Horacio Ireton no sabía que Morell era el rico propietario de un negocio honesto, y pensaba que no era más que un chantajista sin un penique? ¿Suponéis que mató a Morell para evitar este casamiento?

»Se puede suponer eso, pero ello no conduciría a ninguna parte. No podéis probar que él no sabía eso. No podéis probar que un hombre no sabe una cosa, si él quiere jurar que la sabe. Si yo publico que no sabía que Colón descubrió América en 1492, y yo no había sido nunca interrogado antes sobre el sujeto, no podéis probar que yo ignoraba el hecho hasta ayer. Podéis inferirlo de mi conversación. Pero no podéis probarlo.

»De manera que observamos los hechos concretos relacionados con este asesinato, por los que podemos probar alguna cosa. ¿Qué hechos son éstos? En la noche del 28 de abril, a las ocho y media de la noche, Anthony Morell fue muerto de un tiro en el cuarto de estar del chalet del magistrado Ireton. El arma empleada fue un revólver Ives-Grant 32...». Fred Barlow lo interrumpió:

—A propósito, ¿está establecido esto? —preguntó a la ligera. El inspector Graham vaciló antes de contestar—. Sí, señor. Yo no descubro demasiado aunque diga que ya está probado.

—Un revólver Ives-Grant 32 —continuó el doctor Fell—, cuya única señal distintiva es una pequeña cruz grabada en el acero, debajo del depósito de municiones.

Al llegar a este punto Jane Tennant volcó el café.

Era una tacilla pegada a su platillo. Todos nosotros hemos hecho lo mismo con un movimiento descuidado de la mano, y poco café quedaba en ella, así que no hubo desorden. Jane no lo comentó, y nadie más manifestó darse cuenta. Pero Fred, ahora anormalmente sensitivo en esta atmósfera, notó en ella una ola emocional que no podía definir.

Jane miró al doctor Fell con sus ojos grises, firmes y pensativos, y sus mejillas se colorearon un poco. El doctor Fell no se volvió para mirarla.

—De manera que el arma es muy difícil averiguar de dónde procede, muy difícil seguirle el rastro. —Hizo una pausa, jadeante—. Veamos después, ¿dónde estaban las personas interesadas cuando ocurrió esto? El magistrado Ireton estaba en la cocina. Morell en el cuarto de estar, junto al teléfono. Constance Ireton abajo, en la playa, pasada la pendiente de la orilla, de espaldas al chalet. El señor Barlow...

De nuevo hizo una pausa, esta vez bruscamente, y se pasó una mano por su gran mechón de pelo grisáceo.

—¡Un momento! ¿Dónde estaba el señor Barlow? —dijo mirando a Fred—. La pregunta, señor, no tiene complicaciones siniestras. Es simplemente que yo no lo he

oído nunca.

—Esto está perfectamente —convino el inspector Graham de repente; y tras otra lucha interna prosiguió con el asunto—, pero es una pena amargarnos una buena comida como ésta hablando de negocios. Eso me recuerda, señor Barlow, que Bert Weems me dijo que cuando él iba hacia la casa del juez en su moto la noche pasada se encontró con usted.

—Esto es exacto.

—Dijo que su coche estaba arrimado al costado de la carretera que no le correspondía, precisamente en el lado contrario a la entrada de la Senda de los Enamorados; que usted lo paró a él, y comenzó a explicarle algo sobre un «vagabundo» o «el doctor Fellows». Yo traté de interrogar a usted la noche última, pero se me fue de la cabeza. ¿Qué pasó con todo eso?

—Era Black Jeff —replicó Barlow—. Está otra vez de vuelta.

Graham profirió un «¡Ah!» de comprensión, pero el doctor Fell apenas se extrañó.

—¿Black Jeff? —repitió el doctor—. ¿Qué o quién es Black Jeff?

—Es una espina en nuestro costado —explicó Graham—. Un vagabundo o un caminante, si usted quiere hacer la distinción. Siempre vuelve a merodear por aquí después de largas ausencias.

—Black Jeff. ¿Un negro?

—No, sólo lo son su pelo y sus patillas, por cierto bastante llamativas. Yo he visto hombres borrachos —dijo Graham moviendo la cabeza reflexivamente—; pero no he llegado a ver seis hombres que se emborrachen en una forma más tranquila que Jeff. De dónde saca el dinero para eso, no lo sabe nadie. Nosotros ni siquiera sabemos quién le sirve bebida, porque la mayoría de los taberneros no lo haría. Lo molesto es que cuando llega a punto de saturación, se desploma y se duerme en cualquier parte, en la calle o donde por casualidad se encuentre. Es inofensivo, y no nos gusta perseguirlo, pero... ¡caramba!

La voz de Fred era grave. Volvió a ver la carretera negra con los faroles muy espaciados y la figura estrambótica.

—Bueno —dijo Fred—, casi se fue a dormir el sueño eterno la noche pasada.

—¿Sí?

—Sí. Iba yo conduciendo hacia Tawnish para comprar cigarrillos y estaba cerca de la Senda de los Enamorados... —Se volvió hacia el doctor Fell—. Es un pequeño sendero que se une a la carretera principal en ángulo recto, distante poco más o menos trescientos metros del chalet del juez, en dirección a Tawnish. Una compañía, la *Estate Agent*, trató una vez de explotar los lugares edificables a donde conduce. Hay una casilla telefónica, y un par de casas modelo por allí arriba; pero el proyecto se abandonó por completo. Yo no sé si se fijaron ustedes en el camino.

—No —dijo el doctor Fell—. Pero prosiga.

—Yo estaba casi junto a la Senda de los Enamorados cuando, de golpe y porrazo,

vi a Jeff tirado en medio de la carretera principal. Desde luego, en cuanto lo vi, lo primero que pensé fue que lo habían atropellado, y corrí a mirar. Paré el coche y bajé. Era Jeff; estaba tan bebido como una cuba; pero no podría decirles si estaba o no herido. Lo arrastré a la otra orilla de la carretera —hacia el mar— y lo eché sobre la arena.

—En ese preciso momento pasó el auto del doctor Fellows y casi nos atropella a los dos. Yo se lo dije al doctor, pero él dijo solamente. «Es un andrajoso; hágalo rodar hasta la orilla; la marea lo pondrá sobrio». Y siguió. Jeff no parecía estar herido, lo admito; pero yo fui hasta mi coche y cogí una linterna eléctrica para asegurarme. Cuando volví al lugar en donde pensaba que lo había dejado, se había ido.

El inspector y el doctor Fell le echaron una ojeada apartando el humo de sus cigarros.

—¿Ido? —repitió el primero.

—Créanlo o no. Se había ido.

—¿Pero a dónde?

—No puedo decírselo. Todavía no tengo la más remota idea. Al principio pensé que había confundido el lugar en que lo dejara e hice un recorrido por allí. Finalmente, me volví a mi coche y lo empujé al otro lado del camino de manera que los faros pudieran alumbrar en toda la extensión; por esto estaba el auto en el costado contrario. Pero no lo encontré. Las patillas negras, las ropas extravagantes y el pañuelo de colorines... acababan de irse.

El inspector gruñó.

—Probablemente volvió a la vida cuando usted lo movió. Entonces se levantó y se fue haciendo eses. Los borrachos hacen eso.

—Sí, es lo que yo creía. —De repente Fred Barlow sintió un frío interior, tan intenso que le era difícil dominar sus músculos y su voz. No debía manifestarse así. Puso tensos todos los nervios de su cuerpo de manera que no pudiera notarse su estado—. Y todavía no sé si estaba herido —añadió.

—Yo no me preocuparía, en su caso —dijo el inspector insensible—. Jeff es el último de mis cuidados. Probablemente podemos encontrarlo dormido en una de aquellas casas modelo, si por casualidad lo necesitamos.

—Sí. Así lo espero.

La sombra pasó. Fred volvió a respirar.

—Lo cual —observó el doctor Fell, que se había estado divirtiendo de un modo enigmático mientras chupaba su cigarro como una barra de menta—, lo cual nos dispensa de otro personaje. ¿Dónde estaban los otros? El señor Herman Appleby probablemente conducía, dando vueltas y más vueltas, por las callejas rurales, al haber perdido su camino...

—Ah —dijo Graham.

—Y la señorita Tennant venía aquí a verme a mí.

Jane lo miró serenamente.

—Espero que usted no creará que estoy mezclada en el asesinato.

El doctor Fell se limitó a reír entre dientes y a mover la cabeza. Fue Graham quien le respondió.

—Difícilmente, señorita. Sin embargo, podría usted ayudar. Creo que fue usted la que vino al chalet la noche pasada con el doctor Fell, y preguntó si podía entrar.

—Sí, justamente.

—¿Tenía usted algo que decirme?

—No, me parece que no.

—Usted conocía al señor Morell, sin embargo. Al menos lo invitó usted a su reunión.

—No es así exactamente. Yo invité a Connie Ireton y a su amigo. Así es como se hacen las cosas hoy en día. Yo no había oído su nombre nunca hasta que llegó aquí.

—¿Y no sabe usted nada más sobre el señor Morelli?

Jane aspiró profundamente su cigarrillo, expelió el humo, y lo dejó en equilibrio en el borde del plato.

—Yo no sé —replicó— más de lo que sabe el doctor Fell.

Por alguna razón oscura para Fred Barlow, el doctor Fell se reía entre dientes y se frotaba las manos encantado.

—¡Buena chica! —dijo—. ¡Buena chica!

—Gracias —dijo Jane, y añadió para sí: «condenado».

—Entonces —intervino Graham, casi a punto de perder su templanza—. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué es lo que pasa aquí? Todo lo que puedo decir es que quisiera saber lo que sabe el doctor Fell. Usted tiene una bien adquirida reputación de ser exasperante, señor. Y voy a decirle que sé dónde va a parar usted... ahora. Comenzó por decir que iba a discutir las pruebas y todo lo que ha hecho es traer a rastras una serie de asuntos sin importancia, que no tienen nada que ver con el caso. ¿Cuáles son las pruebas que quería discutir usted?

El tono del doctor Fell cambió.

—Muy bien —dijo incisivamente—. Puedo decírselo a usted en breves palabras y con mucho gusto. El teléfono.

Se produjo un silencio expectante.

—¿El teléfono del cuarto de estar del chalet, dice usted?

—Sí. Ese curioso instrumento mal golpeado y con un trozo roto en la boquilla, y el tambor del sonido roto dentro. Anote esto; dentro.

Los ojos sagaces de Graham lo estudiaban.

—Ya estuve pensando en eso, señor. Ese trozo interior es delicado, su observación es bastante justa. Pero no puedo comprender cómo pudo haberse roto cuando el teléfono cayó al suelo. Estaba demasiado protegido.

—Es que no pudo ser —dijo el doctor Fell—. No lo fue. Entonces ¿cómo fue roto? —Lanzó una bocanada de humo reflexionando mientras tanto—. ¿Puede usted recordar o no que cuando yo desatornilló la boquilla de ese teléfono di un respingo?

—Sí, lo recuerdo.

—Tenía granos de pólvora —dijo el doctor Fell— y un olor inconfundible en el borde.

—Ya veo. ¿Usted cree que el pedazo interior estalló con la detonación del tiro?

—Con eso y la presión de los gases expelidos cuando se dispara una pistola. Usted recuerda que nuestro impagable Weems anotó que la muchacha de la Central dijo que el ruido casi le rompió los tímpanos.

Graham lo observaba con cierta atención y parecía ir comprendiendo. Abrió la boca para hablar; pero, después de mirar a Jane y a Fred, se contuvo. Levantó su cigarro, apagado hacía mucho rato, como si fuera a lanzar un discursito.

—Esto —prosiguió el doctor Fell— que yo sugiero modestamente es una parte de la verdad. Lo que a continuación se infiere es evidente, y no escapará a su comprensión.

—Temo que se me escape —dijo Jane—. El disparo de una bala supongo que no puede hacer eso.

—Oh, sí. Puede. Ya verá.

El sol estaba ahora más bajo, y la galería ya no estaba tan agradable como al comenzar el almuerzo. Estaba resultando un calor de tronada el de aquel día, lo mismo que el que se estaba derivando del caso.

Sin embargo, algunos decididos buscadores de placeres domingueros andaban desperdigados por el paseo. Niños y perros corrían veloces entre ellos, como las pelotas en un juego de bolos, y con un resultado muy parecido. Los automóviles pequeños brillaban, cada uno era el orgullo de una familia. Un fotógrafo de playa sacaba instantáneas y confiaba en la suerte. Había un camión, a unos pasos del arenal, y tres hombres llenaban y cargaban sacos de arena.

Este espectáculo no tenía en aquellos días el horrendo y feo significado que más tarde adquirió; y por lo menos tres de los observadores de la galería lo contemplaban con curiosidad.

El doctor Fell habló después de un largo silencio.

—Esta parte del asunto es clara —dijo—. El resto es oscuro. O diremos más bien que están mezclados, un retazo de luz y un retazo de oscuridad. —Volvió la cabeza en redondo tristemente—. Dígame, señorita Tennant, ¿usted conoce a la señorita Ireton perfectamente bien?

—Sí, así lo creo.

—¿Diría usted que es una persona muy veraz?

¡Peligro! Fred Barlow se enderezó de un salto.

Jane dudó, contemplándolo de reojo antes de volverse al doctor Fell.

—Yo no sé en absoluto cómo responder a eso —dijo Jane—. Ninguno de nosotros somos «muy» veraces, si viene a ser esto lo que usted pregunta. Ella es, en todo caso, tan veraz como la mayoría de las personas.

—Quiero decir: ¿no es una mentirosa romántica?, ¿no mentiría por el puro placer

de mentir?

—¡Oh, no!

—Esto se está poniendo interesante —dijo el inspector Graham, haciendo girar su silla de un salto—. ¿Quiere decir esto que no está usted satisfecho con la historia de la señorita, señor?

Otra vez se quedó silencioso el doctor Fell.

—Hum —gruñó—. ¡Bien...! Parece correcta. Es tan casual... Es convincente, en especial ese detalle acerca de cómo las luces se encendieron. Pero... vea, señorita Tennant. Le expondré por lo menos un punto. Imagínese ahora que usted es Constance Ireton.

—Sí.

—Imagine que Horace Ireton es su padre, y que el hombre que estaba en amores con ella está en amores con usted.

Al llegar a este punto, Jane se volvió de espaldas y sacudió la colilla de su cigarrillo sobre la balaustrada. Cuando dio la vuelta, era la suya una cara de atención paciente.

—¿Sí?

—Muy bien. Usted pide prestado un automóvil, creyendo que su enamorado ha ido a Londres, y se va en él a ver a su padre. El auto se avería. Usted hace a pie el resto, una corta distancia. Cuando está cerca del chalet, ve usted al señor Morell que viene hacia aquí. Se le ocurre que aquellos dos van a encontrarse para discutir acerca de usted; y así decide, con tacto, apartarse del camino durante un rato. ¡Cuanto más lejos mejor!

Dejó el cigarro y entrelazó los dedos.

—Pero considere la segunda parte del asunto. Usted se va a la playa, se sienta cómodamente y espera. Cinco minutos más tarde oye usted un ruido inesperado. No puede ver el lugar de donde parte este ruido. La marea está alta y es atronadora. El ruido debió producirse, lo menos, veinte o treinta metros detrás de usted. ¿Piensa usted inmediatamente (a) que es un tiro de revólver; (b) que viene del chalet; y (c) que esto le traerá disgustos? Piénselo, bien, por favor. ¿Y usted se apresura a levantarse para ver lo que pasó?

El doctor Fell hizo una pausa.

—Yo indico el punto porque eso es lo que dice ella que hizo. Además, estaba húmedo y había llovido. Constance Ireton llevaba traje blanco, pero yo no advertí ninguna señal de arena o humedad en el... bueno... área que se emplea para sentarse.

Jane se rió. Fue una risa breve, más bien de homenaje a su delicadeza elefantina que porque viera nada divertido en el asunto. La seriedad aumentó.

—No veo nada de equívoco.

—¿No?

—¡No! Connie pudo hacer eso muy bien, si pensaba que Morell intentaba... ¡Quiero decir...!

Fue un desliz. Demasiado tarde trató desesperadamente de recoger o borrar las palabras. Mientras la mesa conservaba un silencio de lo más molesto, tenía encima los ojos del inspector Graham.

—Prosiga, señorita —rogó sin emoción—. Usted iba a decir «Si ella pensaba que Morell intentaba sacar dinero de su padre», ¿no es verdad?

—Lo cual, según sabemos —aclaró Fred Barlow—, no era lo que trataba de hacer Morell. ¿Así que...?

—Puede ser que lo sepamos, señor, y puede ser que no. No es éste el asunto. No conduce a nada sentarse ahí, mover la cabeza y decir «¿Así que...?», como en una película. Me recuerda a un caballero canadiense que era dueño del chalet del juez. Siempre le decía a uno “¿Así que?”, aunque usted sólo hubiera dicho que hacía un día bueno.

El doctor Fell, que había estado contemplando algo en la calle, volvió la cabeza y observó un instante al inspector con atención.

—¿Oí mal o usted dijo —demandó, como quien no puede creer las buenas nuevas que sus oídos oyen— que el último propietario de *Las Dunas* era un canadiense?

—Eso es.

—¿Está usted completamente seguro de esto?

—Claro que estoy seguro. Se llamaba el señor Johnson, era de Ottawa. Todavía están sus cosas por allí. ¿Por qué? ¿Varía eso las cosas?

—¡Ya lo creo que las varía! —exclamó el doctor Fell—. Ese hecho y algo para lo que estos ojos míos, ligeramente embriagados, se acaban de abrir lo bastante como para percibirlo, son las dos cosas más importantes que hemos oído hoy. Y le diré a usted algo más.

Qué cosa era ésta, no pudo saberlo Fred Barlow, aunque probablemente no habría hecho nada si lo hubiera oído, porque en ese momento un camarero asomó en la galería para decir que llamaban al señor Barlow por teléfono.

Fred atendió la llamada en la habitación del doctor Fell.

—¿Eres tú, Frederick? —dijo la voz del juez—. (Aquél era Frederick en privado y señor Barlow en público).

—Sí, señor.

—Me indicaron —dijo el magistrado— que el inspector Graham está almorzando ahí. ¿Es cierto esto?

—Sí, está aquí ahora.

—Entonces ten la bondad de darle un mensaje de mi parte. Tengo ahora aquí una visita. Un señor Appleby.

—¿Sí?

—El señor Appleby acaba de contarme ciertos hechos que le inducen a creer que yo maté al tardíamente lamentado Anthony Morell. Ha sugerido que nos guardemos él y yo esta información entre los dos.

—¡Cómo! ¿Chantaje?

La voz clara y débil raspaba.

—No, no. Nada tan crudo. El señor Appleby es, al menos, un profesional semirrespetable. Se limitó a sugerir que él y yo deberíamos ser buenos amigos; y que unas cuantas palabras mías de encomio, deslizadas entre mis relaciones, le beneficiarían mucho. Tal vez oías su graznido desde allá lejos.

—¿Qué más?

—Una modesta súplica —agregó la fría voz—. Pero no obtendrá tal concesión de mí. No sucumbo ante la más remota sombra de intimidación. Pídele amablemente al inspector Graham que venga. Si consigo retener hasta entonces a mi visitante, el inspector podrá oír de los propios labios del señor Appleby su declaración contra mí.

XIII

ENCONTRARON al magistrado Ireton esperándolos, sentado en un sillón al lado de la mesa de ajedrez.

—Lamento decirles —dijo— que el señor Appleby nos ha dejado un poco apresuradamente.

Ninguna sonrisa, maliciosa ni de otra clase, pasaba por la cara del juez. Tenía puestas unas zapatillas de fieltro y su cuerpo pequeño y robusto estaba embutido en una bata pasada de moda; pero que, no obstante, conservaba el aire de estar cortada por un buen sastre. Se había quitado las gafas, aunque un dedo marcaba todavía el lugar en las páginas del libro que estaba leyendo.

—Difícilmente podía impedirlo, comprenderán ustedes, aunque hubiera estado enamorado de su compañía. Hagan el favor de sentarse, caballeros.

El inspector Graham miraba a Fred Barlow, y Fred Barlow lo miraba a él.

Había ya poca luz aun siendo las cuatro de la tarde y el ambiente se había enfriado mucho. Los muebles y el bilioso papel de la pared con flores azules del cuarto de estar nunca habían presentado más deslucido aspecto.

De los acontecimientos de la noche pasada ninguna traza quedaba ahora, excepto el golpeado teléfono. Una alfombrita de lana estaba pulcramente extendida sobre las pocas huellas de arena y sangre que había frente al escritorio.

Graham carraspeó antes de decir:

—¿Quiere usted acusar al señor Appleby de un intento de chantaje, señor?

—No, por cierto. Yo no tengo nada de que acusarle. No intentó chantaje alguno, no hizo amenazas. Es un abogado. También, infortunadamente para él, lo soy yo.

—¿Pero si él se fue...?

—Perfectamente —dijo el juez, haciendo un ligero gesto con sus gafas—. Puede ir a verlo a usted ahora mismo y decirle lo que me dijo a mí. O tal vez no lo haga. No lo puedo saber. Depende de lo que le pese en su conciencia. Mientras tanto, se ahorraría tiempo si yo se lo dijera.

Graham echó para atrás la gorra de uniforme. Aunque su respuesta parecía tan franca, Fred la entendió como un ataque en el único sitio donde Graham sabía que surtiría efecto.

—Medio segundo, señor, antes de que usted comience. ¿Está la señorita Ireton aquí, por casualidad?

La mano que sostenía las gafas se paró.

—No. ¿Por qué ha de estar aquí?

—Bien. Yo me tomé la libertad de enviar a Bert Weems a Taunton para verla.

—¿Y no se le ocurrió a usted que la presencia de un agente interrogándola en medio de una casa llena de huéspedes curiosos sería un poquitín molesta para ella? —dijo el juez.

—Oh, eso está arreglado, señor —contestó Graham en tono alentador—. Es la

tarde libre de Bert y lleva traje de paisano. Es un muchacho de apariencia elegante, además, cuando se arregla.

—Indudablemente.

—Sí. Yo creo que presentará su mejor aspecto. Hasta le dije que podía llevar a su chica con él en el *side-car* de su motocicleta.

—¿Y por qué envió usted a este caballero a ver a mi hija?

—¡Hay tiempo de sobra para hablar de eso, señor! Ya llegaremos ahí más tarde —declaró Graham brevemente—. Ahora, cuénteme la historia del señor Appleby.

Las gafas comenzaron a balancearse.

—Como usted quiera, inspector. Usted oyó la declaración del señor Appleby la noche pasada.

—Sí.

—Esta tarde decidió cambiarla. La noche última hizo una vaga alusión a ciertos comentarios confusos que atribuía al señor Morell sobre una misteriosa «partida» que pensaba jugarme. Esta tarde el señor Appleby rellenó las lagunas.

—La historia, dicha brevemente, es ésta. Ese señor Morell se me presentó aparentando que era un chantajista. Hizo esto porque no le gustaban mis «maneras». Me pidió tres mil libras como precio para dejar a mi hija y estuve conforme con esta suma. Convinimos vernos la noche pasada para entregarle la suma. El propósito del señor Morell era hacerme declarar el mayor monto que yo podría pagar en forma conveniente, para poderse reír de mí entregándome una suma igual como un regalo para mi hija.

Graham parecía sorprendido por semejante sencillez y candor.

—¡Así que por fin hemos llegado a esto! —dijo.

—Yo no lo entiendo a usted.

—La idea era algo así como darle a usted una lección, ¿no?

—Ésta es la historia del señor Appleby. Desgraciadamente, parece haber sido el señor Morell quien recibió la lección. Así, al menos, dijo el señor Appleby.

—¿De la misma persona, señor?

—No.

—¿Es verdad la historia?

—No.

—¿Ni una palabra de ella?

—Ni una palabra.

—¿A quién acusa usted de mentir?; ¿al señor Morell o al señor Appleby?

—Vamos, inspector. Si Morell inventó la historia y se la contó a Appleby, o Appleby inventó la historia para servir a sus propósitos y me la contó a mí, no pretendo decidirlo. Es usted quien tiene que descubrirlo. Todo lo que puedo decir es que tal conversación no tuvo lugar entre el señor Morell y yo.

—Por el amor de Dios, señor, ¿se da usted cuenta de lo que está declarando?

—No hagamos melodramas, por favor. Si usted cree que yo maté a Morell, es su

deber detenerme.

Gravemente desplegó sus gafas, se las puso para marcar el lugar en el libro que había estado leyendo, y lo dejó en la mesa de ajedrez.

—Pero yo le advierto del peligro de aceptar el «testimonio» del señor Appleby. Dicha ante los tribunales semejante historia sería ridiculizada por su extrema oscuridad. Yo dudo de que en toda la humana experiencia haya habido un hombre que deseando casarse sinceramente con una muchacha haya visitado al padre de ella y abierto la petición diciendo que aceptaría tres mil libras por dejarla.

—El señor Morell era italiano.

—Sin embargo, presumo que aun en Italia semejante modo de entrar en relación no es común. Permítame continuar. En el caso de que intentara esto, ¿qué sucedería? El padre de la muchacha la llamaría a ella sencillamente y le contaría todo. La parte actora tendría entonces que admitirlo y el asunto quedaría terminado. Finalmente, permítame recordarle que tendría usted que probar esto sobre la palabra del señor Appleby, un hombre que ya ha perjurado, y que solamente llevó la historia adelante en un intento de intimidarme en privado.

¿Puede usted tener la seguridad de que un jurado lo tragaría?

—¡Usted lo está tergiversando todo, señor!

Las cejas ralas se elevaron.

—¿Cómo? ¿Dónde he incurrido en falsedad?

—¡No! ¡Es en la forma en que usted lo expone! Ahora vamos a ver. ¿Puede usted decir honestamente que quería usted a ese muchacho para yerno?

—Las maneras del señor Morell no eran chesterfieldianas. Sus ropas eran criticables. Su mentalidad descuidada. Pero tenía dinero, y amaba a mi hija. Soy realista. La mayoría de los jurados, que generalmente tienen escasos ingresos e hijas casaderas, serán realistas también.

Durante un corto espacio Graham pareció rumiar sus pensamientos.

Entonces se sentó en el borde de un sillón, más allá de la mesa de ajedrez. Era el mismo en que Morell se había sentado, hacia esta misma hora, dos días atrás.

La tarde se oscurecía llena de nubes plomizas ribeteadas de plata deslustrada. Fred Barlow lamentaba no haberse puesto un chaleco de lana bajo su chaqueta. Por eso atravesó y cerró la ventana francesa. No hacía en aquel momento tanto frío como para eso; lo que ellos sentían era una atmósfera de muerte.

—¿Sabe usted lo que yo quisiera? —preguntó Graham de repente—. Desearía poder hablar con usted de hombre a hombre.

—Bien, ¿por qué no lo hace? ¿He sido yo acusado alguna vez de ser un loco vanidoso o un engreído?

—No, no. No es eso precisamente, pero...

—Entonces, adelante con el asunto. Puede usted hablar delante del señor Barlow. Se ha criado como mi hija, bajo mi vigilancia. Somos viejos amigos.

Graham seguía con la cabeza baja. Frotó una mano pesadamente contra los

nudillos de la otra, apretándolas. Cambió de postura en la silla. Con la cabeza ligeramente levantada, lo escudriñaba por debajo de las cejas rojizas.

—Yo no puedo creer su historia, señor. Esto es un hecho.

—Bien. Es un comienzo. ¿Por qué no puede creerla? ¡Otra cosa antes de que usted me lo diga! —Esta vez una sonrisa maliciosa cruzó la cara del juez—. ¿Dónde está nuestro amigo el doctor Fell? Esperaba verlo por aquí cuando se hizo el intento de acorralarme.

—Debe estar en camino en este momento. No puede moverse tan ligero como Barlow y como yo. La señorita Tennant lo traerá en auto; y, además, dijo que necesitaba buscar algo por el camino. ¡Y, así Dios me ayude, le aseguro que no intenté acorralarlo!

—Le pido disculpas. ¡Prosiga!

De nuevo la mano derecha de Graham se cerraba sobre los nudillos de la izquierda.

—Ahora hablemos de este Morell. No me gustó su aspecto, ni más ni menos, y supongo que tampoco le gustó a usted.

—Sí.

—Pero vayamos a lo que sucedió la noche última. Él llega aquí a las ocho y veinticinco minutos. Sube por su propio pie y entra por esa ventana de ahí —Graham la señaló con la cabeza—. No me preocupa saber por qué estaba él aquí. No me preocupa si iba a entregar su dinero, o esperaba sacárselo a usted. Supongamos que él entró aquí y encontró vacía la habitación. Ahora, ¿qué sería lo natural que hiciera? Él u otro cualquiera, llamar, ¿no es cierto? Sería gritar y decir: «¡Eh! ¿Hay alguien en la casa?». O ir a ver si lo encontraba. Pero usted dice que no lo vio entrar, y que no oyó ruido de ninguna clase.

—Exacto.

Graham hablaba con penosa lucidez.

—Perfectamente. Supóngase ahora que alguien lo seguía. Supóngase que alguien, al pasar por la ventana..., lo siguió para matarlo. Esto pudo haber sucedido. Puede ser.

«Pero es un asunto muy cómico. El asesino no pudo entrar, tener una pendencia con él y matarlo, porque entonces usted no hubiera tenido más remedio que haberlos oído desde la cocina. Estas paredes son muy delgadas, como pude comprobar por mí mismo. Se puede fácilmente oír hablar a alguien en otra habitación».

(Esto Fred Barlow lo podía atestiguar también).

—Ahora, señor, Morell sabía que estaba en peligro. Lo estaban amenazando, naturalmente, desde el momento en que cogió el teléfono y llamó pidiendo socorro. Pero aun si él vio que era cosa de asesinato... —puede ser que viera el arma— ¿por qué fue al teléfono? ¿Por qué no lo llamó a usted? Hubiera sido un testigo.

«Y esto no es todo. ¿Por qué el asesino lo dejó llegar al extremo de coger el teléfono, llamar a la Central, obtener una respuesta y decir todo lo que él dijo antes de

echársele encima y dispararle por la espalda? ¿Por qué no dijo el asesino “Suelte el teléfono, o lo dejo seco ahora mismo”? Todo esto no parece natural. El asesino no podía saber si las primeras palabras de Morell serían “Un hombre llamado Jones va a pegarme un tiro. ¡Socorro!”. ¿Comprende usted, señor?».

Graham levantó una mano para imponer silencio, aunque el magistrado Ireton no intentaba hablar.

—Éste es un aspecto del asunto. Ahora yo le diré a usted sin ambages cómo podemos darle la vuelta si *usted* lo mató.

—Lo escucho, inspector.

—Morell subió al chalet. Entra por la ventana, porque al mirar por ella lo ve a usted sentado aquí dentro... tal vez leyendo. Abre; y se mete dentro. —Graham hizo un gesto—. Usted se levanta y enciende la lámpara central. Le dice que se siente.

Barlow pensó que tenía una endiablada verosimilitud el relato. Casi podía ver al juez haciendo esos movimientos y los dientes blancos de Morell resplandecer al abrir la ventana.

Graham prosiguió:

—Puede ser que Morell dijera, continuando su juego: «Bien, ¿ha reunido usted el dinero?», y usted le contestara: «Sí; un minuto y voy a traerlo». Pero usted no había podido conseguir el dinero. En cambio, estaba perfectamente preparado para matarlo. En alguna parte, al ir usted a Londres ese día, se procuró un Ives-Grant 32; yo no sé dónde, pero si conseguimos localizarlo, ya es usted nuestro.

«Salió usted de la habitación, diciendo que iba por el dinero. En realidad iba por el arma. Morell está sentado donde estoy yo ahora, de espaldas a la puerta. De repente se da cuenta de que ha llegado demasiado lejos. Se da cuenta de que usted ha traspasado todos los límites y que salió para matarlo. ¡Sí, yo sé que usted ha conseguido llegar a tener una cara de palo! Pero asesinar es asesinar, en la cara de cualquiera, esta expresión es muy difícil de disimular. Morell me produjo la impresión de ser muy petulante; pero hay que situarse aquí en el campo a un kilómetro de cualquier lugar habitado, solo, con un viejo duro y sin escrúpulos, que no le permite que se explique, sino que acaba de levantarse y actúa, sea como quiera la manera en que obró. Esto es lo que usted suele hacer además, si es que yo lo conozco».

La oscuridad del crepúsculo se iba haciendo más profunda en la habitación.

—¿No sería mejor atenerse a los hechos? —sugirió Barlow, para quien esas sugerencias concordaban demasiado con su propia imaginación—. Esos vuelos de la fantasía...

—Estate tranquilo, Frederick —dijo el juez, haciendo sombra a sus ojos con la mano—. Puede continuar, inspector.

Graham tosió a modo de disculpa.

—Bien, usted lo comprende. Morell al ver ese teléfono se le ocurre que lo que puede hacer es llamar a la Central y decir: «Estoy hablando desde Las Dunas, chalet

de Ireton. Mi nombre es Morell. Yo creo que puede ocurrir aquí algo serio», o cosa por el estilo. Nada definitivo, como usted ve. Sólo lo suficiente para evitar que usted le hiciera nada, en caso de que hubiera pensado hacerlo. Nada más que para detener a usted, hasta que él pudiera explicarle todo. Así es que se desliza hasta el teléfono...

Graham hizo una pausa y se puso en pie. Por vía de ilustración, se fue hacia el escritorio. La lámpara del mismo, de pantalla inmóvil de bronce, estaba colocada detrás del papel secante. Graham arrancó la cadena que lo sujetaba y la tiró de golpe encima de la mesa. Se produjo un brillante círculo de luz en torno al escritorio, dejando todo lo demás en la penumbra.

Graham arregló el sillón del escritorio y se sentó en él. Ahora quedaba de espaldas a ellos. El teléfono estaba a su derecha.

—Morell llega hasta aquí tranquilamente —continuó el inspector— y habla muy despacio, casi en un susurro. La puerta —dijo Graham y echó una mirada por encima de su hombro derecho—, la puerta está detrás de él, en la pared que queda a su derecha. No puede verla sin volverse.

«Llama a la Central y dice “Las Dunas, chalet de Ireton”. No tiene tiempo de llegar más que hasta aquí cuando mira por encima de su hombro, en esta forma. Ve la puerta abierta. Ve lo que usted trae en su mano. Vuelve a hacer girar velozmente el disco del teléfono y grita “¡Socorro!”. No tiene tiempo para decir más antes de que usted, dando uno... dos... tres... pasos rápidos le aloja una bala detrás de la oreja derecha».

Hubo un silencio.

Con la imaginación, Fred Barlow oyó el tiro.

Pero en la actualidad él no oyó nada hasta que Graham hizo crujir la silla giratoria al volverse para mirarlos de frente.

—Así es como pudo haber sucedido, señor. Usted me disculpará todos estos deslices. Es una simple reconstrucción. Yo necesitaba verlo. Y que me condene si no lo veo así.

La expresión de Graham era sombría y firme. El magistrado Ireton asintió con la cabeza, como si viera la fuerza de su reconstrucción. Pero había una arruga entre sus cejas.

—Inspector —dijo—, ¿usted me ha defraudado!

—¿Cómo? ¿Yo no pretendo ser un Sherlock Holmes, señor! No soy más que un policía rural con un montón de líos entre mis manos. Al mismo tiempo...

—No era esto lo que yo quería decir. Quería decir que nunca pensé que tuviera usted tan baja opinión de mi inteligencia.

—¿Cómo?

—Si yo fuera en realidad a cometer un asesinato, ¿piensa usted, con toda honradez, que lo llevaría a cabo en una forma tan tosca? ¿Lo cree usted así?

El juez parecía sinceramente interesado. Pescó sus gafas en el bolsillo, y se las puso.

—Según su análisis, este crimen no fue cometido bajo el espolazo de una situación imprevista. Fue premeditado. Yo tuve al menos veinticuatro horas para planearlo.

»Invité a este hombre a mi casa. Me procuré un revólver. Le disparé aquí. Me senté, con el arma en la mano, y esperé que usted viniera y me descubriera. Inventé una historia que, si fuera mentira, un niño de seis años podía haberla hecho más convincente. Sin embargo, yo soy un veterano en estas lides, ducho en los caminos de la prueba. —Guiñaba y volvía a guiñar sus ojos—. ¿Tanto daño le hice, realmente, como para tener semejante ansia de verme colgado?

Cruzó una gran sombra interceptando la luz postrera que pasaba por las ventanas.

Cuánto tiempo había estado allí aquella sombra, no podría decirlo nadie, porque no la advirtió ninguno hasta que se movió. El doctor Gideon Fell, que parecía haber estado mirando algo por el tejado, volvió el picaporte de una ventana y entró todo atolondrado.

Respiraba con dificultad y tenía aire de estar poderosamente azorado.

—Llega usted tarde —le dijo el magistrado Ireton.

—Sí. Yo... temo que sí.

—Acabamos de estar reconstruyendo el crimen. ¿No le molestaría agregarse a nosotros?

—No, gracias. —La voz del doctor era apresurada—. He visto lo que venía a ver. Eh... inspector. Hay un joven agente abajo en la verja en un estado de gran misterio y agitación, que pregunta si puede cambiar unas palabras reservadamente con usted.

—¿Bert Weems?

—Sí, ese chico que estuvo aquí la noche pasada. Señor Barlow, la señorita Tennant se ha ido para casa. Me pidió que le dijera a usted que no se olvide de la reunión de natación de esta noche en el hotel Esplanade. Ah, inspector, otra cosa. ¿Cuando registró usted esta habitación, no encontró por ninguna parte un poco de goma de mascar, verdad?

—¿Un poco de qué, señor?

—Goma de mascar —repitió el doctor Fell mascando con sus mandíbulas por vía de ilustración; pero con una cara tan seria que todos se contuvieron sin hacer comentarios.

—No, goma de mascar, no.

—No —dijo el doctor Fell despacio—. Yo no esperaba que la encontrarán. No quiero molestarles a ustedes más tiempo. Voy a intentar el nunca visto experimento de ir a pie a mi casa. Ánimo.

Se quedaron contemplándolo mientras cruzaba la pradera con dificultad, a causa de su pesado volumen.

El inspector Graham parecía estar sobre ascuas.

—Discúlpenme medio minuto —les dijo a los demás—. Voy a ver lo que quiere Bert.

Salió presuroso adentrándose en las sombras del crepúsculo, que se lo tragaron, y la ventana quedó abierta. De un modo confuso, por encima del oleaje del mar, podían oír el trepidar del motor de una motocicleta, estacionada en la carretera.

El magistrado Ireton, con las manos cruzadas sobre su estómago, estaba sentado tan tranquilamente que Fred se sobresaltó al oír la nota apremiante de su voz cuando habló.

—Ése debe ser el caballero bien vestido que Graham envió a Taunton. Frederick, ¿querrías hacerme un favor?

—Naturalmente, si es que puedo.

—Tú tienes un paso como un piel roja. Y la luz es escasa. Mira a ver si puedes llegar lo bastante cerca para oír lo que están hablando, sin que te observen. Por amor de Dios, no discutas mis órdenes. Ve.

Fue una de las pocas veces en su vida que oyó a Horace Ireton usar una locución bíblica.

Fred Barlow dejó el chalet por la puerta de la cocina, y dio un rodeo por un lado de la casa. El suelo arenoso apagaría el sonido de las pisadas. Orillando la cerca de un costado, se dirigió a la carretera.

La motocicleta del policía Weems, con el *side-car* vacío, la habían subido a rastras hasta la verja. Weems, con un pie en tierra, se dirigía a Graham y al doctor Fell. Ellos no podían ver a Fred en el ángulo exterior de la cerca. Pero, toda vez que tenían que elevar la voz sobre el trepidar del motor, Barlow podía oírlos claramente.

—Inspector —fue la primera palabra que oyó—, inspector, los hemos cogido.

—¿Qué quiere usted decir con «cogido» —gruñó Graham—, de qué está hablando usted?

—Escuche, inspector. Usted me envió allí para ver a la señorita Ireton, para nada importante, al parecer. Usted se había olvidado de preguntarle si podía identificar el revólver. De manera que me mandó usted para que yo lo hiciera. Me dijo que podía llevar a mi chica conmigo. ¿Lo recuerda?

—Lo recuerdo, ¿qué hay con eso?

—Bien, escuche, inspector. Mi chica es Florence Swan, de la Central telefónica.

—Ya sé quién es. Y usted le dirá de mi parte que si vuelve a llamarlo al puesto otra vez, donde usted está cumpliendo con su deber...

—Espere un momento, inspector. ¡Espere! La señorita Ireton no pudo identificar el arma. Pero Florence la identificó a ella. Florence identificó su voz.

—¿Eh?

—Escuche. La noche pasada, cerca de diez minutos antes de que la llamada de «socorro» viniera desde el chalet, Florence atendió otra llamada. Era de una mujer telefoneando desde una cabina pública; quería conseguir una comunicación de pago sin tener dinero.

—¿Bien? ¿Quiere hacer callar ese condenado motor, o es que no puede?

Weems lo hizo. El silencio, excepto el romper del agua en la orilla del mar,

descendió con calma soporífera y la voz de Weems se elevó en medio del mismo.

—La única cabina pública que hay —dijo— está en la Senda de los Enamorados, a unos trescientos metros de aquí. En lo alto del viejo edificio público, junto a las casas modelo. ¿Sabía usted que hay un teléfono público allí?

—Sí.

—No hay duda acerca del lugar; porque, cuando esta señorita dijo que necesitaba conseguir una comunicación para Taunton, Florence le dijo «¿Cuál es su número, por favor?». La señorita contestó: «Tawnish 1818». Lo que es exacto. Yo acabo de subir para verlo.

La amplia silueta de Graham pareció ponerse repentinamente alerta.

—Siga, Bert —dijo.

—¡Ah! —Weems respiró con satisfacción—. Llevó cuatro minutos conseguir la comunicación con Taunton. Luego Florence dijo: «Aquí está su número. Deposite cinco peniques, por favor. Luego apriete el botón A y hable». La señorita se subía por las paredes, según dijo Florence y su voz sonaba como la de una fiera, pero ahora estaba aún peor. Decía que había salido sin su bolso y que no tenía dinero. Decía si no querría Florence darle la comunicación, y que le pagarían en el otro extremo de la línea.

»Florence intentó explicarle que ella no podía hacer esto; que a no ser que se introduzca la moneda, no se puede apretar el botón A y la conexión no puede establecerse. La señorita no quería creerla. Parecía pensar que todo lo que Florence tenía que hacer era empujar una palanca o algo por el estilo, y la comunicación se produciría.

»El resultado fue que se enredaron en una discusión, armaron una jerga infernal y transcurrieron más de tres minutos antes de que Florence cortara.

Inspector, el número a que esta señorita quería llamar era Taunton 34955, es la casa de la señorita Tennant. Y la que llamaba era la señorita Constance Ireton».

Weems se detuvo para tomar aliento.

El inspector Graham contempló al doctor Fell, y el silencio de ambos era bien elocuente. Fue Weems quien explicó:

—Ahora, mire, inspector. La señorita Ireton llamó primero a la Central a las ocho y veinte...

Graham encontró su voz.

—¿Está su Florence segura de esto?

—Lo declarará por escrito, inspector.

—Siga.

—Necesitaron cuatro minutos para conseguir la comunicación con Taunton. Luego tres minutos y algo más mientras ella y Florence discutían. Esto significa que eran las ocho y veinte cuando la señorita Ireton entró en la cabina, y las ocho y veintisiete, por lo menos, cuando la dejó. Esta cabina telefónica de la Senda de los Enamorados está a sus buenos trescientos metros de este chalet.

—Eso es —convino Graham ásperamente.

—¡Ah! ¡Y todavía mire lo que ella nos dijo! Que estuvo aquí frente al chalet todo el tiempo. Señor, ¡ella no pudo haber estado! No pudo haber visto ninguna de las cosas que dice que vio. Lo más que podía haber hecho sería venir a pie hasta aquí de vuelta... por la carretera principal; o puede ser que por la carretera de atrás, con el tiempo justo para oír el tiro disparado a las ocho y media.

Weems no pudo terminar. Su voz estaba llena de un asombro casi reprochable.

—Esta señorita está mintiendo —añadió—. ¡Esta señorita está mintiendo!

El inspector Graham asintió con la cabeza.

—Bert —dijo—, nunca ha dicho una palabra más cierta. Nunca dirá una palabra más cierta, hasta que venga a atestiguar en el juicio. Esta señorita está mintiendo.

XIV

—«NAVAJA de bolsillo» —gritó el joven rubio tan pronto como su cabeza emergió del agua y apartó de una sacudida el cabello que le caía ante los ojos.

Gritos de burla devolvió el eco en las concavidades de las paredes.

—Eso no es una «navaja de bolsillo», no seas asno —vociferó alguien—. Una zambullida de navaja es cuando se da una vuelta doble y se tocan los dedos de los pies en medio del aire, y se vuelve a enderezar uno antes de entrar en el agua. Lo que tú hiciste fue una especie de remolino, lo que no significa absolutamente nada.

—Yo te digo que fue una «navaja de bolsillo» —dijo el joven poniéndose truculento. Tenía la cara roja. Intentaba alzarse por medio de la barra que rodeaba el interior de la piscina, y volver a tirarse.

Una muchacha, con traje de baño rojo, intervino pacificadora.

—Está bien, querido. Fue una «navaja de bolsillo». Ven y toma una copa.

—¡Ah! ¡Siempre tienes algo que hablar! —dijo el atleta—. Nunca hice una «navaja de bolsillo» mejor, —añadió soplando burbujas en la superficie del agua.

La piscina del hotel Esplanade es de unos veinticuatro metros de largo y su elevación y altura proporcionales. Sus muros son de bien ajustados paños de espejos, el piso es de mosaico de mármol. El agua, de tinte verdoso, hace temblar ondulantes los azulejos blancos de la piscina con movilidad continua. Y el espacio que rodea la piscina es considerable, y se usa como lugar de reposo, con sillas de playa de brillantes colores y mesas alineadas a lo largo de las paredes cubiertas de espejos.

Desde allí, puertas dobles abiertas de par en par, conducen al bar americano, que presenta a la vista botellas de colores brillantes detrás de un mostrador de vidrio esmerilado. Otra puerta, en la misma pared, conduce a un invernáculo subterráneo, calentado e iluminado artificialmente.

La dirección era tolerante, los camareros diligentes. En plan distinguido, cualquier persona conocedora de lo que son los *cocktails* no podría desear un lugar más ideal para una fiesta.

Algo así iba en aumento, a las nueve y media, cuando llegó Fred Barlow.

Eran trece invitados, siete señoras y seis caballeros, que estaban sentados, echados o nadando. Iban desde el muchacho muy joven con gusto por las zambullidas de fantasía, a la señora de mediana edad, una remota tía política de Jane, que se suponía autorizaba la reunión y sobre quien una mirada más atenta descubriría que era ella la que tenía que ser cuidada por Jane. Los trajes de baño de las muchachas eran de todos colores y modelos, y no se distinguían por su gazmoñería. Algunos invitados llevaban salidas de baño de pesada felpa; pero esto no se observaba en el caso de las muchachas con buena figura.

Fred, en medio de aquella atmósfera clara, cerrada y retumbante, estaba aturdido por los ruidos. Voces y ecos lo herían: desde el eco de las risas hasta el hueco y fino de un chapuzón.

—Tony debería estar aquí —decía una, rubia y flaca, con apariencia de alcohólica, que llevaba un traje de rayas azules.

—¡Pobrecito Tony!

—¡Chist!

—No importa. Connie no está aquí. No quiso venir.

—¡Mozo! ¡Eh, mozo!

—¿Te gustaría verme hacer ahora una zambullida de cisne?

—No, querida.

—A mí, sí, para ver gozar a los jóvenes —decía la tía de Jane—. En mi, ¡hip!... Perdóname, querido, en mis tiempos era todo tan distinto...

La mezcla de voces y de ecos lo envolvían. Se sentía demasiado consciente de sus ropas de calle, De pronto descubrió a Jane.

Ella lo vio al mismo tiempo, y vino hacia él. Llevaba un traje de baño amarillo de muy buen gusto. Acababa de salir del agua, y tenía puesta una gorra de baño de goma, amarilla también, que se sacó para sacudir el pelo, recogió una salida de baño de una silla y se envolvió al tiempo que él la alcanzó.

—Lamento haber llegado tarde.

—¿Qué dices, Fred?

—Digo que lamento haber llegado tarde —dijo él dando alaridos para dominar la confusión.

—¡Oh, no importa! Dijiste que podrías venir, pero creí que no vendrías. ¿Has comido algo?

Él reflexionó.

—Sí, creo que sí. Un emparedado o algo por el estilo. Jane, yo no quiero ser un aguafiestas, pero ¿puedo hablarte un minuto a solas?

—¿Hay complicaciones otra vez?

—Me temo que complicaciones muy serias.

Ella dudó.

—Pareces mortalmente inquieto —dijo—. ¿No puedes esperar cinco minutos? ¿Por qué no tomas antes una copa y te das una zambullida en la piscina primero? Te hará bien.

La proposición era tentadora. Podría al mismo tiempo estirarse y aflojar la tensión, y había traído su equipo.

—¡Hazlo! —apremió ella—, yo te traeré una bebida mientras te cambias. Los vestuarios están fuera, en el vestíbulo, por donde entraste. Ya verás el rótulo.

—Perfecto.

Mientras se cambiaba reflexionaba él que, aunque era más bien un tipo flaco y no un rubio Apolo, sin embargo no había nada que objetar de sus hombros y pasaría mucho tiempo antes de que tuviera señales de barriga.

Jane estaba esperándolo con una mezcla de ginebra cuando volvió. Bebió y se sintió mejor; no mucho, pero más humano. De repente dijo:

—¿Dónde está Connie? Aquí no está. Oí a alguien que decía eso.

—No, no quiso venir. Está en mi casa; probablemente se fue a la cama. Si viniste sólo para verla, lamento tu mala suerte.

—No está en su casa —dijo él—. Nosotros no sabemos dónde está. La policía todavía la anda buscando.

—¿La policía?

—Sí, permíteme un momento.

Había dos trampolines para tirarse, uno alto al final de una escalerilla y otro un poco por encima del nivel del agua. Fred escogió el más bajo y saltó, zambulléndose de modo que le permitiera estirarse. Sintió el crujido y el chasquido del borde de la tabla cuando se descargó de él, el remontarse en el aire, abrir, cerrar y abrir; luego la alegría y equilibrio de enderezarse, la caída profunda con los talones no demasiado lejos de la superficie y cómo el agua se cerraba a su alrededor.

Notó el frío agradable del agua, dio vuelta a las manos hacia arriba y se sintió flotar en un verde crepúsculo, con dilatadas líneas ondulantes de azulejos blancos.

Sintiéndose calmado y casi adormecido, se dejó ir hacia la superficie lanzándose a nado hacia la baranda, con lentas y perezosas brazadas.

Casi la había alcanzado cuando se quedó atónito al oír el clamor que parecía haberse desenfrenado.

—¡Eso fue «una navaja de bolsillo»!

—¿Qué pasó?

—¡Eso! Lo que acaba de hacer ese chico.

Una cara colorada y truculenta apareció sobre la cabeza de Fred, contemplándolo.

—¿Es por verme hacer «uno y medio»? —Echaba una mirada de reojo—. ¡Desde el trampolín alto! —añadió.

—Hugo —decía una muchacha con traje de baño rojo—, no seas asno. ¡Vas a romperte esa estúpida cabeza!

Quienquiera que fuese, Hugo trepó instantáneamente por la escalerilla al trampolín más alto.

—«Uno y medio» —anunció y se arrojó por el aire.

Cuál sería la complicada maniobra que él creía estar llevando a cabo, quizá ni siquiera era clara para sí mismo; y no lo fue, por cierto, para los espectadores.

La única interrogante en cualquiera de las cabezas era si aterrizaría de cara o de plano sobre la espalda. No quedaron mucho tiempo en duda.

Aterrizó de plano sobre la cara, con un hueco chapoteo que hizo volar las salpicaduras hasta los espejos de las paredes. Arrancó de varios de los observadores un aullido de gozo, que al instante se convirtió en un silencio de consternación.

Hugo flotaba suavemente bajo la superficie con la cara hacia abajo, pero vuelto sobre un costado. No se movía, sino por el movimiento del agua. No se sintió un ruido en el gran vestíbulo hasta que una muchacha gorda gritó.

Un joven pianista de pelo en pecho se sumergió y lo arrastró fuera. Lo dejaron

chorreando en el empapado mosaico del suelo, y abandonaron sus bebidas para agruparse a su alrededor. Tenía una ancha marca rojiza en la frente.

—Está perfectamente —anunció una voz con alivio—, aunque sin conocimiento este estúpido asno. Se golpeó la frente contra el agua. Dadle un poco de coñac.

La tía de Jane gemía y demostró su caridad cristiana dándole de su propio coñac.

—¿No creen ustedes que debemos echarle un poco de agua encima? —preguntó la muchacha gorda.

Consideraron buena la idea, así que lo sacaron de la piscina y volvieron a rociarlo con agua.

Jane y Fred estaban a cierta distancia, separados de los demás. Este último, secándose la cara y la cabeza con una toalla, miraba a Jane de reojo. Estaba sentada en una silla de playa, con la salida echada hacia atrás, las manos sobre las rodillas y su cara era una imagen del sufrimiento.

Él no había visto nunca a la competente y capaz Jane Tennant con tal aspecto; no sabía que pudiera sentir en semejante forma.

—Nunca traje suerte a nadie, ¿verdad? —preguntó Jane.

La comprendió. La cara blanca y débil del joven, sin conocimiento y tirado en el suelo, le trajo a las mientes el recuerdo de otra cara blanca y débil.

—Salgamos de aquí —dijo él.

—Sí —dijo Jane furiosa—. ¡Sí, sí, sí, si!

Se calzó las sandalias, y puesto que todos los demás estaban discutiendo alrededor de Hugo, nadie —hecho que más tarde demostraría tener importancia— se apercibió de que se iban.

Estirando su salida, siguió el camino que rodeaba la piscina y abrió la puerta de vidrio que conducía al invernáculo. Una vez dentro, Jane volvió a dudar.

—¿Crees que debo dejarlos?

—El bar y la piscina no se cierran hasta las once. Aún son las diez. Ellos estarán perfectamente. Hay una o dos cosas sobre las que tengo que hablar contigo. Dos cosas en particular. Ven.

Él invernáculo era muy largo y algo estrecho, dividido en secciones por paredes, entrepaños y puertas con vidrios opacos de colores. Su atmósfera estaba pesada con la cantidad de plantas y helechos; el piso era también de mosaico de mármol. Barlow la condujo hasta la última sección, y cerró la puerta. Protegidas todo alrededor por filas de helechos, había algunas sillas de mimbre, una mesa y un banco, en un pequeño espacio abierto.

Ninguno de ellos se sentó.

—¿Sí? —preguntó Jane—. ¿Cuáles son esas dos cosas de las que tenías que hablarme?

—La primera es Connie. Tenemos que encontrarla antes que la policía. ¿Crees que se habrá vuelto a Londres?

—Yo no lo sé, pero no me parece. No hay tren, y nosotros utilizamos ahora todos

los automóviles. ¿Por qué? ¿Por qué tenemos que encontrarla?

—Jane, Connie ha estado diciendo una serie de mentiras, y lo descubrieron todo.

—¿Qué mentiras?

—Espera. Ahora dime, ¿estabais en casa anoche hacia las ocho y veinticinco?

—¿Por qué preguntas eso? —Su voz era incisiva.

—Esto es una parte del asunto. ¿Estabais?

—No, yo estaba en camino para ir a ver al doctor Fell. ¿Por qué?

—Porque Connie trató de comunicarse por teléfono con tu casa desde la cabina pública de un lugar llamado la Senda de los Enamorados... que queda a cierta distancia del chalet del juez. La operadora asegura haber acudido alguien en el otro extremo. Si logran probar que esa llamada fue para tu casa y que era Connie la que hablaba, está en mala posición. ¿No recuerdas algo sobre una llamada, verdad?

—No, nada digno de tomarse en cuenta. Pero ahora que recuerdo, Annie dijo esta mañana que hubo una llamada de Tawnish y que no pudo llegar a establecerse la comunicación.

—¡Así es!

—Pero Fred, ¿esto significa...?

—Que Connie no pudo estar junto al chalet a las ocho y veinticinco, ni en ningún lado cerca de allí. No pudo haber visto llegar a Morell. Está mintiendo; y ellos ya tienen sospechas bastantes contra el juez. Esto puede inclinar la balanza.

—Comprendo —dijo Jane lentamente. Levantó la vista—. ¿Cuál era la otra cosa de la que querías hablarme?

Se encararon más como duelistas que como amigos.

Había mucha quietud en el pequeño cercado; una cálida, pesada y opresiva quietud. Las luces eran de tal palidez y melancólica blancura que parecían ruborizadas, y no hacían más que intensificarla. Estaban alejados de todo, en un rinconcito, fuera del mundo, entre plantas y opacos vidrios de colores.

—Esto —dijo él— es la otra cosa.

Se acercó a ella. Le echó un brazo por los hombros, y rodeó su costado izquierdo. Le inclinó hacia atrás la cabeza y la besó, con mucha fuerza, en los labios.

XV

ELLA respondió, pero sólo superficialmente, como quien cumple un deber social. Con las manos en los hombros de él, quedaron enlazados sencillamente. Después de un momento lo empujó para apartarlo, echó la cabeza hacia atrás, lo miró a los ojos con firmeza para juzgarlo y le dijo sosegadamente:

—¿Por qué has hecho eso?

Él habló, o intentó hablar, con la misma calma.

—Porque estoy enamorado de ti. Lo mismo da que lo sepas ahora que más tarde.

—¿Lo estás, o es sólo que te figuras que lo estás?

—¡Oh, por Dios, Jane!

—¿Y Connie?

—Creo que todo acabó la noche última. Nunca estuve enamorado de Connie. Connie... desapareció.

—¿Precisamente cuando ella te necesita?

Él dejó caer sus manos, se echó hacia atrás, comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa; primero con calma y, luego, con creciente violencia.

—No es que yo me vuelva atrás con esto. Quiero mucho a Connie. Todavía lucharé por su causa, todavía la guiaré y tomaré sus cargas sobre mí. Pero no es lo mismo. Esto es diferente. Tú sabes bien lo diferente que es. Esto es todo lo quería decirte. Lamento si te he ofendido.

—¿Ofenderme? —dijo Jane con la cara echando llamas—. ¡Ofenderme! —Extendió las manos hacia él—. Ven aquí, querido mío. Ven aquí, ven a mí un momento.

Él la miró, y luego dio vuelta a la mesa. Los dos respiraban aceleradamente. Era un contraste con su conversación en voz baja, estudiada, casi entre dientes, Pero cuando él le tocó la mano, y volvió a rodear sus hombros con el brazo, cambió su estado de ánimo convirtiéndose en algo cargado de violencia.

Unos cinco minutos más tarde, dijo Jane sin aliento:

—¿Sabes tú que esto es positivamente indecente?

—¿Te preocupa?

—No. Pero si alguna gente del hotel hubiera...

—¡Oh! ¡Déjalos!

Cinco minutos más tarde, cuando, en una forma que ni uno ni otro pudieron recordar después, se encontraron sentados en el banco de mimbre, Jane se soltó y volvió a sentarse.

—Esto tiene que parar. Siéntate allí. ¡Por favor! Sepárate.

—Pero si tú...

—En cualquier parte. En cualquier momento —dijo Jane—. Siempre. Para siempre. Pero no ves... —Ella se apretaba la frente con las manos—. Siento que en alguna forma estoy portándome mal con Connie. Sé que en realidad no lo quiero; y,

sin embargo, es lo que siento.

Esto lo serenó a él algo.

—Y ahora ella está pasando por un momento difícil —prosiguió Jane—. ¿Por qué? Sólo por intentar proteger a su padre. Esto es muy de alabar en ella. Fred, no *podemos*. Mientras ella está... No. No, siéntate donde estás. Dame un cigarrillo.

Había un paquete en el bolsillo de su salida de baño. Su mano temblaba al sacarlos y desmañadamente prendió un fósforo. Las mejillas de Jane tenían brillantes colores; pero su mano estaba firme cuando aceptó el cigarrillo y lo encendió.

—Fred, tengo que hacerte una confesión. Yo puedo identificar ese revólver.

Él apagó el fósforo con una sacudida y lo tiró al suelo.

—Es decir —se corrigió ella—; últimamente aún no lo he identificado para la policía, pero sé positivamente que es el mismo. Es el Ives-Grant 32 que la pobre Cynthia usó contra Morell hace cinco años.

Fred estaba pendiente de sus palabras.

—¿Pero esa muchacha Lee no sería...?

—No; yo no creo que Cynthia lo haya hecho sólo por causa del revólver. Fíjate que ella no está en posesión del arma. Antes del juicio fue escamoteada por un hombre llamado Hawley, el señor Charles Hawley. Él lo ocultó poniéndolo entre una inmensa colección de armas que tiene por todas las paredes de su piso, donde nadie lo descubrió.

Jane se interrumpió porque la expresión de su compañero era extraña. Fred habló con penosa claridad.

—¿Dijiste el señor Charles Hawley?

—Sí.

—¿El que acaba de ser nombrado juez? ¿El magistrado Hawley?

—Así es.

—Cuando él fue ayer a Londres —dijo Fred formando las sílabas cuidadosamente—, Horace Ireton tomó el almuerzo con su antiguo amigo, el señor Charles Hawley, en el piso de éste. Así le dijo al inspector Graham la noche pasada.

Hubo un silencio.

—¡Taimado del viejo diablo! —murmuró Fred, con una comprensión creciente no exenta de admiración—. Le robó esta arma del piso al anciano Hawley. Éste fue el abogado de Cynthia Lee en el juicio, ¿no es cierto? Lo recuerdo ahora. ¿No ves la belleza del esquema? A Horace Ireton no le preocupa mucho que ellos intenten seguirle la pista a este revólver. Aunque dieran con el rastro del señor Charles Hawley, aunque lo encuentren, Hawley tendrá que jurar que no proviene de su colección y que él no lo vio antes nunca, porque no puede confesar que estaba ilegítimamente en posesión de las pruebas que ilegalmente suprimió en el juicio de Lee.

Fred hizo una pausa y añadió:

—¡El taimado viejo del diablo! ¿Sabes, querida mía, que temo un poco porque lo

sepas?

Miró alrededor.

—Tú no has hablado de esto con nadie más, ¿verdad?

—Sí. Yo... yo se lo dije al doctor Fell antes de haber oído que Morell estaba muerto. Esto es, describí el revólver de Cynthia.

Ella repitió algunos detalles de la relación que le había hecho al doctor Fell la noche anterior.

—Pero yo todavía no lo comprendo del todo —concluyó, y se ciñó su salida de baño más estrechamente—; aunque el señor Charles no lo identifique, supón que algún otro lo hace; la misma Cynthia, por ejemplo, o yo...

—¿Podrías tú *jurar* que es el mismo revólver?

—No, no.

—¿No fue la defensa de Lee en el juicio que tal revólver no había existido?

—Sí.

—Bien; Cynthia Lee no puede salir ahora y decir: «Sí, ésta es el arma que usé hace cinco años». Ni tú tampoco, a no ser que quieras traerle más disgustos a ella. El señor Charles Hawley diría solamente que todos estabais poniendo los puntos sobre las íes en alguna forma. No. Horace Ireton tiene coartada para todo. Ellos jamás adivinarán de dónde lo sacó.

—Yo creo que el doctor Fell lo adivinó, sin embargo.

Fred cavilaba.

—Si lo hizo, por cierto no se lo ha mencionado a Graham. Lo cual es otro problema. Si lo adivinó, ¿por qué se lo guarda?

—¿Quizá porque aún no cree que el juez es culpable? ¿Te parece?

—Contra todos los dictados de la razón —replicó Fred después de una pausa—, contra todos los dictados del sentido común, no. Yo no lo creo.

Se enderezó sobre sus pies. Plantóse delante de ella y la miró.

En los ojos de Jane había una felicidad un poco primitiva. Sus labios estaban medio sonrientes, pero cuando él intentó acariciarle las manos, ella lo retiró.

—¿No podríamos olvidar todo esto? —dijo él.

—No. Tú sabes que no podemos. Ni por un minuto. ¡No! ¡No! ¡No! ¡Yo no quiero!

—Tardé mucho tiempo en encontrarte, Jane.

—Tenemos muchísimo tiempo por delante.

—Me gustaría saberlo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó ella rápidamente.

Arrastrada por la corriente, nunca demasiado lejana desde la noche anterior, la mancha negra que podía nublar su frente volvió otra vez. Desde entonces parecía haberse extendido como tinta. Lo tragaba como un abismo. Ahora todo era peor, porque Jane estaba tan cerca.

—Ésta parece ser la hora de las confesiones —le dijo—. Así que quizá será mejor

que yo te haga la mía.

Ella sonrió.

—¿Es sobre otros asuntos de amor?

—No. Nada por el estilo. Jane, yo creo que quizá maté a un hombre ayer a la noche.

El silencio cálido y espeso del invernáculo creció hasta ser un bramido en sus oídos. Él seguía de pie, mirándola con ojos fijos y nada sonrientes. Para Jane, que era extremadamente feliz, las palabras llegaron antes que la comprensión; y luego, así que él meneó la cabeza, sintió como un golpe bajo el corazón.

Se humedeció los labios.

—¿No...?

—No. —Su voz era firme; la voz lenta, agradable, abaritonada, que podía hacer sonar sincera en los juicios—. No, Morell, no. Esto no está sobre mi conciencia, al menos.

—¿Entonces quién?

—Black Jeff. Lo atropellé con mi automóvil.

Ella medio se levantó, pero volvió a caer gradualmente.

—¿Ese vagabundo?

—Sí. Yo le dije a Graham algo sobre eso hoy. Pero no se lo dije todo.

Jane apartó su cigarrillo apresuradamente y lo dejó en el suelo de mármol. Luego estiró la salida de baño a su alrededor y metió sus piernas debajo. Lo miró a la cara con toda la fuerza de su simpatía natural. La expresión de él era un arcano; por primera vez no lo entendía, le tenía un poco de miedo.

—De manera que —murmuró— ¿era por eso por lo que tenías un aspecto tan raro en el almuerzo, cuando te estuvieron preguntando por él?

—¿Tú te diste cuenta?

—Yo noto todo lo que te concierne, Fred. Dime ¿qué sucedió?

Él hizo un gesto.

—Bueno, Jeff salía haciendo eses del Sendero de los Enamorados y cayó redondo delante de mi coche...

—¿Fue un accidente, entonces?

—Sí. Oh, yo no corro gran peligro de ir a parar a la cárcel, si es eso lo que quieres decir. Pero escucha. Me bajé para examinarlo y lo llevé hasta el otro lado de la carretera; tal como te lo digo. Volví a mi coche para coger una lámpara, tal como te lo digo; y, también tal como te lo digo, cuando volví con la lámpara, él se había ido.

—¡Pero mi querido Fred!, si el hombre estaba malamente herido, de seguro que no se levantó y se fue andando. No puede haber estado mal herido.

Fred habló con calma.

—No me pidas que entre ahora en detalles. No son agradables. Todo lo que puedo decir es eso. Yo sé, de una manera evidente, porque lo vi, que el pobre viejo Jeff tenía una herida de la que poca gente puede sobrevivir. Yo iba a comunicarle la noticia a

Weems, cuando él subía a toda velocidad, en su moto. De hecho, comencé a hacerlo; pero él me empezó a contar el otro asunto...

—¿Y esto te lo quitó de la cabeza?

—Sí. Así que me siento culpable de dejar marchar a Jeff y morir sin detenerlo, y sin decírselo a nadie. En frío y cándidamente, yo no me proponía hacerlo; y desafío al Ángel Juzgador a que me lo pruebe en contra en un juicio público. Pero es un infierno hacer una cosa así. Produce pesadillas.

—¿Bien? —preguntó Jane tras una pausa.

—¿Bien qué?

—¿No te sientes mejor? —dijo Jane sonriente.

Barlow se pasó la manga de su salida de baño por la frente.

—Sí, ¿sabes?... ¡por Dios que lo estoy!

—Siéntate a mi lado —dijo ella—. Tú necesitabas hablar con alguien, pronunciar discursos. Absorbiste tan bien las enseñanzas de Ireton que en unos cuantos años más estarás tan relleno de borra como la cabeza de anta que hay en la sala del juez. Dices que este Black Jeff se levantó y se fue andando; y yo digo que él no podía estar muy herido. ¿Estás seguro siquiera de que tu auto lo atropelló?

Él se volvió algo excitado.

—Ésta es la parte cómica. Al principio yo podría jurar que no le había tocado. Pero luego, cuando vi...

—Estando aquí —dijo Jane— puedes besarme.

En ese momento con un profundo suspiro, Fred volvió a sentarse y asumió un aire un poco dictatorial.

—Del domingo inglés —declaró— se han hecho burlas y dicho malignidades durante muchos años. Su estupidez ha sido objeto de ataques, inspiró más baratas agudezas que ninguna institución, excepto las suegras y la Real Academia. Este mal concepto, digo yo, es monstruoso. Voy a escribir un ensayo y publicarlo. Si la noche de este domingo ha sido estúpida... Querida mía, todo lo que yo puedo observar, con debida moderación...

Se paró, porque ella se había enderezado en el asiento.

—¿Que hoy es domingo? —exclamó.

—Así es. ¿Qué importa?

—¡Domingo! —dijo Jane—. El bar y la piscina de natación no se cierran a las once. Se cierran a las diez. Todos los sirvientes se van. ¡Y ahora deben ser cerca de las once!

Él lanzó un silbido.

—¿Así que deben haber echado a todos tus huéspedes para casa hace mucho? —observó no sin cierta satisfacción.

—Pero Fred, querido mío, si no podemos conseguir nuestras ropas...

—Personalmente, mi hechicera (sí, digo hechicera) es una perspectiva que no puede helarme la sangre. Yo no veo una necesidad urgente de más ropas que las que

llevamos ahora. Al contrario, como observó alguno; pero eso sólo lo digo de paso.

—No te preocupes. Haremos huir a alguien. Vamos.

Cuando él pensó más tarde en ello, no recordaba ver luces en otros lugares del invernáculo durante hacía algún tiempo. Empujó la puerta de vidrios opacos de la otra sección y la abrió.

Oscuridad.

Todas las demás puertas estaban abiertas en toda la extensión del invernáculo, y la oscuridad lo hacía semejar cosa de aparecidos. Bajando hacia el final, en dirección del vestíbulo de natación, brillaba el vago resplandor de una luz.

Pasaron a tientas, los tentáculos desagradablemente peludos de las plantas les rozaban la cara y salieron al vestíbulo de atrás de la piscina. Únicamente una lucecita ardía ahora arriba, en el centro de la gran bóveda; seguramente la dejaban encendida toda la noche.

Sus reflejos parecían puntas de alfiler en los sombríos espejos que quedaban en la oscuridad y temblaban en las aguas ligeramente agitadas de la piscina, de un verde opaco. Se destacaban confusamente las filas de sillas de playa y las mesas, veladas por sombras. Todas las cosas parecían arregladas, barridas, frías y ligeramente siniestras. Las puertas del bar americano estaban cerradas con llave. Fred probó la puerta grande de acceso al vestíbulo, a los vestuarios y a las escaleras que conducían arriba. También estaban cerradas.

—Asunto concluido —dijo en alta voz.

El sonido de su voz se elevó y volvió atrás, rodando huecamente por la concavidad de mármol. «Asunto concluido» murmuró un eco distintamente desde un lado de la cúpula.

Jane empezó a reír, lo que se repitió con grotesco efecto por una voz desviada que bajaba desde la bóveda.

—¿Crees que no podremos salir?

—Podemos intentar golpear en la puerta. Pero esta sala es subterránea; y el hotel no está de temporada, lo que equivale a clamar en desierto. Y en la misteriosa ciudad de Tawnish se van a la cama temprano. Sin embargo, allá va.

Trató de golpear la pesada puerta y de gritar. Después de hacerlo cinco minutos seguidos, no había conseguido otro resultado que un ruido tan enervante y continuado de ecos, que Jane le suplicó que parase.

Se miraron, y los ojos de Jane resplandecieron.

—Bueno, supongo que hay lugares peores —suspiró ella—. Sin embargo es una lástima que ocurra esto en nuestra *primera* noche.

—Contigo en cualquier parte, mi hechicera, sería un paraíso. Pero yo tengo poderosas objeciones románticas en contra de que nos congelemos sobre un suelo de mármol, o entre una masa de siemprevivas. ¡Espera! —dijo reflexivo—. Acabo de preguntarme...

—¿Qué?

—¿Por qué dejaron aquella luz en el sitio donde estuvimos? No por consideración a nosotros. Por la misma razón que quedó ésta; es una luz para toda la noche. ¡Ya lo tengo! Aquél es el extremo más apartado del invernáculo. Me parece recordar que allí hay una puerta. Si está abierta, conduce a una escalera que tiene que dar a la sala principal de descanso de arriba, por la parte de atrás.

—¿Probamos?

—Voy a intentarlo. Tú quédate aquí. A pesar de lo que te digo, no voy a hacerte desfilar por el vestíbulo del hotel Esplanade con este equipo. Si por casualidad está la puerta abierta, subo yo y volveré a bajar por éste de aquí, y podrás salir dentro de breves instantes.

—Perfectamente. No tardes.

Se metió apresurado en el invernáculo, con su salida de baño azul revoloteando. Tras de un pasaje dificultoso, a juzgar por el lenguaje, hubo una larga pausa y luego un grito de triunfo.

—¡Abierta! ¡Vuelvo inmediatamente!

Una puerta distante se cerró y Jane dio un profundo suspiro de alivio.

Como si al cerrarse la puerta hubiera producido vibraciones por todo el invernáculo, el agua de la piscina pareció temblar. El reflejo de la única lucecilla se estrelló formando chispitas imperceptibles sobre las ondas. Hasta los corchos de sus sandalias de playa producían un ruido apreciable sobre este piso.

Jane se sentó en una hamaca, arrojada a la pared, y se tendió de espaldas.

Sentía su traje de baño pegajoso bajo la salida; necesitaba ropas secas.

Una parte de su pensamiento le decía que no le gustaba este lugar nada, en absoluto. Hasta la visión de su propio reflejo, entrevisto por el rabillo del ojo al moverse, tenía la sugestión de cosa furtiva; era como si la gente viniera hacia uno de todas direcciones, saliendo de los cuartos oscuros detrás de los espejos. Sin embargo, la otra parte de su cerebro, la parte plenamente despierta, le hacía sentir la alegría salvaje del triunfo. Con los ojos semicerrados, para saborearla, contemplaba la elevada bóveda.

—¡Oh, Tú —rogaba ella—. Tú, el que escucha nuestras plegarias! Soy feliz. Toda mi vida me he sentido muerta, pero ahora estoy viva. Hazlo feliz a él también. Es todo lo que deseo. Haz...

Jane se detuvo y se enderezó en la silla.

Sin advertencia alguna, la luz de la cúpula se apagó.

XVI

JANE se sentó en silencio.

Su primer pensamiento fue que el responsable debía ser Fred, que apagaba esta luz en la creencia de que estaban encendidas otras. Pero esto no parecía muy razonable, y ella era una persona razonable. No era natural que el tablero de las luces de la piscina estuviera fuera, en un alegre vestíbulo, al otro extremo del invernáculo. Era mucho más natural que estuviera por la parte de fuera de la puerta principal.

Esto significaba que había alguien en el pasillo ahora; si ella llamaba a través de la puerta, lo oiría.

La oscuridad repentina, en cualquier ocasión, sobresalta. Aquí era catastrófica. Jane se levantó, y se dio cuenta de que sólo conservaba una confusa idea acerca de dónde quedaba la puerta.

La oscuridad parecía más fuerte que una mera venda en sus ojos; era una densa carga acumulada sobre ella. Experimentó un aroma de pánico, la sensación de estar perdida con que se sueña a veces. A la oscuridad se añadía aquella circunstancia anterior de silencio subterráneo, para completar la impresión de tumba.

—¡Hola! —llamó ella.

Su propia voz retumbó como en una concha; parecía deslizarse alrededor de esta ruta sonora como el agua en la concavidad del tazón de una fuente.

El eco retumbó «¡hola!» desde la cúpula, y luego las vibraciones temblaron al irse desvaneciendo. Jane dio un paso de prueba hacia adelante. Tiró de una patada las sandalias, porque hacían un ruido que le molestaba, y avanzó otro paso.

¿Dónde quedaba la puerta? ¿Dónde estaba la piscina, siquiera? Mejor sería no dar muchos pasos o se exponía a ir a dar sobre el borde de la misma. Se volvió hacia la izquierda, avanzando a tientas; pero esto sólo sirvió para confundir las direcciones todavía más.

¿Dónde estaba Fred? ¿Por qué no venía?

Se decidió a avanzar intrépida en la que le parecía ser la dirección correcta. Después de dar dos pasos, se paró en seco y permaneció inclinada hacia delante, rígida, escuchando.

Había alguien aquí dentro con ella.

El sonido era débil, pero inconfundible. Era el rastrear opaco y confuso de los zapatos de suela de cuero —arrancando, parando, volviendo a arrancar—, como si alguno se moviera hacia ella de un modo incierto, tratando de descubrir dónde estaba.

—¿Quién está ahí?

El sonido cesó instantáneamente. Su voz se había desvanecido, pero los ecos todavía chillaban, y parecía llover a su alrededor resonando en sus oídos. Pero no llegó respuesta alguna, excepto la repetición de sus palabras desde la cúpula. Después de muchos segundos, después de que se desvanecieron los ecos, y como si alguna otra persona escuchara también, aquellas pisadas confusas comenzaron de nuevo.

Habían llegado de mucho más cerca ahora. Bajo sus pies sentía el mosaico de mármol caliente y con ligeros altibajos. Percibía los golpetazos de su corazón, había llegado al mismo borde del pánico ciego. Le parecía que llevaba horas encerrada allí. Le habían seguido el rastro despacio; acosándola y obligándola a entrar en un rincón estrecho o en una tumba pequeña. Cada vez que ella hablaba, le daba al rastreador su dirección y lo atraía más cerca de sí.

Jane dio la vuelta sin tener noción alguna de adónde iba. Su pie chocó con el borde de una ligera silla de playa, que rechinó. La agarró, la recogió y se lanzó a la ventura dentro de la oscuridad que tenía delante.

Aquello resonaba sobre el suelo, y la perseguía a corta distancia.

Entonces se volvió Jane y corrió, deteniéndose cuando resbaló y casi cayó, quedando con un pie en la curvada y suave superficie de un vacío como un abismo.

La piscina.

En ella estaría segura. Era una nadadora excelente; estaba más en su elemento en el agua que casi ninguno de los que conocía. Podía aprovechar allí sus posibilidades. Y al menos eso resolvería sus dudas. Si la otra persona intentaba seguirla hasta allí, sería una señal segura de que...

Cuando estaba parada en el borde de la piscina podía oír su propia respiración, dura y áspera, el acento de terror. Eso ahogaba cualquier otro sonido. Ella rogaba, deseaba estar de pie, derecha en lo más profundo de la piscina. Dejó caer su salida de baño y la tiró a un lado. Se inclinó hacia delante y se zambulló. El ruido del chapoteo retumbó huecamente. Para Jane, que se deslizaba debajo por interminables profundidades opresivas, el agua le parecía fría, fría como hielo. Recordó que no tenía su gorra puesta. Parecería una visión cuando Fred volviera. Si llegaba a volver.

Dos grandes brazadas de pecho la llevaron al fondo de la piscina. Cerca de dos metros de profundidad había allí. Pero esto era peor que nunca, era como estar enterrada. Nadó hacia la superficie, sacudió la cabeza fuera del agua y escuchó.

Nada. Nada durante largo tiempo, excepto el batir del agua removida contra los azulejos. Su cabello estaba chorreando, y lo apartó de los ojos. No podía evitar el respirar entrecortado para tomar aliento, aunque esperaba que no podría ser oída. Le parecía sentir pisadas sobre el agua y aguzaba sus oídos con desesperación.

Nada.

Sus brazos se movían y se cruzaban automáticamente para ayudarla a mantenerse a flote. Tras largos resoplidos y estremecida de miedo sintió de nuevo la necesidad de marchar —de ir a alguna parte—, de seguir moviéndose. Se deslizó casi silenciosamente con brazadas laterales. El agua estaba todavía más fría, o así le pareció. Después de media docena de brazadas, más que ver o sentir, tuvo la intuición de la blanca baranda de porcelana en el interior del borde de la piscina. Se agarró a ella temblando y trataba de respirar despacio y sin ruido. Esperó escuchando.

Se produjo otro sonido.

Una mano enguantada descendió sobre la suya, y unos dedos se cerraron

alrededor de su muñeca. Los gritos de Jane fueron instintivos. Ellos la aterrizaron tanto como la mano, porque vio que su razón estallaba. Subieron agudos hasta la cúpula de la bóveda, llenando el vestíbulo antes de ser devueltos por el eco. Pero, aun mientras gritaba, daba patadas hacia atrás por instinto, con los talones contra los blancos azulejos del lado. Algo pareció relampaguear pasando por su hombro y quemándola.

La presión de los dedos se aflojó. Jane escapó hacia atrás, y al volverse de costado recibió un golpe en la cabeza con algo que chapoteó bajo el agua. Entonces tuvo conciencia de varias cosas que sucedieron en seguida. Oyó pasos veloces que corrían; lo cual, aun en este momento, la sorprendió. Alguien comenzó a hacer rechinar y dar golpes en lo que debía ser la puerta del vestíbulo. De allí venían voces.

Todas las luces sobre la piscina de natación llamearon, ringlera tras ringlera, hasta que estuvo tan brillante como el día. Había más voces, y sintió el ruido discordante de una llave de una cerradura.

La puerta del vestíbulo se abrió. Fred Barlow, seguido por un portero de noche, de aspecto adormilado y en mangas de camisa, irrumpió dentro; ambos se pararon en seco. Por otra parte, el brillante vestíbulo estaba vacío.

A su vez, Fred vio la piscina agitada con el agua derramándose sobre los bordes y brillando por el piso. Vio a Jane con la cara vuelta hacia él, tras lo cual ella comenzó a nadar, como si tuviera los brazos demasiado cansados, hacia la escalerilla que conducía de la piscina al suelo.

La figura con el traje de baño amarillo se agarraba a los travesaños de la escalera, y le costaba trabajo tomar impulso hacia arriba. Ella emergió en lo alto, con las rodillas un poco dobladas, respirando convulsivamente, pero tratando de sonreír.

Él encontró su voz al fin.

—¿Qué es eso? —gritó—. ¡Por Dios!, ¿qué sucedió?

—Alguien intentó...

Echó sus brazos alrededor de la chorreante figura, empujó hacia atrás el mojado cabello, apartándoselo de la cara y produjo unos sonidos incoherentes que tenían la intención de ser consoladores.

—¿Qué intentó?

—Yo no sé. Creo que matarme. Parezco una terrible visión, ¿verdad? —Tosió—. Tráeme mi salida, ¿quieres? —Fue el portero nocturno quien le entregó la capa. Mientras se la echaba encima, riendo y ahuecando el cabello hacia atrás con los dedos, y asegurándole que estaba perfectamente, el portero estaba de pie a su lado, con una expresión que indicaba perfectamente lo penosa, pesada y lamentable que encontraba la situación. Parecía decir que la tolerancia era tolerancia; pero que esto era llevar las cosas demasiado lejos. Aun cuando Jane le contó su historia, no cambió de expresión.

—No hay nadie ahora aquí, señorita —expuso él.

La cara de Fred estaba blanca.

—Quienquiera que lo haya hecho —dijo—, pudo pasar por el invernáculo y salir por las escaleras, lo mismo que yo. —Se volvió al portero—. ¿Hay alguien arriba ahora? ¿Algún sirviente, quiero decir?

—No, señor; ninguno, a excepción mía. Son las once y media, usted sabe. Las once y media.

—¿Ha visto usted alguno de fuera rondando por aquí?

—No, señor. Nadie, excepto usted. Yo estaba en mi covacha descabezando un sueño. Hablando personalmente —añadió el portero con oscura significación—, yo no tengo en cuenta las bromas. No, no me interesan, hablando personalmente.

—¡Bromas! ¡Mire aquello!

Fred anduvo por el borde de la piscina y apuntó. El agua verdosa corría aún formando ondas y la visión era confusa. Pero era tan claro que todos pudieron distinguir el objeto caído en el fondo de la piscina, separado unos centímetros de la pared, hacia la mitad del lado largo. Era un objeto brillante de metal, en forma de cuchillo, con un puño ancho. Parecía tener alguna inscripción a lo largo.

En cuanto Jane recordó, su mano voló dentro de la bata y se tocó el brazo izquierdo debajo del hombro. Mientras los otros dos atisbaban el cuchillo, apartó ella un poco la salida de baño para mirar. Tenía una punzada muy ligera, apenas a flor de piel, que había comenzado a soltar una o dos gotas de sangre. Sentía el brazo dolorido, pero no halló otro daño.

Fred se volvió como un torbellino.

—¿Estás herida?

—No. Ni un rasguño. ¡Por favor! ¡No te preocupes!

—Yo no me preocuparía lo más mínimo —declaró el portero—. ¿Sabe usted que es esa cosa? Una plegadera.

—¿Una qué?

—Una plegadera. No tiene filo. No podría herir a nadie, aunque se intentara hacerlo con mucha fuerza. Proviene de la sala de descanso de arriba, o puede ser que de algún otro lado. Ah, señor, ¿no me cree usted? Todavía está usted sin vestirse. Dé un salto, métase, cójala y verá.

Fred así lo hizo. Cuando salió con ella a la superficie, el portero irradiaba satisfacción. Debajo de la hoja estaban grabadas en dorado las palabras: hotel Esplanade, Tawnish. Los lados de la cuchilla eran redondeados en parte, y la punta era tan roma que evidentemente en ningún caso se podía causar mucho daño con ella. El portero la enjugó con su camisa y se la metió en el bolsillo.

—Hablando personalmente —dijo— no intervengo en las bromas. No, hablando personalmente.

—Perfectamente. Nosotros necesitamos nuestras ropas.

—Yo no sé si debo buscárselas, señor.

—Perfectamente, otra vez. Entonces saldré de este condenado lugar en traje de baño, y le diré al primer policía que me detenga que en el hotel Esplanade no

quisieron darme mis pantalones. —Cada vez decía más disparates con la rabia—. Yo había pensado también que podría persuadir a usted para que aceptase un billete de una libra por sus molestias, pero si usted tiene esa opinión acerca del asunto...

—¡Chist! ¡Fred! ¡Está bien! Él nos abrirá los vestuarios. ¿No quiere usted hacerlo?

—Yo no dije que no quería, señorita, sólo dije que ustedes no debían haberse quedado aquí abajo después de que cerraron todo. Esto no es correcto. ¿Estamos? Pero si ustedes vienen por este camino, yo haré un punto más de lo que debo y les abriré.

Cuando el portero iba abriendo las puertas, le vino otra idea a Fred Barlow.

—Sólo un minuto —requirió Fred, y arrebató la plegadera otra vez.

Aunque el portero profirió un alarido de desesperación, él siguió su camino. Una ancha escalera de escape, con mullida alfombra, subía pasando por varios rellanos, hasta el piso principal. Fred subió las escaleras de tres en tres. Este ataque contra Jane, que no podía significar un intento serio para hacerle daño, lo preocupaba casi tanto como si lo fuera.

Carecía de objeto. No podía clasificarse. ¿Una amenaza? ¿O un imperdonable gesto infantil para aterrorizar? Tenía mucha apariencia de ser lo último, en cuyo caso...

El vestíbulo principal del piso de arriba era largo, oscuro, y una fresca brisa corría por él. Su piso de mármol se notaba mucho más escalofriante que el de abajo, y Fred no se quedó quieto mucho tiempo. A su espalda, grandes puertas de cristales se abrían en la sala del descanso, donde unas cuantas luces tardías estaban encendidas. La sala estaba llena de palmeras, y en el centro el agua de una fuente caía repiqueteando soñolienta.

En una silla baja, de igual modo soñoliento, estaba sentado el doctor Gideon Fell.

Sus lentes habían saltado y la larga pipa se la había escurrido de la boca, pero unas montañosas arrugas del chaleco evitaron su caída. Misteriosos jadeos internos soplaban por las ventanas de su nariz, y parecía que iba a saltar de tiempo en tiempo. Pero al aproximarse Fred él se sobresaltó, gruñó y abrió un ojo.

—¿Hace mucho tiempo que está usted aquí? —le preguntó Fred.

—¿Eh? ¡Oh!, hace algún tiempo, sí.

—¿Dormido?

—Para ser sincero, yo estaba conspirando diabólicamente. —Buscó sus lentes a tientas, y guiñó los ojos a través de ellos—. ¡Bah! —observó—. Si no le molesta que se lo diga, me recuerda usted al fraile de las sandalias de la leyenda, aunque un poco menos sagrado y muchísimo más mojado. ¿De qué infiernos ha salido usted?

Fred pasó esto por alto.

—¿Ha visto usted pasar a alguien por este salón —del fondo hacia adelante—, en los últimos cinco minutos?

—Ahora que lo pienso lo vi pasar a usted a hurtadillas hace alrededor de diez

minutos. Pero no lo creí. Pensé que estaba soñando con usted.

—No, yo quiero decir después de esto. Yendo en la misma dirección, sin embargo. ¿Vio usted a alguien?

—A nadie, salvo al señor Appleby.

—¡Appleby!

—Nuestro amigo el procurador. Es de presumir que en camino hacia la cama. Yo no tenía humor de charlar con él, aunque según entendí él se entrevistó con Graham esta noche. —El doctor hizo una pausa—. Sin embargo, observe todas esas palmeras. No tenía necesariamente que ver a alguno, a menos que bajara por la nave principal. ¿De qué se trata?

Fred se lo dijo.

El adormecimiento, de sueño o de concentración, se borró de la cara del doctor Fell.

—No me gusta eso —gruñó.

—Ni a mí tampoco.

—No se puede clasificar.

—Exactamente eso es lo que yo estaba pensando.

Fred estaba a punto de volverse y olvidarlo como una broma pesada. Todos los del hotel estaban en cama, excepto el portero nocturno, que había quedado adormecido en una oscura covacha; ninguna persona, a no ser que se ocultara detrás de las palmeras, podría haberse escurrido y salir sin atraer la atención del doctor Fell.

Todavía dudaba. Algo en la manera del doctor le daba golpecitos de advertencia a su cerebro. Los puños del doctor Fell estaban apretados, su mirada era evasiva; parecía incierta; y, al mismo tiempo, muy azorado. Muchas posibilidades, y ninguna agradable, se le ocurrían a Fred.

—Supongo —dijo por encima del hombro— que el inspector Graham y usted habrán estado muy ocupados.

—Oh, sí. Muy ocupados.

—¿Algo nuevo?

—Algunas pruebas nuevas. Nosotros tuvimos que ahondar en cierto sentido, para llegar a ello. Hemos estado haciendo una inspección sobre el lugar. —Como si llegara a una decisión, el doctor Fell se repantigó en su silla—. De paso —añadió—, también hemos sostenido una ligera charla con un tal George Herbert Diehl, mejor conocido en estos alrededores por Black Jeff.

La fuente cantaba murmuradora. Fred contemplaba el piso, meciéndose para delante y para atrás sobre sus talones.

—¿Oh? ¿Estaba herido, entonces? ¿Mal herido?

—¿Herido? —dijo el doctor Fell—. No estaba herido en absoluto. Pero sería interesante, señor Barlow, oír por qué pensó usted que lo estaba.

Fred se rió.

—Yo no dije que lo estuviera. Si usted recuerda, lo que le dije a Graham fue que

temía que pudiera estarlo cuando lo vi tirado en la carretera. Pero me alegro de oírlo. ¿No estaba herido en absoluto, entonces?

—Un tipo más saludable y más sucio —replicó el doctor Fell— pocas veces lo he visto. Lo encontramos viviendo como un cerdo en una de esas casas modelo, allá arriba, en la Senda de los Enamorados; que, según me dijo Graham, es su paradero habitual. Jeff estaba recobrándose de su borrachera y comiendo sardinas en lata, un desayuno al anochecer. ¡Aquí! ¡Firme! ¿De qué se trata?

—Nada, continúe.

El doctor Fell le echó una ojeada.

—Si el asunto tiene algún interés para usted, señor (aunque yo no puedo imaginar por qué ha de tenerlo), él dijo que no tenía recuerdo de que le hubiera sucedido nada entre la noche del viernes y la mañana del domingo. Lo cual es una lástima. Si hubiera estado en la vecindad de la Senda de los Enamorados la noche del sábado —cerca de cierta cabina telefónica, digamos—, podría estar en condiciones de verificar algo interesante.

—¿De veras? ¿Qué?

Esta vez fue el doctor Fell quien ignoró la pregunta.

—Sus patillas son realmente notables. Y lo mismo su chaqueta de carnicero y su pañuelo de colores. Pero como testigo... no. No, yo creo que no vale.

—Bien, me estoy entrometiendo, doctor. Buenas noches.

—Sí, usted parece un poco fatigado. Tome una aspirina y algún *whisky*, y váyase a la cama. Si pasa usted cerca del chalet de Ireton mañana después del almuerzo, quizá valga la pena que entre un momento. El inspector Graham tiene algunas ideas en la cabeza que pueden sorprender a cualquiera. Yo le aviso confidencialmente y gratis.

El murmullo de la fuente proseguía interminable. Fred encontraba difícil marcharse. Era como una de esas conversaciones por teléfono en las cuales ninguna de las partes sabe en absoluto qué decir para terminarla. Se veía claramente que el doctor Fell sentía la misma molestia. Fred dijo algo que parecía cordial y rompió las amarras dirigiéndose hacia la puerta. Aún no había dado más que cinco pasos cuando la voz poderosa del doctor lo detuvo:

—¡Señor Barlow!

—¿Qué?

—¿Me creerá usted descortés —dijo el doctor Fell con una mueca de disgusto en su cara enrojecida— si le digo que me gustaría ofrecerle a usted mis condolencias de antemano?

Fred lo observó.

—¿Condolencias? ¿Qué es lo que quiere usted decir exactamente?

—Esto nada más. Me anticipo. Que le presento a usted mis condolencias de antemano. Buenas noches.

XVII

LA COMPAÑÍA de construcciones Eckmann, ahora desaparecida, había concebido una vez grandes planes respecto al camino real que rebautizaron con el nombre de avenida Wellington, pero que continuaba siendo conocido en la localidad como la Senda de los Enamorados.

Sería un centro, un foco, del que brotarían esos bellos ensanches de casas a precios moderados (de 650 a 950 libras), cuyas calles ya estaban trazadas en los gráficos de las oficinas de la compañía y se designaban avenida de Cromwell, avenida de Malborough, avenida de Wolfe, y cosas por el estilo.

En estas calles todavía había ortigas y tierra roja arcillosa. Pero la Senda de los Enamorados, único camino adecuado que unía la carretera principal entre Tawnish y Horseshoe Bay, había sido pavimentada con macadán. Se instaló una cabina telefónica a unos veinte metros de la entrada, donde las orillas que se cierran en la Senda de los Enamorados se ensanchan y aplanan para convertirse en agradable campo abierto. Aquí termina el macadán, desmenuzado entre la arcilla y la grava allí desparramadas. Aquí, en un espacio recién despejado, una casa, construida para servir de modelo, quedaba a un lado del camino; y dos casas modelo, medio separadas, estaban al otro.

Estas casas estaban hundiéndose y se iban oscureciendo. De ladrillo rojo y estuco blanco habían sido una vez; pero no se podían vender ni alquilar aun en el caso de que alguien las hubiese querido, porque el título legal de propiedad seguía en litigio, complicado por la posición de uno de los directores, que tenía una sucursal en Dartmoor. Los niños jugaban dentro de ellas y las parejas amorosas dieron algún escándalo allí; el viento y la humedad destruían sus cierres herrumbrados y las ratas roían las vigas.

A una hora temprana de la tarde del lunes 29 de abril —un día brillante, con remiendos de nubes en el cielo— Constance Ireton doblaba la carretera principal y subía por la Senda de los Enamorados.

Iba sin sombrero, llevaba puesto un abrigo adornado de pieles sobre el traje oscuro. El arreglo de su rubio cabello estaba lejos de ser un peinado complicado, y llevaba muy poco maquillaje. Puede ser que fuera esto lo que la hacía parecer mayor, ya que solamente el viernes pasado hablaba con Tony Morell en el jardincillo de detrás de los tribunales, la tarde en que John Edward Lypiatt fue sentenciado a muerte; y sin embargo parecía más vieja.

Constance no parecía al andar tener un propósito o dirección determinados. Iba dando puntapiés a los guijarros del camino. Tenía el aire de quien anda vagando sin rumbo. Al pasar por delante de la cabina telefónica frunció el ceño, pero no se paró allí.

El macadán del camino estaba resquebrajado; siempre había sido de mala calidad. Después de dudarlo un poco subió sin propósito alguno hacia las casas modelo. Casi

las había alcanzado cuando se volvió a parar de repente.

—¡Hola! —dijo una voz en la que estaban mezclados la sorpresa y el alivio.

Frente a una de las casas, un poco apartadas de la orilla derecha, estaba parado un automóvil que le era familiar. Un Cadillac con tapicería de cuero rojo. Su pulcritud contrastaba con la desmoronada casa de atrás. Reconoció el coche antes que la voz. Jane Tennant, estirándose los guantes, bajaba los dos escalones de la casa.

—¡Connie!

Constance inició un movimiento como si quisiera volverse y correr. Pero la otra se apresuró a cruzar la senda de lo que una vez se supuso ser el jardín del frente, y le interceptó el paso.

—¿Connie, dónde diablos has estado? Estuvimos con una angustia mortal por tu causa.

—Yo me vine aquí y me quedé en el chalet de papá. Tomé el autobús. ¿Por qué no había de hacerlo?

—¿Pero no podías habernos telefonado y decirnos dónde estabas?

—No, gracias —respondió Constance un poco obtusa—. Ya he tenido bastantes complicaciones por causa de los teléfonos.

Jane dio muestras de sorprenderse un poco. Aunque ya estaba envuelta otra vez en la ropa de canijo, la vivacidad y dulzura de su cara redimían la falta de belleza. Constance no la miraba; pero parecía darse cuenta de esto.

—Todos me pidieron que los despidiera de ti —continuó Jane—. Sintieron muchísimo no verte antes de marchar...

—¿Ya se fueron? ¿Todos?

—Sí; salieron esta mañana. Es lunes, ya sabes.

Hugo Raikes sobre todo me pidió que te recordara no sé qué cosa; no especificó qué.

Constance estudiaba el suelo y sonrió pensativamente.

—Sí, Hugo es bastante agradable, ¿no es cierto? Sabe disfrutar. Otra gente no sabe. Excepto por...

—¿Excepto por qué?

—Nada.

—Se dio un terrible susto esta mañana —dijo Jane—, y llevaba un buen chichón en la frente por intentar dar saltos de fantasía desde el trampolín alto.

—¡Oh! ¿Qué tal estuvo la fiesta de natación?

—¡Maravillosamente!

—Parece que te has divertido.

—Sí, me divertí mucho.

—¿Y cómo está esa terrible bribona, la que llevaba el traje de baño rojo, que anda tanto detrás de él?

—¿Laura Cornish? Connie —dijo Jane sosegadamente—, ¿cómo sabes que llevaba un traje de baño rojo?

El sol, mortalmente pálido y muy brillante, sólo se diferenciaba del color del cielo por su resplandor. Estaba velado y vuelto a velar por movedizas nubes de un gris sombrío. Aquí, sobre esta elevación del terreno, el viento soplaba muy frío. Una gallina descarriada correteaba en medio de lo que deberla haber sido la avenida de Wellington, raspando la grava desparramada.

—Connie, necesito hablarte. Atravesemos el camino, ¿quieres?

—Muy bien. Aunque no veo para qué necesitas hablarme.

La casa separada por el camino es muy probable que hubiera sido una vez el orgullo de los señores Eckmann y Cía., tenía los marcos de las ventanas pintados de verde contra el rojo del ladrillo y lo que fue una vez estuco blanco. Todos los vidrios de esas ventanas estaban horribles y algunos rotos. La puerta del frente, situada debajo de un arco de ladrillo, colgaba desprendida de su marco. Había un mezquino garaje construido fuera, en uno de los lados.

¿A dónde vamos? —demandó Constance

—Aquí cerca. Yo te indicaré.

—¿Y qué estás haciendo aquí, Jane Tennant? ¿Qué andas haciendo por aquí arriba?

—Estuve tratando de encontrar a un vagabundo llamado Black Jeff. Sus cosas están en la otra casa; pero él no está aquí. ¿Qué estás tú haciendo aquí, si vamos a eso?

—Vine porque no tenía ningún otro lado a donde ir, en realidad —replicó Constance—. Me echaron de casa. Todos están ahora abajo en el chalet, papá, Fred Barlow, el doctor Fell y el inspector Graham, que procedía como un loco. La «niñita» debía salir a jugar mientras ellos hablaban de asuntos serios.

Hizo una pausa mientras Jane empujaba para abrir la puerta colgante.

—¿Aquí dentro?

—Aquí dentro.

El pequeño vestíbulo tenía aún una lamparita veneciana colgando del techo. Atravesaron hasta llegar a una cocina, oscura a causa del polvo acumulado. Sus paredes, sobre los azulejos, estaban garrapateadas con iniciales y mensajes escritos a lápiz. Una botella de cerveza vacía estaba encima del refrigerador eléctrico. Jane cerró la puerta.

—Nadie puede oírnos ahora —dijo. Puso el bolso sobre el refrigerador. Ella apretaba sus manos contra la pena aguda con que la certidumbre la estaba hiriendo.

—Connie —añadió tranquilamente—, ¿fuiste tú, en realidad, la que me persiguió la noche pasada en piscina, no es cierto?

—Sí —respondió Constance después de una pausa. Nada más que esto.

—¿Pero, por qué? En nombre del cielo, ¿por qué? ¿Por qué me aborreces tanto?

—Yo no te aborrezco. Te envidio.

—¿Me envidias?

Constance se había respaldado contra el fregadero, sosteniéndose en su borde

apoyada en las manos. A juzgar por su tono, no sentía ninguna clase de emoción. Sus ojos grandes, castaños y de gran movilidad, contemplaban a Jane con verdadera curiosidad.

—Tú no has conocido a tus padres, ¿verdad?

—Vivos, no.

—¿Y tienes montones y montones de dinero, todos de tu propiedad?

—Algunos.

—Nadie —dijo Constance— que te haya contradicho. Y eres mayor que yo, y si haces lo que quieres nadie piensa que son rarezas tuyas... como siempre ocurre conmigo. Esto es: tú eres mayor que yo. Yo desearía tener treinta y cinco años. Puede ser que estuviera vieja y arrugada...

—¡Connie, querida mía, estás chiflada...!

—Pero, por lo menos, a nadie le llamaría la atención lo que hiciera. Tú haces lo que quieres. Si quieres ir a Cannes o a Saint Moritz, vas. Si quieres invitar a la gente, la invitas. ¿Pero tú gozas con eso? No. Tú, no. Tú no gozas con tener a esa gente en casa ni un minuto, ¿no es cierto? —Su voz no era más que un susurro. Era poco más que un susurro cuando habló de nuevo.

—Jane, perdóname, lo siento muchísimo. ¡Te juro delante de Dios que no quería herirte!

Antes de que Jane pudiera intervenir, se apresuró a continuar.

—Yo estaba celosa de ti y de Fred, de cierta manera. Seguí a Fred y quería aterrorizarte. Sólo aterrorizarte, y ponerte tan trastornada e infeliz como yo me sentía. Seguí a Fred porque sabía que tú lo ibas a invitar a esa reunión, aun antes de que lo hicieras. Cogí la plegadera en el salón de descanso. Llevaba guantes, porque eso es lo que se hace siempre en las historias de detectives. ¿Estás furiosa conmigo?

—Oh, Connie, ¿no ves que no me importa?

La inteligencia de Constance sólo pescó una parte de esto.

—¿No estás furiosa conmigo? —preguntó incrédula.

—No, claro que no.

—No te creo.

—Connie, querida mía, escucha. Esta parte no es la importante. ¿Oíste, por casualidad, lo que Fred y yo dijimos?

—Sí, lo oí y te vi. —Ahora Constance hablaba con la más extrema tranquilidad, la tranquilidad de la convicción—. Yo creo que estaba sublevada. Yo no voy a ser ahora crítica ni indecente, Jane; en realidad no soy agresiva. Pero me parece que nunca dejaría...

Las manos de Jane pendían lacias a sus costados. Suspiró profundamente. En los ojos grises, la incertidumbre se despejaba lentamente, lo que hizo serenar la expresión desconcertada.

—Connie —dijo Jane—, eres una criatura, una verdadera criatura. Nunca me di cuenta por completo de esto hasta ahora.

—¡No me digas esto tú también!

—Espera. Connie, ¿tú quieres a Fred Barlow?

—No, te aseguro que no. Me gusta, naturalmente; pero no me produce más excitación de la que me causaría un hermano.

—¿Estabas enamorada de Tony Morell?

—Sí, ¡terriblemente! Pero sabrás... —Constance miraba para abajo, se fijaba en el suelo y arrugaba la frente—. ¿Tú sabes que, ahora que se fue y no puede volver, no me parece que lo echo mucho de menos? Siempre me sentía un poco incómoda cuando estaba con él. No debes decirle esto a nadie, Jane; pero lo estaba. Yo creo que Hugo Raikes es mucho más agradable. No es que yo pueda volver a sentir nunca lo que sentía por Tony, desde luego; mi vida está destrozada y tengo que llenarla lo mejor que pueda. Sin embargo, me parece que Hugo es muy agradable para ir a las reuniones con él.

Jane se empezó a reír. Se contuvo inmediatamente, porque Constance imaginaba que se estaba riendo de sus sentimientos y no de todas las implicaciones que había detrás de ellos. Sus ojos se perdieron en el espacio pasando sobre Constance, sobre la horrible ventana de encima del fregadero, para contemplar el sol que ponía brillo y oscuridad sobre el paisaje semiinvernal. Era una risa amarga que terminó con algo parecido a un sollozo.

Ella luchó consigo misma por ahuyentar esto.

—Connie, ¿aún no te ha encontrado la policía?

—No.

—¿Sabes que te andan buscando?

—Sí. Papá me escondió en el chalet ayer por la noche, cuando andaban preguntando por mí. Yo no creí nunca que él pudiera ser tan humano, Jane. Me dijo que necesitaba tiempo para pensar.

—¿Oíste por qué te andan buscando?

—Ss... í.

La voz de Jane tenía la ferocidad vehemente de la sinceridad.

—Yo quiero que tú creas que soy tu amiga. Es verdad que lo soy tanto, que me da lo mismo lo creas como que no. Tu padre está en gran peligro, Connie. Yo no estoy tratando de asustarte, sólo quiero que te des cuenta de algo.

—Yo haré lo que sea —dijo Constance simplemente—, cualquier cosa para sacarlo de esto.

—La noche del sábado, a las ocho y veinte minutos, tú trataste de conseguir una comunicación con mi casa, desde la cabina telefónica que hay abajo en el sendero. Tú intentabas ponerte en contacto conmigo. Connie, ¿qué querías decirme?

Sacando sus manos del borde del fregadero, Constance se irguió. Parecía sorprendida de que sus dedos estuvieran entumecidos y miró el lugar donde se había agarrado. Tiró de su abrigo, ciñéndolo a su alrededor.

—Este lugar es horroroso —observó con gran compostura y la misma lenta

deliberación—. Te aseguro que no sé por qué quieres quedarte aquí conversando. Y no vamos a llegar a ninguna parte, ni la una ni la otra. Yo me voy. —Su voz se hacía más recelosa—. ¿No vas a intentar retenerme?

—No, yo no quiero tratar de retenerte. Pero, Connie...

No recibió respuesta. Constance, adelantándose a ella, abrió la puerta, salió por el vestíbulo y se metió en aquel espectro de una calle.

Después de dudarlo, Jane recogió su bolso y la siguió. Encontró a Constance parada en lo alto de la carretera de casquijo, como si quisiera deliberadamente no darse cuenta de la presencia de nadie cerca de ella, y sólo se preguntara por dónde tomar inmediatamente para proseguir su excursión.

Desde la cima de esta ligera elevación, un sendero atravesaba los campos. Descendía pasando entre árboles achaparrados y desmirriados por el aire del mar.

A unos trescientos metros, en parte oculto por los árboles, se podía ver algo del chalet del magistrado Ireton. El mar se descubría desde allí también, semivelado por una oscura niebla azulada, picada con puntos de luz cuando salía el sol.

Jane hizo su pregunta.

—Connie, ¿mató tu padre a Tony Morell?

Constance habló sin aliento.

—¡No! ¡No! ¡No! Aunque ésta sea la última palabra que yo diga...

Se puso rígida y obstinada.

Lo mismo hizo Jane. Ambas se volvieron, destacadas sus figuras contra esta ladera de la colina, batida por el viento, y miraron a través de los campos hacia el chalet del juez.

Ambas tenían la misma interrogación en la mente. De aquella dirección trajo el viento, débil y desfigurado, pero, a pesar de todo, perceptible con fea claridad, y ellas lo oyeron, el disparo de un tiro.

XVIII

UNOS veinte minutos o media hora antes de ocurrir esto el magistrado Ireton veía salir a su hija por la «puerta del frente», y observó cómo subía la carretera paseando a la ventura. Entonces se volvió a sus tres visitantes.

—¿Y a qué debo el honor de esta visita inesperada, caballeros? —inquirió.

Esa mañana tenía puesta la ropa de la ciudad, chaqueta oscura, pantalones a rayas, cuello de pajarita y corbata gris, todo irreprochable, que le comunicaba —la impresión difícil de describir— un aspecto de atildamiento no disminuido por su humor mordaz, que encubría una fría paciencia cortés.

El doctor Fell se sentó en el sofá y Frederick Barlow sobre el brazo del mismo.

El inspector Graham ocupaba una de las sillas bajas y tenía el cuaderno de notas sobre la mesa de ajedrez.

—Sigo creyendo, señor —dijo Graham lentamente—, que hubiera sido mejor que hubiera permanecido la señorita Ireton, como ella quería. Me temo que tendremos que ir a buscarla y traerla de vuelta.

Aunque ésta no fuera más que su forma usual de ataque, Graham tenía la cara muy seria.

—Estará a nuestro alcance si usted la necesita. Mientras tanto, continúo esperando, ¿a qué debo el honor de esta visita inesperada?

—Bien, señor —dijo Graham encogiéndose de hombros con cierta nerviosidad, y carraspeando una o dos veces antes de resumir su pensamiento—, se trata de lo siguiente. Esta mañana temprano tuve una conferencia con mi superior y el comisario jefe. Anduvimos dando vueltas a este asunto. No es cosa que me agrade, así que ellos no encuentran, ni más ni menos que yo, que se pueda obtener ninguna ventaja con esperar más tiempo.

—¿Esperar más tiempo para qué?

—Para efectuar una detención —replicó Graham.

El magistrado Ireton cerró y aseguró con la aldaba la ventana francesa, lo que oscureció la habitación todavía más.

Se volvió a su asiento habitual, sentóse y cruzó las piernas.

—Siga —dijo.

Graham pensó cuidadosamente las palabras.

—Vea usted, señor, se trata de esto. Yo entré en este asunto con el pie izquierdo. Lo reconozco; puede ser que diera con la pista acertada, pero no percibí una serie de cosas que estaban delante de mis narices hasta que el doctor Fell me las mostró.

La tapicería de aquella silla aparatosa era de un material áspero, y oyeron el ruido de las uñas del magistrado Ireton arañando sus brazos al abrir y cerrar las manos.

—¿Sin duda —dijo mirando al doctor Fell— se debe a sus lucubraciones, señor, la obligación que le debemos, según lo que nos parece haber entendido ahora?

—¡No! —dijo el doctor Fell con firmeza; su voz poderosa salió de las tinieblas

como un rugido, y él la bajó—. Yo sólo he logrado demostrar, por una feliz casualidad, cómo se cometió este asesinato. En cuanto al resto, no admito responsabilidad alguna.

—¿Cómo se cometió el asesinato? —repitió el magistrado Ireton con franco asombro—. ¿Hubo aquí nunca alguna duda respecto a cómo fue cometido?

—Mi buen señor —dijo el doctor Fell—, no hubo nunca duda alguna en mi pensamiento sobre ningún punto, excepto éste. Con su permiso, nos proponemos explicárselo a usted.

—Estoy olvidándome de la hospitalidad —observó el juez después de una pausa—; ¿quieren ustedes tomar algún refresco, caballeros?

—No, gracias —dijo Graham.

—No, se lo agradezco —dijo el doctor Fell.

—Yo tomaría algo —dijo Fred Barlow.

El magistrado Ireton fue al aparador. Echó *whisky* y soda para su huésped, y para él un dedo de coñac que sacó de una vieja botella rechoncha. Manejaba la copa tan tiernamente como si contuviera oro líquido, y en cierto sentido lo contenía. Después de cortarle la punta y encender un cigarro, se volvió a su silla. Sentóse calentando la copa, dando vueltas a su contenido con un balanceo gentil, mientras el sol refulgía fuera y él contemplaba a sus visitantes con compostura.

—Estoy esperando.

—La dificultad de este asunto —dijo el doctor Fell— fue que desde el comienzo parece que nadie se dio cuenta de una cosa muy importante. Nosotros la vimos, se impuso a nuestra atención. Sin embargo, por alguna razón extraña nadie parece haberse dado cuenta de lo que significa. Me refiero al hecho siguiente. *En torno a la herida de bala en la cabeza de Morell no había marcas de pólvora.*

El magistrado Ireton frunció el ceño.

—¿Y...?

—Yo repito —insistió el doctor Fell— que no había señal del fognazo de pólvora. Ahora apenas tengo que decirles lo que esto significa. Significa que el revólver no estaba apuntado de cerca directamente contra la cabeza de Morell cuando se disparó el tiro. Por el contrario, el arma debió estar por lo menos a quince centímetros, y probablemente, a una distancia mucho mayor. No tenemos medio de asegurarlo. —Al llegar aquí expelió el aliento con un gran resuello—. Observen ahora lo que sigue. Nosotros creemos que el tiro fue disparado en el instante en que Morell profirió su palabra final, «¡socorro!», para la operadora telefónica. Pero ¿cómo habla cualquiera por teléfono? Habla con los labios pegados a la boquilla.

»La bala que mató a Morell fue disparada desde atrás. Entró por la parte posterior de la cabeza, detrás de la oreja derecha. El arma estaba sostenida a cierta distancia. ¿Pueden ustedes entonces culparme de que me haya asombrado cuando hallé que en el interior del borde de la boquilla —*dentro*— había marcas perceptibles de pólvora?

»¿Pueden ustedes culparme de que me asombrara cuando vi que un tiro disparado

desde cierta distancia por detrás, sobre la cabeza de Morell, interpuesta ante el teléfono, no solamente dejara marcas de pólvora en la boquilla, sino que produjo una explosión bastante fuerte como para reventar el tambor del sonido en el interior?».

El doctor Fell se levantó y dijo con sosiego:

—Les aseguro a ustedes, caballeros, que esto es imposible; yo les digo que cuando se disparó este tiro, el tiro de las ocho y media, no pudo interponerse ninguna cabeza. Yo les digo que el revólver debió estar sostenido a menos de tres centímetros de esta boquilla, apuntando de lado al atravesarla, de manera que unos pocos granos de pólvora picaron el interior. Yo les digo a ustedes que, por lo tanto, el tiro oído a las ocho y media no pudo ser el tiro que mató a Anthony Morell.

El doctor Fell hizo una pausa. Se pasó las manos por el mechón grisáceo de su cabello, con una expresión de aguda inquietud y hasta de perplejidad.

—¿Esto está claro, no es cierto? —inquirió contemplando a uno tras otro—. Todos ustedes mostraban tanto desdén cuando yo expresé sorpresa por lo del teléfono, que no puedo dejar de preguntárselo.

El magistrado Ireton bebió un trago de coñac.

—La explicación —concedió— tiene apariencia de probable. ¿Entonces se sigue...?

El doctor Fell hizo un gesto.

—Pues se sigue —dijo— que Morell no susurró esas palabras «Las Dunas, chalet de Ireton. ¡Socorro!». Se sigue que fue alguna otra persona quien las susurró, y luego deliberadamente disparó un tiro casi en la boquilla del teléfono para que no pudiera haber duda en la imaginación de la operadora respecto a lo que había sucedido. Se sigue que toda la casa entera fue una trampa y una comedia.

—¿Premeditada?

—Premeditada por el asesino —dijo el doctor Fell— para demostrar que Morell había muerto precisamente a esta hora y en este mismo lugar.

El inspector Graham jugaba con su cuaderno de notas, Fred Barlow terminó su *whisky* con soda y el doctor Fell prosiguió.

—Todo esto se vio perfectamente claro después del examen de esta habitación la noche del sábado último. Entonces se dispararon dos tiros. El primero, probablemente, mató a Morell, que murió en algún momento antes de las ocho y media. El segundo se disparó aquí dentro. Pero sólo se encontró un cartucho de menos en el revólver, más tarde. En consecuencia, el asesino debió deslizar otra bala en la cámara de cartuchos para el segundo tiro, con objeto de hacernos creer que no se había disparado más que uno.

«Ahora esto lleva aparejados dos puntos interesantes. Primero, ¿de dónde provenía esta bala extra? ¿Llevaría el asesino una de más con este propósito? ¿O era quizá un cartucho sin bala? ¿O...?».

El doctor Fell se interrumpió. Con aire de disculpa apuntó a la mesa de ajedrez.

—La noche del sábado, reflexionando absorto y de manera positiva sobre esos

puntos, tropecé yo contra esa mesa de ajedrez. Encontré las piezas de ajedrez y empecé a revolverlas dándoles vueltas. Tiraba y volvía a recoger una de ellas, con una extrema ausencia de pensamiento, cuando resplandeció una gran luz sobre esta débil razón mía. Porque recordé cierto hábito de Morell; recordé su amuleto.

El magistrado Ireton pareció abatido por primera vez. Cuando sacó el cigarro de la boca, el inspector Graham pudo ver las marcas de los dientes en su extremo. Pero la voz del juez aún era la misma de siempre.

—¿Su amuleto?, no entiendo.

—Su fetiche para traer suerte —explicó el doctor Fell—, su mascota. Era una bala, una bala de revólver del calibre 32. Tenía la costumbre de lanzarla al aire y recogerla. Los que lo conocían, incluso la señorita Tennant, les dirán a ustedes que nunca, nunca en ninguna parte, ni en ninguna ocasión, se separaba este amuleto de su persona. Sin embargo, yo recuerdo que Weems acababa precisamente de leer una lista de todos los artículos hallados en los bolsillos de Morell, y esta bala no estaba entre ellos.

—¡Ah! —murmuró el magistrado Ireton terminando su coñac.

—Pero esto conduce al segundo punto; si esta bala, o cualquier bala para este objeto, se hubiera disparado como segundo tiro, ¿qué diablos, entonces, fue de ella?

Hizo una pausa y los miró luego fieramente.

—No estaba en la habitación. El inspector Graham me lo aseguró. Me aseguró que todas las grietas y hendeduras de esta habitación se habían rebuscado sin que la policía hallara nada, enteramente nada; excepto lo que sabemos. Cuanto más me afirmaba esto, cuando me llevaba al hotel la noche del sábado, más enérgico se ponía. Sin embargo, la bala no pudo haberse escapado. Por lo tanto, lógicamente, debe estar aquí.

El juez sonrió.

—Eso sería lógico —expresó—, pero, aunque sea penoso, tenemos que desechar la teoría, porque la bala no está aquí.

—Oh, sí; está —dijo el doctor Fell.

Se habían vuelto a oscurecer las ventanas de manera que poco más pudieron ver que una forma jadeante cuando el doctor Fell se puso de pie.

—Con su permiso, el inspector Graham le mostrará ahora exactamente lo que hizo el asesino. Yo no estoy bastante ágil para ejecutar por mí mismo todos los movimientos.

Pero por esta vez los espectadores no lo miraban. Estaban fijos en el inspector Graham, quien, con absoluta gravedad, y una especie de determinación decidida, había sacado de su bolsillo algo que una inspección más inmediata permitió a Fred Barlow identificar como un paquete de goma de mascar Dulce. —Tony Graham sacó la envoltura de una pastilla y se la metió en la boca.

El juez lo contemplaba, pero no decía nada. La expresión del magistrado Ireton era la misma con que una vez había observado a Tony Morell.

—Desde luego —resumió el doctor Fell—, yo habría caído en ello mucho más pronto. Había aquí tres indicaciones certeras de la dirección en que debíamos buscar.

»Es decir, primero todo lo del teléfono, que ya me había confundido tanto. Me confundió desde el comienzo; porque, como les dije entonces, yo no comprendía cómo aquel teléfono podía haberse destrozado tanto por el mero hecho de haber caído desde el escritorio. Parecería como si alguien lo hubiera echado abajo violentamente. O, en otro caso... lo sostuviera en el aire a cierta altura y lo hubiera tirado contra el suelo.

»Había después ese cojín del sillón giratorio. Yo lo examiné y estaba sucio. Sucio en una casa limpia.

»Me dijo el inspector Graham que antes, por la tarde, lo había cogido y golpeado una vez para sacarle las trazas de suciedad. Era casi como si alguien, con las botas húmedas, se hubiera puesto de pie sobre este cojín.

»Finalmente había esto».

El doctor Fell se fue a zancadas hasta el escritorio, donde, después de quedarse de pie hacia un lado, pudieron verlo tirar de la cadena de la lamparita del escritorio. Otra vez el pequeño círculo brillante de luz se extendió por el escritorio y por el piso, como en la demostración de Graham el día anterior.

—El magistrado Ireton —prosiguió el doctor Felinos dice que cuando él dejó esta habitación para ir a la cocina a las ocho y veinte, sólo esta lámpara estaba ardiendo. Entre ese momento y las ocho y media, alguien encendió la araña central. ¿Para qué? Bueno, observen ustedes que la lámpara del escritorio tiene una pantalla metálica no movible. Ilumina sólo el escritorio y el suelo. No ilumina la parte superior de la habitación.

«Relacionándolo con las indicaciones de que (a) alguien se puso de pie sobre el cojín de la silla del escritorio, y (b) alguien levantó el teléfono a cierta altura antes de soltarlo, no queda más que un lugar para que nosotros busquemos. Indudablemente, sólo hay una cosa en la que nosotros podamos buscar».

El doctor Fell viró en redondo y fue a buscar la llave de la araña central; cuando la apretó, los cegó a todos hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz.

—Hay esto —dijo el doctor Fell.

Grotescamente, la cabeza disecada de anta los miraba desde la pared de encima del escritorio. Era vieja, burdamente hecha y estaba carcomida por la polilla. Hacía juego con el papel bilioso de flores azules y los cojines de lana del sofá.

La voz del magistrado Ireton sonaba débil y áspera; no estaba en guardia ahora, se notaba medio histérico con la sorpresa.

—¿Está usted diciendo...?

—Demuéstreselo, Graham —sugirió el doctor Fell.

El inspector Graham se levantó. Del bolsillo de su pantalón sacó el revólver Ives-Grant 32 y lo probó, para estar seguro de que el cilindro giraría con el movimiento del gatillo.

Se acercó al escritorio, colocó la silla giratoria a medio metro de distancia frente al mismo, un poco a la izquierda de la cabeza de anta. Cambió el revólver a la mano izquierda, sacó el auricular del teléfono de la boquilla. Envolviendo un pañuelo alrededor de su mano derecha, cogió el teléfono y el auricular con la misma mano. Con ellos en su derecha y el revólver en la izquierda, trepó sobre la silla, que crujía chillona cuando él se movía.

Sus ojos estaban ahora casi al nivel con los de cristal. Apuntó el revólver a la cavidad formada por el agujero derecho de la nariz de la grotesca cabeza disecada. Estirando el cordón del teléfono en toda su extensión, lo sostuvo junto al revólver. Se inclinó, acercándose a ambos. Entonces habló suavemente, pero con claridad.

—¡Las Dunas!, chalet de Ireton. ¡Socorro! —dijo Graham.

Echó la cabeza hacia atrás... y disparó.

El estampido del tiro atronó el lugar cerrado. Lo que sucedió después fue demasiado rápido para que la vista de Fred Barlow pudiera seguirle sino retrospectivamente.

El teléfono cayó con estrépito contra el suelo.

El pañuelo revoloteó detrás de él. La mano derecha de Graham hizo una especie de movimiento corto y se lanzó a la ventana de la nariz izquierda de la cabeza, dentro de la cual había alojado la bala. Pero antes de que la hubiera alcanzado, algo curioso parecía suceder en la alfombra que había sobre el suelo, delante de la silla de Graham.

Una arena roja pálida comenzó a materializarse allí, como si se hubiera volcado un invisible reloj de arena.

Fluctuaba en el aire. Se levantó el polvo formando pequeña pirámide, esparciéndose un poco, antes de que el gran índice de Graham empujase fuerte dentro del agujero de la nariz de la cabeza rellena.

—¡Lo tenemos! —Respiró el inspector. La silla crujía agónicamente debajo de él, que se inclinó y cayó casi—. La goma de mascar es buena para algo, en todo caso. Taponar el agujero de una bala del 32 tan perfectamente como masilla, y tiene el mismo color; ustedes no serán nunca capaces de distinguirla del yeso interior cuando se endurezca.

—Sí —suspiró el doctor Fell cuando los otros lo miraron—, ésta es la historia completa. Pero yo no la adiviné hasta que, sentado ayer en la galería de la habitación de mi hotel, observaba a tres hombres que llenaban sacos de arena al otro lado de la calle; mientras alguno me informaba que el último propietario de este chalet era un canadiense.

«Es costumbre de muchos disecadores del Canadá y de los Estados Unidos rellenar con liberalidad las cabezas, debajo de la dura materia externa y de varias capas de trapos y cera con arena fina. Podía haberme dado cuenta cuando vi la cabeza, porque aquí no hay antas corriendo por Inglaterra, como ustedes saben. El asunto es que esto es una bolsa de arena natural: ni más ni menos, y una bolsa de

arena para fácilmente una bala de revólver de ligero calibre».

Se volvió al sofá y se sentó.

El inspector Graham saltó de la silla, sacudiéndose algunos granos de arena de su traje. Su peso hizo trepidar al suelo. Dejó el revólver sobre el escritorio.

—No hay muchas dudas ahora sobre esto —observó Graham ceñudo—. Ya hay dos enterradas ahí. La que se disparó el sábado por la noche, está alojada en el otro lado de la misma cabeza.

—De lo más ingenioso —observó el magistrado Ireton. Parecía que intentaba desembarazar su garganta, operación delicada que le obligaba a mover su cuello.

Sin embargo, ni un músculo de su cara se alteró todavía.

—¿Dice usted —resumió el juez pensativamente— que alguien hizo esto?

—Sí, señor. El asesino.

—Indudablemente. Entonces, ¿cómo sugiere usted que yo...?

—¡Usted! —estalló Graham—. ¡Buen Dios, señor, nosotros no pensamos ni por un minuto en que lo hiciera usted! Sabemos muy bien que usted no fue quien lo hizo.

Desde fuera llegó por las ventanas el ruido de unas pisadas procedentes de la pradera. Una de las ventanas se abrió de un empujón y Constance Ireton, seguida de Jane Tennant, se precipitó dentro de la habitación; ambas se detuvieron en el acto. Sin embargo, era tan grande la tensión emocional de las otras cuatro personas, o quizá solamente de tres de ellas, que la entrada de las muchachas pasó inadvertida hasta que Constance habló.

—Acabamos de oír un tiro —dijo con voz chillona.

Su padre se estiró. Parecía despertar y llegó hasta la exasperación al verla. Hizo un movimiento con su mano, como si estuviera echando fuera a un sirviente.

—Constance —dijo fríamente—, ten la bondad de no entrometerte en un momento como éste. Tu presencia es inconveniente. Márchate, por favor; y lleva a esta... —se puso las gafas— a esta damita contigo.

Pero Graham intervino.

—No —dijo el inspector con una especie de horror—. Quédese donde está, señorita. Yo tengo una idea, sólo una ligerísima idea de que la necesitaremos antes de pocos minutos.

Entonces él reanudó su comenzado discurso ante el juez.

—Vea usted, señor, de todos sería usted el menos indicado para meterse en tan extraño negocio en su misma casa, colocándose la cuerda alrededor de su propio cuello. Ahora está el hecho completo y podemos probarlo. Hay otros hechos también, tan pronto como los reunamos... bien, asunto concluido. Pregúntele al doctor Fell.

—Todas las palabras de la historia que usted nos contó, aun tan disparatada como parecía, eran verdad. Esto ahora está claro. El asesino descargó el cuerpo muerto de Morell aquí dentro, mientras estaba usted en la cocina. El asesino encendió las luces, preparó la escena y disparó la bala simulada. Entonces el asesino empujó el cuerpo de Morell sobre la arena roja y se largó fuera de aquí.

—Nosotros oímos un tiro —insistió Constance con la misma voz penetrante.

Graham se volvió.

—Sí, señorita, lo oyó usted —asintió, y les hizo a las dos recién llegadas un relato sucinto de todo lo que había sucedido.

Ni Constance ni Jane comentaron nada. La primera estaba muy blanca; la última, tranquila, pero con los ojos intensamente alerta. Las brillantes luces de la araña recogían todos los movimientos de sus caras.

—De manera que Tony no fue muerto de un tiro —respiró Constance, y luego hizo una pausa—... aquí dentro.

—No, señorita.

—Y no lo mataron... a las ocho y media.

—No, señorita. Algunos minutos antes. No mucho antes; no lo bastante para que los médicos pudieran establecer siquiera la diferencia de algunos minutos de tiempo.

—Y él no pudo haber sido muerto por... papá.

—No, señorita; no. Yo llegaba a esto. Hay solamente una persona, únicamente una, que pudo haberlo matado. Hay solamente una persona que tenía alguna razón para tratar de cambiar el tiempo y el lugar de la muerte. Hay solamente una persona que tenía que hacernos creer que el señor Morell fue muerto aquí, a las ocho y media, en vez de serlo en otro lugar y a otra hora: o, de otro modo, él pasó por bueno. Nosotros hemos conseguido ahora las pruebas contra esa persona. Yo se la mostraré a usted dentro de medio segundo.

Graham hizo una pausa y se enderezó. Su granulación fresa tenía un tono violento, tomó aliento como quien intenta zambullirse debajo del agua, atravesó la habitación y puso su mano sobre el hombro de cierta persona.

Entonces dijo:

—¡Frederick Barlow!; tengo que rogarle que me acompañe al puesto de policía de Tawnish, allí se le acusará formalmente del asesinato de Anthony Morell, y estará bajo custodia hasta que comparezca ante los magistrados de Exeter, dentro de una semana.

XIX

MÁS TARDE, mucho más tarde, el doctor Gideon Fell trataba de recordar las expresiones de los presentes cuando oyeron la acusación.

Era difícil. Recordaba los colores de las ropas, la posición en que las gentes estaban, de pie o sentadas, hasta la caída de las sombras, mejor que esa otra forma confusa como la arcilla.

Recordaba que Constance se llevó una mano a la boca.

Recordaba que el magistrado Ireton apenas meneó la cabeza, como si tratara de oír desapasionadamente. Pero todo lo demás fue absorbido por la impresión de angustia, de terror mortal y angustia, que desbordaba de Jane Tennant, y que la dejó muda.

Fred Barlow, sentado en el brazo del sofá, tenía la cabeza vuelta hacia el doctor Fell. Llevaba una chaqueta deportiva marrón y negra y tenía el pelo alborotado. El doctor Fell podía ver su perfil, tan destacado como el de una moneda, y los músculos tirantes de la mandíbula.

—De manera que usted cree que yo lo hice —observó sin sorpresa aparente.

—Naturalmente, señor. Lo lamento.

—Inspector —dijo Fred—, ¿dónde fue muerto Morell en realidad, según su opinión?

—En el lado opuesto a la entrada de la Senda de los Enamorados. Sobre los sembrados y yerbajos que atraviesa la carretera principal allí.

—¿Y a qué hora lo mataron, según su opinión?

—En mi opinión, que puede probarse, recuérdelo usted, entre las ocho y quince y las ocho y veinte.

Los dedos de Fred teclearon, y volvieron a teclear sobre su rodilla.

—Antes de que yo vaya al puesto de policía —dijo con una voz dura y uniforme—, quisiera pedirle un favor. Dice usted que tiene pruebas definitivas, concluyentes, contra mí. ¿Quiere usted decirme ahora qué pruebas son, aquí mismo? Ya sé que no está usted obligado a hacerlo. Sé que, incluso, es irregular. Pero ¿quiere usted hacerme este favor?

—Sí, lo haré —replicó el inspector Graham.

Se volvió hacia el escritorio y debajo de él, invisible hasta ese momento, apareció un maletín de cuero castaño.

Lo trajo y lo puso sobre la mesa de ajedrez. Su erupción de fresa había desaparecido. Ahora se dirigía al juez.

—Aquí está la clave del asunto, señor. La encontramos en cuanto dimos con un doctor, un médico general conocido con el nombre de doctor Hulwortly Fellows. No lo confundan con el doctor Fell; aunque es raro, ahora que pensamos en ello, los dos fueran una especie de Némesis para el señor Fred Barlow.

—Ahorremos esos comentarios —dijo el juez—. Establezca usted sus pruebas; yo

le diré a usted si hay algo positivo en todo eso.

—Con mucho gusto, señor —dijo Graham entre dientes—. Perfectamente. La noche del sábado, después del oscurecer, el doctor Fellows fue requerido para asistir un caso urgente en Cooldown, al otro lado de Horseshoe Bay.

»Cuando iba conduciendo por la carretera principal —hacia Horseshoe Bay— y casi al llegar a la Senda de los Enamorados, los faros de su coche descubrieron a un hombre que estaba tirado en la arena, junto a la carretera.

»Este hombre estaba tirado de espaldas al doctor. Allí no llegaba ningún haz de luz. Todo lo que el doctor Fellows pudo ver, fue que parecía una especie de tipo de tamaño regular, muy negro, con algo así como una chaqueta grisácea. Sobre él estaba de pie el señor Barlow que parecía (según dice el doctor) “como si hubiera cometido un asesinato”.

El inspector Graham hizo una pausa.

—Entonces, el doctor gritó y le dijo: «¿Pasó algo desagradable?», pensando que había ocurrido un accidente, y se paró. El señor Barlow le contestó: «Es Black Jeff; está borracho otra vez». Ni una palabra sobre ningún accidente, de acuerdo a lo que dijo el doctor. De manera que con esto se conformó el doctor Fellows que le indicó: «Oh, hágalo rodar hasta la orilla, la marea lo pondrá sobrio» —y continuó su viaje.

Graham hizo otra pausa.

—Él no trató de investigar; pero desgraciadamente había visto al señor Barlow con el cuerpo del hombre que acababa de matar. Así que algo había que hacer.

El magistrado Ireton meditó sobre el asunto.

—¿Así que usted sugiere —dijo— que la supuesta figura de Black Jeff, el vagabundo, era en realidad el cuerpo muerto del señor Morell?

—No, señor —replicó Graham, produciendo un chasquido al sacar los ganchos del maletín—; yo no lo sugiero, voy a *probarlo*.

Y abrió el maletín.

—¿Y a qué hora sucedió eso? —preguntó Fred, todavía sin movimiento.

—El doctor —Graham bajó nuevamente la tapa del estuche—, el doctor dice que él miró el reloj de su tablero de direcciones, para ver en cuánto tiempo había llegado desde Cooldown. Declara que la hora era las ocho y veintiuno o veintidós minutos, poco más o menos. ¿Dónde estaba usted entonces, señor Barlow?

—Precisamente en donde dice el doctor que estaba yo... según usted afirma.

—¡Ah! ¿Reconoce usted esto, señor?

—No —interpuso el juez—. Yo no puedo permitir esto. Inspector, este caballero no está todavía detenido. Usted no lo ha prevenido. Tal pregunta, por lo tanto, es impropia e ilegal; y cualquier intento que haga usted para utilizarlo como prueba será una tentativa expuesta a los más desagradables resultados.

—Como usted quiera, señor —interrumpió Graham con petulancia—. Puede ser que prefiera usted esto, entonces. —Del maletín sacó una cajita de cartón, cuya tapa levantó para mostrar un pequeño cilindro de cobre.

—Hemos encontrado allí —prosiguió él— lo que le llamaré prueba fehaciente A. Un casco de cartucho disparado de revólver Ives-Grant 32. Tiene una marca distintiva del percutor. La marca del percutor coincide con el casquillo del cartucho disparado que hay en el depósito de municiones de ese revólver, ahí presente. Ambos fueron disparados por esta arma, dicen nuestros expertos en balística. En otras palabras, todo esto es el resto de la bala que mató a Morell —añadió Graham—, hallado en la arena a pocos pasos de distancia de donde el señor Barlow reconoce que él estaba parado.

Graham volvió a colocar la tapa sobre la caja, y la restituyó al maletín. Sacó ahora una cajita chata cubierta de vidrio.

—Aquí hemos obtenido lo que yo llamo prueba de convicción B. Muestras de arena manchadas de sangre —y miró inquieto a las muchachas—, sangre y... bien, tejido cerebral. Tuvimos que recogerlas, por si acaso llovía. Habían alisado más arena sobre ellas, así que no se las podía descubrir a primera vista. También encontramos esto no lejos de donde el señor Barlow estaba parado. La sangre pertenece al grupo III, la cual me dijeron que no es común. La sangre del señor Morell es del grupo III.

Volvió a colocar la cajita.

El objeto siguiente que sacó produjo un escalofrío en los espectadores. Quizá lo causó su color blancuzco, su forma significativa, su sugerencia de muerte y modificación.

—Alguien —dijo Graham— enterró el casco de cartucho y esas manchas de sangre, y alisó la arena sobre ellas. Lo que olvidó este sujeto fue que era una noche húmeda. Dejó una huella limpia y clara de su mano derecha en la arena. Nosotros tomamos el molde de ella, y esta mañana conseguimos una huella de la mano derecha del señor Barlow en la arena antes de que él supiera lo que íbamos a hacer. Los moldes son idénticos. Esta huella fue hecha por la mano derecha del señor Barlow.

—¡Firme, Jane! —dijo Fred impetuosamente.

Una parálisis de horror cayó sobre el grupo. Los dejó rígidos. Aunque los movimientos de Fred todavía parecían fáciles, el color había desaparecido de su cara. Un color se le iba y otro se le venía.

—Tú no lo hiciste —susurró Jane Tennant—. Tú no lo hiciste. Di, por Dios, que tú no lo hiciste.

La aflicción de la voz atrajo la atención del magistrado Ireton, y lo anonadó.

—Señorita —dijo—, me perdonará usted que le pida que deje este asunto en mis manos. —Miró otra vez a su alrededor—. Indudablemente esto parece serio. ¿Tiene usted, señor, alguna explicación del asunto?

Se le barrió la vista, una mancha negra le nublabla y oscurecía el cerebro. Fred miró atontado al juez.

—¿Cree usted que lo hice yo? —preguntó con una nota de abrumadora nerviosidad en la voz.

—Yo no he dicho lo que pienso. Pero si continúas en esa forma, temo que me dejarás sin salida. O tienes una respuesta contra este cargo, o no la tienes. ¿Quieres

dar esta respuesta?

—No; por el momento, no.

El juez lo miró pensativo.

—Quizá eres un sabio. Sí, quizá eres un sabio.

Fred continuó estudiándolo con la misma curiosidad abrumadora, respirando lentamente. Después de esto se volvió a Graham.

—Buen trabajo, inspector. ¿Ha dado usted por casualidad con el revólver que usé yo?

—Todavía, no, señor; pero con estas pruebas no lo necesitamos. Tenemos un testigo que declara que usted generalmente llevaba un revólver en el bolsillo del lado derecho de su automóvil. Y ésta es la historia completa, a mi modo de ver.

»Este crimen no fue planeado. Es decir, fue hecho aguijoneado por el espolazo del momento. La noche del sábado salió usted en su coche a comprar cigarrillos, tal como nos lo ha dicho. Iba cerca de la Senda de los Enamorados cuando vio al señor Morell, que venía por la carretera hacia usted. Usted odiaba al señor Morell. ¿Puede usted negarlo?

—No, no puedo negarlo.

—Tenía buenas razones para querer quitarlo de en medio, como la señorita Ireton nos podrá informar. Cuando lo vio venir hacia usted por un camino solitario, donde por regla general no pasa un coche en veinte minutos, yo adivino que tuvo usted dos pensamientos. El primero fue: si Morell va a ver al juez, no tiene suerte, porque está en Londres. El segundo pensamiento fue: ¡Diablos!, yo podría matarlo aquí: quedar libre del *canalla ése*; nadie es nunca el más sabio.

»Usted es impetuoso, Frederick Barlow. Así es como suele actuar usted, hace saltar una cosa en mil pedazos de un puñetazo, y lo piensa después. Ésta es la forma en que actúan la mayoría de los asesinos, según mi experiencia.

»Detuvo usted su coche y se bajó. Él venía andando hacia usted. Ni siquiera le dio al pobre tipo la menor oportunidad. Sacó el revólver del bolsillo, él notó lo que iba a hacer usted y se dio vuelta tratando de escapar corriendo hacia la playa. Hay un poste con una lámpara un poco más abajo de allí y usted podía ver bien su silueta. Le apuntó detrás de la oreja y disparó en el preciso instante en que llegaba al otro lado de la carretera.

»Claro que, como regla general, podía considerarse usted bastante seguro. No es que nadie hubiera oído el disparo, con las rompientes del mar a lo lejos; y, como digo, es un camino solitario. Pero la mala suerte quiso que, cuando fue usted a inclinarse sobre él, todo espantado de repente, y tratando de decidir lo que debía hacer, pasó el doctor Fellows.

»Su pensamiento tuvo que trabajar muy velozmente. Pero nadie ha dicho todavía que fuera usted de entendimiento tardío. Recordó que Black Jeff siempre se cobija en una de aquellas casas modelo, arriba, en la Senda de los Enamorados. Jeff usa chaqueta de carnicero, que fue blanca una vez; pero que es ahora de una especie de

gris sucio, como el traje del señor Morell. Por detrás, sin las patillas y el resto del conjunto, este tipo podía confundirse con Jeff a una luz mala, si usted afirmaba que era Jeff. Eso fue lo que hizo usted, y el doctor siguió adelante.

»Todo quedaba perfectamente arreglado con Jeff. Todo el mundo en la ciudad sabía que él estaba borracho desde el viernes. Últimamente él no es capaz de recordar nunca dónde estuvo la noche del sábado, o que él no estaba tirado en la carretera como usted dijo. Pero este cuerpo era diferente. Si se encontraba el cuerpo del señor Morell aquí o en cualquiera de la mayoría de otros lados en el distrito; si no se demostraba que él estaba vivo después de que fue usted visto inclinado sobre él; el doctor Fellows iba a recapacitar y se diría “¡Alto...!, ¿qué era...?”, y saldría usted a relucir. De manera que de repente concibió usted: *El chalet del juez*».

Fred habló con una enfermiza ironía cínica.

—¿Para hacer recaer las sospechas sobre el juez, supongo?

—¡No!, ¡qué disparate! Porque usted creía que él estaba en Londres y que no regresaría hasta el último tren. Así que él podía tener una coartada segura.

»Cargó usted con el cuerpo de Morell en su coche, apagó las luces, volvió a dar la vuelta rodeando la Senda de los Enamorados, y condujo hacia el chalet. Le echó una rápida mirada. Todo estaba oscuro al frente, excepto una pequeña luz en esta habitación, que usted supuso sería la que deja cualquier persona para alumbrar la casa en un vecindario oscuro. Este cuarto estaba vacío.

»Su proyecto, con la bala y la goma de mascar que sabía solía llevar Morell, fue ejecutado en dos minutos. Yo he oído que usted hace uso, en forma muy elegante y bella, de la inspiración del momento en los juicios, señor. Morell se llenó de arena de la playa la parte de delante de su chaqueta, cuando cayó; usted le sacudió la mayor parte, y puede ser que recuerde que Bert Weems nos llamó la atención sobre alguna arena blanca que todavía quedaba en la chaqueta. (En todo caso usted no se pudo olvidar de esto). La chaqueta del señor Morell, cuando nosotros la vimos, todavía tenía manchas de humedad en la parte de delante».

Fue el magistrado Ireton quien habló entonces.

—Es verdad —hizo notar—, lo recuerdo.

Graham hizo estallar los broches del maletín al cerrarlo de golpe.

—Esto es casi todo. Llevó usted el cuerpo adentro; embadurnó con sus impresiones dactilares el teléfono y para hacer todo esto utilizó el pañuelo que le sacó del bolsillo del pecho (el que nosotros encontramos aquí ¿recuerda?), para evitar sus propias huellas; y representó su superchería. Disparó el tiro, bajó de un salto, hizo rodar el cuerpo junto al escritorio, cuando...

—¿Oí que alguien venía, probablemente? —sugirió Fred. Su voz todavía estaba tranquila.

—Justo, oyó usted venir al juez. Soltó el revólver y se largó por la ventana. Tenía usted que dejar el arma detrás, para demostrar que no se había disparado más que un tiro.

»Pero estaba usted bien seguro de que nosotros no podíamos seguirle la pista a usted, y la verdad es que no pudimos.

»Sólo tenía usted que hacer otra cosa. Sabía, después de esa llamada telefónica, que la policía vendría en un santiamén por el único camino que podía venir, así que dio la vuelta, dejó el automóvil de cualquier manera y abiertamente en el lado opuesto de la carretera, con las luces encendidas, y detuvo a Bert Weems con la historia de Black Jeff, de manera tal que esta parte del asunto se fijara en todas las mentes de un modo tan claro como fijó usted la cosa en la de la telefonista».

Graham concluyó con arrolladora turbulencia. Y tomó aliento después de tanta charla.

—Aquí está la prueba —añadió golpeando el maletín con los dedos.

—¿Su única prueba, inspector? Es bastante fuerte, lo admito, pero ¿es eso todo lo que tiene usted contra mí?

—No —dijo Graham en voz más baja—. Por esto quería yo que la señorita Ireton estuviera aquí.

Constance había retrocedido hasta quedar de pie contra el aparador. Parecía querer poner la mayor distancia posible entre ella y Jane Tennant. Su cara pálida y menuda, de forma delicada, parecía ahora chupada como por efecto de una enfermedad.

—¿A... mí? —tartamudeó, y se apartó poco a poco.

—Vea usted, señor —continuó Graham dirigiéndole a ella una ligera sonrisa de simpatía antes de volverse hacia el magistrado Ireton—, nosotros no acabábamos de estar satisfechos con la historia de la señorita Ireton. No. Todavía no lo estamos. Pero la habíamos tomado equivocadamente antes del momento en que el doctor Fell explicó lo de la bala extra y la superchería de la llamada telefónica, pensábamos que ella estaba contando mentiras para encubrirlo a usted.

»Pero luego yo me dije para mi capote, ¿cómo va a proteger a su padre con lo que atestigua? No era eso lo que estaba haciendo. No fue eso lo que hizo. Nada de lo que decía le ayudaba a usted mucho; ¿ayuda ahora? En efecto, la única cosa buena y sólida en que insistía era... ¿qué era ello? Yo le diré a usted. Era que vio a Morell venir por la carretera y entrar en este chalet a las ocho y veinticinco minutos.

»¡Diantre! ¡Aquí fue donde yo desperté! No era a su padre a quien trataba de encubrir. Era al señor Barlow».

Graham se dio vuelta y se encaró con Constance. Su manera era amenazadora y embarazosa; le brillaba la cara con una pulida erupción roja bajo las luces brillantes; pero su ansiedad parecía hipnótica. Hablaba no sin cierta amabilidad.

—Ahora, señorita, he aquí cómo ha sido eso. Nosotros podemos probar que a las ocho y veinte minutos, dos minutos más o menos después que debieron disparar contra el señor Morell, estaba usted en una cabina telefónica en la Senda de los Enamorados, nada más que a veinte metros de distancia del lugar. Aunque no podamos probar esto, sabríamos que usted nos estaba contando embustes. El señor

Morell fue muerto hacia las ocho y veinticinco; y un hombre no puede caminar por una carretera con una bala en el cerebro. Usted no puede sostener esta historia a no ser que quiera procurarse verdaderas molestias.

«Señorita, he aquí lo que pienso; yo creo que usted vio al señor Barlow disparar contra el señor Morell».

Carraspeó.

—Me imagino que entonces corrió usted a aquella cabina telefónica, en una especie de estado histérico, y trató de llamar a la señorita Tennant, probablemente para pedirle un automóvil que la llevara a usted a casa. Pero no pudo conseguirlo, así que se volvió al chalet. Y que me emplumen, señorita, si estando tan cerca como estaba a aquella hora del lugar del crimen, no vio algo ni oyó el disparo. ¡Su mentira de que vio al señor Morell después de muerto, lo prueba!

«La única interrogante que nosotros tenemos que resolver es si debemos encerrarla a usted como cómplice después del hecho...».

—¡No! —gritó Constance.

—Yo no quiero continuar con esto —dijo Graham—, porque no quiero que piense que yo la estoy presionando. No es eso. Todo lo que digo es: si usted vio al señor Barlow hacer eso, su deber es decírmelo. Usted no puede sostener lo que ha contado. Si lo hace, nosotros estamos obligados a vigilarla hasta que quedemos satisfechos, y puede verse usted metida en serias complicaciones.

Graham hizo una mueca que evidentemente tenía la intención de ser una sonrisa simpática. Se frotó las manos.

—¡Ahora, vamos, señorita! —la apremiaba persuasivamente—. ¿Es verdad lo que yo he dicho? ¿Vio usted al señor Barlow disparar contra el señor Morell?

Constance elevó sus manos lentamente y las apretó contra su cara, o para ocultarla o para dominar la emoción. Eran unos dedos delicados, con las uñas pintadas de rojo y sin anillos. Mientras los segundos martilleaban como latidos en el péndulo del reloj y hacían tictac en la eternidad, ella permaneció rígida. Dejó caer los hombros. Dejó las manos colgantes y abrió los ojos. Los ojos parecían estar haciendo un ruego, pidiendo algo que ella esperaba, aun ahora, que pudiera serle otorgado.

—Sí —dijo como en un susurro—. Él lo hizo.

—¡Ali! —dijo Graham, y soltó el aliento.

El cigarro del magistrado Ireton hacía mucho que se había apagado. Lo recogió del borde del cenicero de la mesa de ajedrez, y volvió a prenderlo.

Jane Tennant profirió un grito quejumbroso, una especie de sollozo. La absoluta incredulidad de su mirada nunca se había desvanecido. La conservó, moviendo su cabeza de un lado para otro; pero no habló.

Ni habló tampoco el doctor Fell.

Fred Barlow palmeó sus rodillas como si tomara una decisión, y se levantó del brazo del sofá. Se dirigió a Jane. Teniendo entre sus manos la cara de ella, que estaba tan fría como el mármol, la besó.

—No te preocupes —dijo con serena confianza—, yo los batiré. Sus horas están todas equivocadas, para una cosa. Pero... pero las pruebas indiciarías...

Pasó sus manos por la frente como con desesperación. Contempló al magistrado Ireton, pero la cara del juez era pétrea.

—Muy bien, inspector —concluyó encogiéndose de hombros—. Iré tranquilamente.

XX

LA TARDE del día siguiente a la detención de Frederick Barlow, martes, 30 de abril, víspera del 1º de mayo, en que se dice que salen a pasear los espíritus diabólicos, el magistrado Ireton, sentado en el cuarto de estar de su chalet, jugaba al ajedrez con el doctor Gideon Fell.

Una estufa eléctrica ardía al lado de la mesa, porque la tarde era tormentosa. El viento del mar golpeaba las ventanas como una garra; el mar cargaba contra la playa, como podría cargar un ejército; la noche fuera era blancuzca como vedijas de lana y el rocío agujoneaba la piel.

Pero la estufa ardía muy caliente. Las luces estaban bien dispuestas. Las piezas de ajedrez, rojas y blancas, brillaban en oblicua línea de batalla sobre el tablero. Ni el juez ni el doctor Fell hablaron durante algún tiempo. Ambos contemplaban el tablero.

El doctor Fell carraspeó.

—Señor —preguntó sin levantar la vista—, ¿ha pasado usted un día agradable?

—¿Eh?

—Digo si ha pasado usted un día agradable.

—Como otro cualquiera —replicó el juez haciendo su movimiento al fin.

—Me refiero —dijo el doctor Fell jugando a su vez— al supuesto de que este día no puede haber sido muy agradable para su hija. Ella quiere a Frederick Barlow. Sin embargo, en interés de la justicia, se verá obligada a comparecer en el banco de los testigos y enviarlo a la muerte. No obstante, queda el lado filosófico. Como usted dice, nada en este mundo tiene menos importancia que las relaciones humanas.

De nuevo se quedaron silenciosos, estudiando el tablero.

—También tenemos el propio joven Barlow —prosiguió el doctor Fell—, un muchacho decente y cabal; con un gran futuro por delante ya muy próximo. Aunque quede absuelto de este cargo (lo que me parece poco probable) su carrera está deshecha. Él no lo abandonó a usted en un momento difícil, y usted debería sentir alguna amistad por él. Pero, como usted dice, nada en este mundo tiene menos importancia que las relaciones humanas.

El magistrado Ireton frunció el ceño ante el tablero, meditando. Hizo su movimiento, después de reflexionar un poco más.

—Incidentalmente —resumió el doctor Fell contestando a la jugada—, eso destrozará el corazón de una muchacha, llamada Jane Tennant. Quizá usted notó la cara que tenía ella cuando se lo llevaron ayer. Pero ¡bueno!, casi no la conoce. Y de todas maneras, como usted dice, nada en este mundo...

El magistrado Ireton levantó la vista contemplándolo brevemente, por detrás de sus grandes gafas, antes de volver a escudriñar el tablero.

—¿Qué clase de ajedrez está jugando usted? —se quejó, molesto, con la posición que allí vio.

—Es una apertura de mi invención —dijo el doctor Fell.

—Ah, ¿sí?

—Sí, probablemente le llamará usted el gambito del gato y el ratón. Consiste en dejar creer al contrincante que está perfectamente seguro, ganando fácilmente, y luego acorralarlo en un rincón.

—¿Cree usted que puede ganar con esa posición?

—Lo intentaré. ¿Qué opina usted del caso que presenta Graham contra Barlow?

El juez frunció el ceño.

—Es un caso poderoso —concedió, con sus ojos en el tablero—. No es un caso perfecto, pero es un caso satisfactorio.

Hizo un movimiento.

—Sí, ¿no es verdad? —convino con entusiasmo el doctor Fell dando un puñetazo en el brazo del sillón, pero bajando la voz—. Ésta es la palabra precisa, completa, que lo redondea con poco riesgo si se desarregla. ¡Satisfactorio! Tales casos lo son con frecuencia. Es una explicación que cubre todos o la mayoría de los hechos. Es una explicación casi convincente. ¡Qué lástima que no sea una explicación verdadera!

Cuando se inclinaba hacia adelante para mover una pieza, el doctor Fell elevó la vista y añadió:

—Porque, desde luego, usted y yo sabemos que en realidad fue usted quien mató a Morell.

En el exterior las fuertes bocanadas de aire transportaban arena disfrazada de rocío. El tronar distante de las rompientes parecía hacer vibrar la rellena cabeza de anta colgada en la pared. El magistrado Ireton extendió una mano hacia la estufa eléctrica; sin embargo, no levantó la mirada, pero sus labios estaban tensos.

—Mueva usted —dijo.

—¿No tiene usted ningún comentario que hacer?

—Únicamente que tendría usted que probarlo.

—¡Exactamente! —convino el doctor Fell con gran decisión y entusiasmo—. ¡Y yo no puedo probarlo! Ésta es la curiosa belleza de esto. La verdad es demasiado increíble. Nadie me haría caso. Si está usted intranquilo por su propia seguridad, al menos en este mundo, sáquese la idea de su cerebro. Su estoicismo romano tiene su recompensa. Cometió usted un asesinato. Va usted a dejar que cuelguen a un amigo por él. No puede usted ser condenado. Lo felicito.

Los labios delgados se pusieron aún más tensos.

—Usted juega —replicó el juez pacientemente.

Después que el otro lo hubo hecho, añadió:

—¿Y qué le hace creer a usted que yo maté al señor Morell?

—Mi querido señor, tuve la seguridad de eso tan pronto como oí lo del revólver que robó usted al señor Charles Hawley.

—Sin duda.

—Sí, pero aquí de nuevo está protegido usted. Está usted protegido por la palabra de un hombre eminente que no osará traicionarle y contra quien mi palabra no pesaría

más que esto. —Hizo chasquear sus dedos—. Lo mismo que está protegido por su hija, que lo quiere a usted. Que lo vio a usted cometer el asesinato; pero que está obligada a decir que fue Barlow, porque de otra manera tendría que declarar que fue usted. Vuelvo a felicitarlo. ¿Durmió usted bien la noche pasada?

—¡Dios... lo confunda a usted! —dijo Horace Ireton entre dos suspiros convulsivos y dio un puñetazo sobre la mesa produciendo un estampido que hizo oscilar las piezas de ajedrez.

El doctor Fell se quedó bastante tranquilo restituyendo los sacudidos peones a sus casillas.

—Tenga la bondad —dijo el juez después de una pausa— de decirme lo que sabe usted o lo que cree saber.

—¿Le interesa?

—Estoy esperando.

El doctor Fell se reclinó hacia atrás, y se sentó como si escuchara la tormenta.

—Había un hombre —dijo— situado en el asiento de los poderosos, que había permitido que su posición se le subiera a la cabeza. Su pecado (¿lo diremos?) no era que él juzgase con dureza o serenidad. Su pecado era que comenzó a creerse infalible: que él no podía cometer errores al juzgar a los hombres.

»Pero pudo y de hecho los cometió.

»Este hombre, para proteger a su hija, resolvió cometer un asesinato. Pero era un jurista. Había visto más asesinatos que pelos hay en la cabeza.

»Había visto asesinos inteligentes, asesinos estúpidos, asesinos cobardes y valientes. Y sabía que no existe nada parecido al crimen perfecto.

»Sabía que lo que *destruye* el asesinato no es la imperfección de sus planes o la inteligencia de la policía. Lo que descubre el asesinato es el accidente; la docena de pequeñas casualidades imprevistas que acechan en cada paso del camino. Alguien mira por una ventana en un momento inoportuno. Alguien advierte un diente de oro, o recuerda una canción. Así este hombre sabía que el mejor crimen es el más sencillo; que es el único que ofrece las menores oportunidades, tanto para la casualidad como para la policía.

»Procurarse un revólver de un origen al que no se pueda seguir la pista para encontrar cómo llegó hasta usted. Acechar a su víctima donde nadie lo vea. Dispararle y marcharse a pie. Pueden sospechar de usted. Pueden hacer preguntas difíciles. Pero nunca podrán probar nada.

»Así este hombre, Horace Ireton, le dijo a Anthony Morell que viniera a su casa por la carretera de la costa, y le indicó cuándo debía venir. Al día siguiente se fue a Londres, robó un revólver de un amigo, el origen del arma era enteramente imposible de adivinar, y regresó a su chalet.

»Pocos minutos después de las ocho se puso un par de guantes, se metió el revólver en el bolsillo, y salió de la casa. Se fue andando por la senda de la parte de atrás que atraviesa la pradera. ¿Para dónde? Hacia la Senda de los Enamorados, desde

luego. Éste es el único camino lateral que se une a la carretera principal desde aquí a Tawnish. Tiene los bordes altos, a cuya sombra pudo esperar sin ser visto hasta que la víctima se aproximara. Tal elección era inevitable.

»Hacia las ocho y dieciocho al ver venir a Morell, Horace Ireton no perdió tiempo ni palabras. Dio un paso fuera del sendero y sacó el arma de su bolsillo. Morell lo vio a favor de la lámpara de la calle y lo conoció. Se dio vuelta y comenzó a correr en diagonal por la carretera, hacia el arenal. Horace Ireton le disparó. Morell dio un paso más y cayó. El asesino se acercó a él cuando estaba tirado al borde de la arena, dejó caer la pistola a su lado, se volvió y regresó tranquilamente por el camino que había traído.

»Mientras tanto, la misma vieja, la viejísima casualidad, surgió de nuevo: ese testigo imprevisto, Constance Ireton, había decidido ir a ver a su padre esa noche.

»Su auto se quedó sin gasolina y ella se tuvo que ir andando hasta el chalet, y no encontró a nadie allí. De repente recordó que era sábado, que él debía estar en Londres y decidió hacer a pie la corta distancia que hay hasta Tawnish, y tomar allí un autobús.

»Y ella vio cómo sucedió la cosa. Cuando vio que su padre se iba andando después, se puso (creo yo) frenética. No podía ni quería aproximarse a Morell, de quien entonces pensaba que merecía lo que le había hecho. Apenas podía sostenerse sobre las piernas. Como siempre, necesitaba ayuda. Recordó la cabina telefónica, corrió sendero arriba e intentó telefonar a Taunton.

»Por lo tanto, ella no vio el hecho que ha convertido todo este asunto en una pesadilla».

El doctor Fell hizo una pausa.

El magistrado Ireton seguía sentado sin emoción con las manos cruzadas sobre su estómago, mientras zumbaba la tormenta afuera.

—¿Y qué fue lo que ella dejó de ver? —inquirió.

—Que el señor Morell no estaba muerto —elijo el doctor Fell.

El magistrado Ireton cerró los ojos. Un espasmo pasó por su faz, pero fue un espasmo de comprensión. Un choque revelador. Abrió los ojos y dijo:

—¿Usted me pide que crea que un hombre con una bala en el cerebro no estaba muerto aún?

—¿No le dije yo a usted que era increíble? —demandó el doctor Fell, con cierta ansiedad—. ¿No le dije que no lo creería nadie? —Su tono cambió—. La cosa es, desde luego, un lugar común en la jurisprudencia médica. John Wilkes Booth, el asesino del presidente Lincoln, se movió y habló durante algún tiempo con una herida muy parecida antes de morir. Gross cita el caso de un hombre que, con doce centímetros de acero dentro del cerebro, aun se recobró después. Taylor cita varios ejemplos parecidos; de los cuales el más interesante hablando como médico...

—Puede ahorrarme sus autoridades, si tiene usted la bondad de explicármelo.

—Morell —dijo el doctor Fell simplemente— no estaba muerto todavía. Era casi

lo mismo que si estuviese muerto; pero él no lo sabía. Por el momento estaba lo más viscosa y venenosamente vivo.

—¡Ah!

—¿Qué le sucedió a Anthony Morell, o más bien Morelli?

—En cuanto su aturdido ingenio comienza a trabajar de nuevo, en cuanto se arrastra y se levanta de la arena con vértigos, ¿qué comprueba que ha sucedido?

—Pues que lo que le sucedió antes ha vuelto a suceder una vez más. Ha intentado jugar afablemente una partida con alguien y ha obtenido su respuesta en forma de una bala de revólver. El magistrado Ireton —el sagrado, el poderoso, el hombre a quien Morell odia— ha intentado matarlo de un tiro. Pero, si él le dice esto a la policía, ¿lo creerán? No. Aún menos que en el caso de Lee, donde los poderosos de este mundo se unieron para ridiculizarlo y desacreditarlo a él. Pero esta vez no van a salirse con la suya. Esta vez, por todos sus dioses sicilianos, llevará el asunto a su manera.

El doctor Fell hizo una pausa.

—Mi estimado señor —prosiguió respaldándose más cómodamente en la silla y hablando con aire de asombro—. ¿Se atrevería usted a afirmar por un momento que todo este juego de manos con teléfonos y goma de mascar parece cosa de Fred Barlow? ¿Diría usted, como jurista, que es una buena psicología? Yo digo que no. Yo le digo que no hay más que una persona capaz de semejante cosa. Eso sería propio de Morell.

El magistrado Ireton no comentó nada.

—¿Cuya intención, según su punto de vista, era...? —dijo el juez.

—Procurarse pruebas irrefutables, para cuando más tarde lo acusara a usted, de que había disparado contra él.

—¡Ah!

—Alguien me describió a Morell como una especie de Borgia grosero. Su abogado declara que era capaz de trazar los proyectos más meditados y maquiavélicos de venganza si pensaba que alguien había cometido contra él una ligereza o una injuria, ¿está usted conforme?

—Siga.

—Y aquí está su oportunidad. Debía llegar a este chalet antes de que usted, con su paso lento, regresara. Recogió el revólver, miró de qué calibre era, y se lo metió en el bolsillo. Se apresura a llegar directamente por la carretera principal y consigue entrar en este lugar a las ocho y veinticinco, después de todo. Si su hija hubiera estado en la verja, lo habría visto, mascando goma y echando fuego por los ojos, entrar para conseguir, al fin, su propia justificación.

»Fue Morell quien llevó a cabo esa superchería y disparó el segundo tiro. Pero cuando llamó pidiendo socorro, lo necesitaba. Éste fue su fin. No pudo llegar más allá, una vez que con esa goma disimuló el agujero de la bala. El revólver que había envuelto en el pañuelo para evitar sus impresiones, cayó de su mano. La silla se volcó detrás de él, y cayó muerto al lado del destrozado teléfono».

El doctor Fell suspiró profundamente.

—No me admira que usted se quedara sorprendido —añadió— cuando entró viniendo de la cocina y lo encontró a él aquí. Todavía «sorprendido» no es la palabra completamente correcta.

El magistrado Ireton no dijo si era la palabra correcta, pero su boca se movía ligeramente.

—No me admira —prosiguió el doctor Fell— que cogiera usted el revólver, y se quedara quizá un poco sorprendido... un poco..., al encontrar solamente una bala de menos. No me admira que se sentara usted, mudo, tratando de pensar. La mayoría de los asesinos estarían más trastornados que usted si sus víctimas volvieran a casa y las encontraran cuidadosamente colocadas.

—Usted supone demasiado —dijo el juez.

—Y su hija también —dijo el doctor Fell— se sorprendió considerablemente. Terminados sus fútiles esfuerzos en el teléfono, volvió por el camino de atrás, porque no podía ni quería pasar por delante del cuerpo de Morell otra vez.

»Ella llegó a tiempo (aquí dejo desbordar mi fantasía) para oír un segundo tiro desde lejos. No vio a nadie en la cocina. Dio vuelta a la casa, miró hacia dentro desde el frente, y lo vio a usted.

»Esto también le proporcionó el detalle realista, que más tarde introdujo en su historia, acerca de las luces centrales que se encendieron. Únicamente lo estaba la lamparita cuando ella miró primero hacia aquí dentro al pasar. Todas las luces estaban encendidas más tarde.

»Su historia sobre la llegada de Morell a las ocho y veinticinco era desde luego un intento para encubrirlo a usted, distraendo la atención de la Senda de los Enamorados y de la hora real del asesinato. Usted estaba en un momento difícil cuando ella lo dijo. Pero habría estado usted en una situación condenada y habría sufrido molestias peores si nosotros hubiéramos sabido que realmente fue usted quien mató a Morell en otro lugar y en más temprana hora. Desgraciadamente, el astuto inspector Graham lo interpretó como aplicable a Barlow. Es una buena cosa para usted. Pero ¿colgarán a un hombre inocente?».

El magistrado Ireton se quitó las gafas, y comenzó a balancearlas para adelante y para atrás.

—Las pruebas contra Barlow...

—¡Oh, mi estimado señor! —protestó consternado el doctor Fell.

—¿Es posible que no les llame usted pruebas?

—Barlow —dijo el doctor Fell— conducía su auto hacia Tawnish. Con todos los respetos debidos al reloj del coche perteneciente al doctor Fellows, cuyo nombre se asocia con el mío en tan siniestro presagio, yo sostengo que su hora estaba completamente equivocada y que su declaración no sirve para nada. Barlow debe pensar lo mismo. A mi parecer la hora estaba más cerca de las ocho y treinta que de las ocho y veinte. Morell se había ido mucho antes. Black Jeff, o por casualidad o

tratando todavía de averiguar el origen de un tiro de revólver que había oído, salió de su guarida de la Senda de los Enamorados y cayó redondo en frente del coche. Barlow pensó que había atropellado al hombre.

»Se bajó y apartó a Jeff para la otra orilla de la carretera. El doctor Fellows pasó. Barlow, para ver la gravedad del daño causado a Jeff, cogió una linterna eléctrica de su coche y volvió al lugar donde pensaba que había dejado a su víctima. Pero Jeff ya se había ido lejos. Barlow (según nos había contado) creyó que había confundido el lugar en que dejara colocado a Jeff.

»Recorrió toda la orilla, con su linterna encendida y de repente vio...».

—¿Qué? —inquirió el juez.

—Vio sangre —dijo el doctor Fell— y tejido cerebral.

El magistrado Ireton se llevó una mano a los ojos.

—Bien, ¿qué pensó el chico, naturalmente? —preguntó el doctor Fell—. ¿Qué habría pensado usted? Usted no, tal vez, ya que usted sin duda conservaría una actitud más estoica que la mayoría de los demás. ¿Pero una persona del tipo medio?

—¡Yo...!

—Se imaginó que él había destrozado a Black Jeff. Así que alisó la arena sobre las huellas. Esto es todo. Dudo de que ni siquiera hubiera advertido la pequeña cápsula dorada del cartucho, que fue cubierto con el resto.

»El asunto le remordía la conciencia. Si habla usted con la señorita Tennant (como yo lo hice ayer a la noche) ella le dirá lo que Barlow le contó una vez: que él sabía con positiva evidencia que había herido malamente a Black Jeff. Ésta es la evidencia que Graham utilizará para probar que Barlow mató a Morell. Me doy cuenta de que el asunto, personalmente, carece de interés para usted. Usted estuvo muy severo con Barlow la noche pasada, recuerdo, por 110 ser capaz de explicarlo».

—Yo...

—Nadie, según me dijo usted una vez, lo acusó nunca de ser hipócrita o fantoche. Sin embargo, el asunto seguramente tiene algún interés académico para usted. ¿Siguen sus ideas tan incommovibles, señor? ¿Todavía sostiene usted que, según sus conocimientos particulares, los indicios no pueden hacer colgar nunca a un hombre inocente?

—Yo le dije a usted...

—Además está su hija —continuó el doctor Fell considerando el asunto desapasionadamente—. La prueba en el juicio no resultará agradable para ella. Ahora tiene tres meses para recapacitar. Se enfrentará con que tiene que elegir entre salvar a Barlow o salvarlo a usted. Ella no ama a Barlow, si no el resultado sería diferente. Sólo siente por él una afición de adolescente, basada en una larga amistad. Ella, desde luego, salvará a su padre. Es una elección necesaria. Pero es una cruel elección.

Otra vez el magistrado Ireton golpeó la mesa haciendo saltar las piezas del tablero.

—Pare de una vez —dijo—. Termine con esas tácticas del gato y el ratón. Yo no

quiero ganar, ¿lo oye usted? —Su voz se elevó bronca—. ¿Cree usted que me gusta hacer lo que he tenido que hacer? ¿Cree usted que yo no soy humano?

El doctor Fell meditó.

—Yo no he dicho lo que pienso —replicó con voz de quien toma nota—. Pero si usted sigue en esta forma, temo que me va a dejar sin salida. Usted tiene una respuesta a esos cargos o no la tiene. ¿Quiere usted dar esta respuesta?

El magistrado Ireton dejó las gafas sobre la mesa, se sentó reclinándose hacia atrás y dio sombra a sus ojos con la mano. Respiraba débilmente, como el hombre que tiene que hacer un esfuerzo después de una vida sedentaria.

—¡Qué Dios me ayude! —dijo—, yo no puedo llevar esto más adelante.

Pero cuando sacó la mano de delante de los ojos, su cara se había suavizado, recuperando la palidez y la calma. Con un esfuerzo se puso en pie y se dirigió hacia el escritorio. Del cajón superior sacó un sobre largo, y volvió otra vez a la mesa, pero no se sentó.

—Hace un rato, doctor, me preguntaba usted si había pasado un día agradable. No, no lo pasé de un modo agradable. Pero lo pasé provechosamente. Lo pasé haciendo una confesión escrita.

Sacó varias hojas de papel del sobre, cubiertas con fina y cuidadosa escritura. Las volvió a colocar y le arrojó el sobre al doctor Fell.

—Comprende, creo yo, todos los puntos. Será suficiente para que pongan en libertad al muchacho. Debo, sin embargo, pedirle que no lo entregue al inspector Graham antes de veinticuatro horas. Para ese tiempo tengo la esperanza razonable de estar muerto. Será difícil, dadas las circunstancias, hacer pasar mi muerte por un accidente, pero mi vida está asegurada en una gran suma, de la que Constance se hará cargo; y me parece que seré capaz de arreglar el suicidio con más habilidad de la que he demostrado para manejar el asesinato. Ahí está esta confesión. Recójala, por favor.

Observó al doctor Fell mientras lo hacía. Luego la sangre fluyó a su cara.

—Ahora que he hecho la *amende honorable* —añadió con voz fría y cortante—, le diré a usted lo que pienso.

—¿Sí?

—Yo no creo en absoluto —dijo el magistrado Ireton— que Fred Barlow esté detenido.

—¿De veras? —dijo el doctor Fell.

—He leído todos los diarios de hoy. Ni una palabra aparece en ninguno de ellos sobre esta captura, que sería bastante sensacional.

—Así es.

—Y creo que todo esto de la detención es una treta, deliberadamente concebida y representada por usted y Graham, para arrancarme una declaración a la fuerza. Me chocó una o dos veces que Graham ayer, al actuar, estaba nervioso. Yo creo que el muchacho está «detenido» mientras lo envían a usted para aplicarme una tortura refinada y eficaz.

»Pero no me atrevo a correr el riesgo. No me decido a llamarle a usted farsante. Ya no puedo creer en mi propio juicio por más tiempo. Es posible que Graham haga lo que dice. También es posible que lleve a este muchacho al juicio y lo hunda, aunque no logre probar su culpabilidad.

»En cuanto a su parte en esto, Gideon Fell, no haga comentarios. Puede usted gritar “jaque mate”. Puede hacer chasquear el látigo. Necesitaba usted ganarme con mi propio juego; y si esto es un manantial de satisfacción para usted, lo ha conseguido. —Su voz se quebró—. Ahora tome esta maldita confesión y lárguese.

La tormenta atenuada se oía silbar alrededor de la casa. Pero el doctor Fell no se movió.

Se sentó dándole vueltas al sobre entre las manos, sumido en confusa y oscura meditación. Apenas parecía oír lo que el juez estaba diciendo. Sacó las hojas de papel del sobre, y las leyó despacio, jadeando cuando lo hacía. Luego las dobló con igual lentitud, las rompió en pedazos, y tiró los trozos sobre la mesa.

—No —dijo él—, ganó usted.

—¿Perdón?

—Está usted completamente en lo justo —asintió el doctor Fell pesada y fatigosamente—. Graham no cree más que yo en la culpabilidad de Barlow. Supo siempre que fue usted. Pero era usted, legalmente hablando, un poco ágil de más para nosotros; así que teníamos que buscar otro camino. La única persona que sabe esto es la señorita Tennant. Yo no pude contenerme y se lo digo a usted ahora. Sólo tengo otra cosa que decirle a usted: Está libre.

Hubo una pausa.

—Explíqueme esta extraordinaria declaración.

—Le digo que está usted libre —repitió el doctor Fell balanceando la mano con cierta petulancia—. No espere que lo disculpe, también. Yo le diré a Graham que el asunto no dio resultado. Eso es todo.

—Pero...

—Habrà un escàndalo apasionante, desde luego. Tendrà usted que dimitir el cargo. Pero no podràn tocarle a usted ahora que hay una confusi3n tan infernal respecto a lo que sucedi3.

El juez se sent3 pesadamente, haciendo temblar la mesa.

—¿Usted se da cuenta de lo que està diciendo, doctor? ¿Quiere usted decir eso?

—Sì.

—Doctor —observ3 bruscamente el magistrado—, no s3 qu3 decir.

—No hay nada que a~adir. Puedo informarle a usted, sin embargo, que sus planes con respecto a su hija no se realizaràn. Ella no se casarà con Fred Barlow. Barlow, tengo la satisfacci3n de anunciarle, se casarà con Jane Tennant, que lo gobernarà admirablemente, aunque 3l creerà que es 3l quien la maneja a ella. Su hija està interesada ahora por un joven llamado Hugo, de quien no s3 nada, sino que parece que por poco no encontr3 una temprana muerte en la piscina de nataci3n. Por lo

demás, usted ha salido con bien de esto. Prosiga su camino; pero no esté tan completamente seguro de sus juicios en el futuro.

Mientras el magistrado Ireton hacía sombra a sus ojos con la mano, el doctor Fell tiró los pedazos de la confesión dentro del cenicero y les prendió fuego con un fósforo.

Las llamas se retorcían al prender el fuego en el papel y se reflejaban en los ojos de la cabeza de anta de la pared. Los dos hombres se sentaron silenciosos, contemplando cómo ardía la verdad.

F I N



John Dickson Carr (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaston Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Visita de un distrito o condado que hacen los jueces en Inglaterra dos veces al año para las sesiones de los tribunales. (*N. de la T.*) <<